

La crisis china

Dolors FOLCH
Sinóloga.
Licenciada en Historia.

Introducción

Cuando en 1949 triunfaba la revolución china, el primer objetivo de Mao y del equipo dirigente fue dar de comer a los chinos. La reforma agraria, la colectivización posterior y la inmensa movilización de masas volcadas a realizar las obras más elementales de infraestructura permitieron llevar a término este objetivo, y a principios de los 50 China creyó ver desaparecer para siempre las grandes hambres que, durante siglos, habían producido millones de muertos. Pero erradicar la miseria es una cosa y salir de la pobreza otra muy distinta.

A pesar de que el ritmo de crecimiento inicial fue muy rápido, el imparable aumento de la población absorbía todo el excedente económico. Los intentos de producir rápidamente una acumulación de capital con el que sacar adelante la industrialización del país, mezclados con las luchas políticas internas que en un país de partido único adquieren siempre una gran virulencia porque afectan todas a los centros vitales del poder, se plasmaron de forma evidente en movimientos como el Gran Salto Adelante y la Gran Revolución Cultural. A pesar de los logros iniciales, los desajustes entre la planificación y la realidad, la baja productividad y la altísima natalidad y la incertidumbre general producida por los violentos e imprevisibles bandazos del poder colocaron a China ante la necesidad de un cambio.

Para muchos la necesidad de éste era evidente ya desde principios de los 60, cuando los desastres del Gran Salto Adelante dieron un toque de alarma sobre los peligros de la improvisación y de la multiplicación logarítmica de los errores en una sociedad planificada de tan enormes dimensiones. Pero la resistencia al cambio se hizo con un radicalismo sin precedentes y el país se hundió en el estéril sufrimiento de la revolución cultural.

La muerte de Mao, en 1976, dejaba un país a la deriva, agotado por experiencias voluntaristas desastrosas que habían hecho reaparecer el espectro del hambre en el campo —el Gran Salto Adelante arrojó un saldo de 30 millones de muertos para el período 1958-61, con un excedente de mortalidad para el 1960 (el año más negro de la historia de la China contemporánea) de 19 millones de muertos— y despiadadas luchas por el poder de las que no sólo era testimonio la espectacular liquidación de Lin Biao sino también las violentas luchas entre distintas facciones de guardias rojos solventadas en varias ocasiones con la intervención del ejército.

Después de casi treinta años de revolución, el socialismo no había conseguido sacar a China del subdesarrollo y parecía que el maoísmo había defraudado las enormes esperanzas con que fue acogido en 1949. Pero en sus filas, como en las de todo partido único, milita-

ban opciones muy diversas y ya antes de la muerte de Mao era evidente que una de ellas —la reformista— iba a intentar hacerse con el poder e iniciar por su cuenta la reforma del sistema.

La ascensión de Deng Xiaoping

Reforma equivalía a modernización; y ya en 1962, Zhou Enlai había propuesto un programa de Cuatro Modernizaciones —agricultura, industria, tecnología y ejército— que la Gran Revolución Cultural condenaría al olvido. Pero Zhou Enlai era un hombre tenaz y la rehabilitación de Deng Xiaoping en 1973 —dentro de la coyuntura favorable a la neutralización de los radicales de la campaña contra Lin Bao y Confucio— y el posterior nombramiento de Deng como vicepresidente del PCCH en 1975, le permitieron volver a plantear las Cuatro Modernizaciones.

La muerte de Zhou Enlai, en enero del 76, dejó las manos libres a los conservadores que, con Hua Guofeng de primer ministro interino, se enfrentaron a los pocos meses al primer gran movimiento de masas del posmaoísmo: la manifestación que llevó a los pekineses a honrar la memoria de Zhou Enlai en la plaza de Tiananmen, el 5 de abril (el 5 del 4, como dicen los chinos) y que se saldó con un puñado de muertos y un gran número de detenciones. Es importante recordar aquellos días porque dieron fe del enorme bache que separaba el discurso de los dirigentes del sentir de la mayoría. Los manifestantes del 4 de mayo (el 4 del 5, siguiendo los paralelismos matemáticos que adoran los chinos) de 1989 se reclamaban explícitamente herederos directos de aquel primer movimiento. La represión, de paso, le permitió a Hua Guofeng retirar a Deng Xiaoping de todos sus cargos dentro de la campaña contra el «desviacionismo de derechas» (una de las 48 que han jalonado con sus slogans, detenidos y deportados los 40 años de la república popular).

Pero Mao moría a los pocos meses y con su muerte, el 9 de septiembre del 76, la lucha por el poder se convertía en un tema prioritario. La facción radical que le sucedió era demasiado heterogénea y Hua Guofeng, con ayuda del ejército, no tardó en imponerse a la Banda de los Cuatro, encabezada por la viuda de Mao, Jiang Qing.

Sin embargo, los desastres de la revolución cultural eran demasiado evidentes: se trataba de una herencia que el poder no podía asumir. Incapaz de darle la vuelta y convertirla en un mito negativo —como haría Deng más adelante— porque la mayoría de su equipo estaba formado por gentes que se habían beneficiado de la purga efectuada durante la revolución cultural contra los veteranos del partido, Hua Guofeng se vio

forzado a reponer a Deng Xiaoping en todos sus cargos, dando satisfacción con ello al silencioso voto con que los pekineses pedían su retorno: en aquella primavera del 77, Pekín aparecía inundada de pequeñas botellas —el valor fonético de *xiaoping* equivale a «pequeña botella»— que desde las aceras o colgadas de los árboles reclamaban su retorno. De manera similar, por cierto, en que sus cascos destrozados inundarán la ciudad en la primavera de 1989.

El retorno de Deng Xiaoping se hacía, pues, en aras de una gran popularidad y Hua Guofeng tuvo que aceptar que el XI Congreso, en agosto del mismo año, renovara a un tercio de sus representantes, sustituyendo a los anteriores radicales por sus víctimas de ayer.

El triunfo definitivo del pragmatismo reformista de Deng Xiaoping se produjo en el III Pleno del Comité Central de 1978. Tanto su repetida condición de víctima, en 1966-67 (durante la revolución cultural), y en 1976, como su largo historial en el poder en tanto que viceprimer ministro de Zhou Enlai desde 1952, le convertían en un candidato óptimo para llevar a término un *aggiornamento* vivamente deseado, no sólo por la sufrida población sino también por amplios y de nuevo influyentes sectores del partido.

Reforma sin democracia: la primavera del 79

Desde luego, la modernización y, con ella, la liberalización necesaria para que se desplegaran las energías autónomas del país tenían unos límites: tanto para Deng como para su equipo dirigente (empezando por Hu Yaobang y Zhao Ziyang, que luego serían sus víctimas) era necesario mantener un régimen autoritario —aunque ello implique ya un serio matiz respecto al totalitarismo anterior, que dejaba todas las decisiones, políticas, administrativas y económicas en manos exclusivas del partido— para poder controlar el cambio.

Y ello enfrentó a Deng con una de las contradicciones básicas del nuevo equipo, la que en último término iba a resultar fatal. El cambio, que fue recibido como tal por la mayoría de intelectuales —es decir, de los dirigentes potenciales del país—, alentó un creciente movimiento de masas a favor de la democracia, a saber, de la implantación de mecanismos legales de control del poder, tanto más si se tiene en cuenta que los abusos y sinrazones de éste —como reconocía Deng— acababan de sumir al país en un inmenso caos. La forma en que Deng se encaró a los primeros atisbos del problema dan tanto la medida de su astucia y pragmatismo —entendiendo por éste una gran capacidad de maniobrar y una ausencia de todo principio— como de su insensibilidad para con las contradicciones básicas del sistema.

Deng alentó lo que después se conocería con el nombre de Primavera de Pekín y fue amparándose en ella hasta que consiguió vencer a sus adversarios en el III Pleno. Su apoyo dio alas a un movimiento que, iniciado en las esquinas de la calle pekinesa de Xidan con la colocación de *dazibaos* (escritos en grandes caracteres que son canal habitual de expresión para los chinos) reclamando la quinta modernización —la democracia—, adquirió en pocos meses una amplitud nacional. Los «muros de la democracia», decenas de metros de pared repletos de *dazibaos*, firmados, y las nuevas revistas, de orientaciones y contenidos muy diversos —sólo en Pekín, en el mes de abril, salían ya 22—, proliferaron por toda China.

Pero Deng ya tenía lo que se proponía. Tenía incluso más de la cuenta: la retirada china del Vietnam hacía aconsejable dar alguna satisfacción a los conservadores. Y además tenía práctica: no hay que olvidar que la represión contra los «derechistas» en el 57 —con la que se decapitó el «Movimiento de las Cien Flores» y se liquidó a la élite intelectual enviándola a reeducarse al campo— la dirigió él.

En el mes de marzo del 79 Deng detuvo a las cabezas visibles del movimiento, empezando por Wei Jingsheng que fue condenado a quince años de prisión. La astucia de Deng le permitió en pocos meses apoyarse en los reformistas para imponerse a los conservadores y apoyarse después en los conservadores para imponerse a los reformistas. Pero a diferencia del 57 no acompañó la liquidación del movimiento con una campaña que conmocionara a toda la sociedad. Ni falta que le hacía: los jóvenes demócratas de Xidan no ocupaban puestos clave de la burocracia como los «derechistas» de antaño, y además Deng contaba con la connivencia de los nuevos cuadros que, formados en el período estalinista de los años cincuenta, no se caracterizaban por sus veleidades democráticas y no tenían ninguna intención de ver disputados sus recién recuperados cargos por técnicos e intelectuales de nuevo cuño.

La represión le fortaleció lo suficiente como para poderse enfrentar al juicio contra la viuda de Mao, en el invierno de 1980. Pero los que esperaban que el juicio sirviera de punto de partida para sentar las nuevas bases legales del sistema quedaron defraudados: la concentración de todas las responsabilidades en la Banda de los Cuatro dio un carácter inverosímil al juicio que acabó teniendo todo el aire de un pacto entre facciones para la designación de un chivo expiatorio.

La difícil integración de la reforma en el maoísmo

Quedaba además, la delicada cuestión de las respon-

sabilidades de Mao. Por mucho que estuviera cada vez más claro que Deng cifraba su legitimidad en los grandes movimientos reformistas de finales del XIX y principios del XX y que la figura de Sun Yat Sen ocupara un espacio cada vez más grande en los discursos oficiales, era evidente que había que combinar esta herencia con la propiamente maoísta que legitimaba al conjunto del sistema. Para ello, el XI Pleno dividió la carrera de Mao, que había sido a la vez el Lenin y el Stalin de China, en una serie de períodos; su carrera quedaba calificada de ejemplar hasta el 49, correcta hasta 1957, con errores entre el 57 y el 66 y desastrosa del 66 al 76. Como nota aclaratoria a tan abultado carnet de notas, se añadía que los errores de los dos últimos períodos habían sido fruto de una aplicación incorrecta del pensamiento maozedong, el cual, gracias a esta carambola, salía indemne de la revolución cultural.

La sociedad china quedó entonces encuadrada —de acuerdo con lo que había quedado estipulado en marzo de 1979 a raíz de la represión del movimiento democrático— por los Cuatro Principios Fundamentales: la vía socialista, la dictadura del proletariado, la dirección del partido comunista y el marxismo-leninismo y pensamiento maozedong. La redundancia de tanta ideología no conseguiría apagar sin embargo la realidad política de la década que empezaba: la despolitización hastiada de la población urbana —los campesinos hacía décadas que veían con temor receloso los slogans vinculantes que, tan inexorablemente como las catástrofes naturales, les llegaban periódicamente de allá, de las ciudades— y la aparición de los primeros brotes de cinismo entre la juventud.

El éxito inicial de la reforma

Pero sería un error creer que a principios de los 80 la política de Deng contaba con una oposición significativa; al contrario. La importancia del movimiento de 1979 tardaría 10 años en ser evidente para los chinos. Por aquel entonces, dos elementos la desdibujaron.

En primer lugar, la autocracia china contaba con una tradición de milenios y en ella el poder quedaba por encima de la ley, y era de él de quien dependía la adjudicación de todos los cargos: por eso uno de los aspectos de la reforma por el cual el Estado dejó de garantizar el acceso al empleo de todos los licenciados, resultó muy impopular en amplias capas de la población universitaria. Esta autocracia implicaba la ausencia de procesos institucionales para limitar y controlar el poder, y una fidelidad estricta de la burocracia al Estado que la promovía. Los chinos habían sido educados en la creencia de que la autocracia era el único sistema que jamás había producido resultados satisfactorios en

el Imperio del Medio, y el casi total aislamiento en que vivieron durante decenios —junto con el recuerdo de las calamidades del período anterior ligado al Guomindang— les inducía a plantearse la cuestión en términos estrictamente ligados al pasado imperial chino. En 1980 no hacía ni setenta años que la dinastía manchú se había hundido y el Guomindang intentó resucitarlo a su favor, con poco éxito. Pero Mao lo consiguió. El encuadramiento estricto de la población; la asignación de residencia, el *hukou*, que adscribe a un chino de por vida a su lugar de nacimiento; la responsabilidad familiar colectiva, que los occidentales juzgan como una perversión inherente al comunismo pero que en China existe desde un decreto del estado de Qin del 350 a.n.e. y que vino a legalizar una situación *de facto* muy anterior: Mao revitalizó todo aquello de la vieja sociedad que podía servirle para encuadrar a la nueva.

En la década por venir, la apertura del régimen —que favorecía las comparaciones, sobre todo en lo relativo al nivel de vida—, la relativa liberalización interna —que permitiría la consolidación de una intelectualidad independiente—, y la rápida evolución de la realidad socioeconómica —que generaría problemas totalmente nuevos a los que había que dar una respuesta real—, darían pie sin duda a la necesidad de plantearse la urgencia de establecer un control social sobre el sistema. Pero a principios de los ochenta el problema de la autocracia para la mayoría de los chinos era simplemente que había funcionado mal. Deng Xiaoping supo conectar con el pueblo chino e infundirle la esperanza de que con él funcionaría mejor.

En segundo lugar, la reforma económica dio al principio unos resultados espectaculares y la población china depositó en Deng sus esperanzas de salir del subdesarrollo, tanto más cuanto que tenían plena conciencia de que los problemas con que éste se enfrentaba eran tan numerosos como profundos.

Los problemas de la sociedad china a finales de los setenta

El crecimiento de la población, que había pasado de 586 millones en el censo del 53-54 a más de 1.000 en el 80, amenazaba —a pesar de un descenso de la natalidad desde el 37 ‰ de 1970 hasta el 21 ‰ de 1978— con reducir a la inoperancia el crecimiento económico.

El crecimiento de la agricultura era demasiado lento y las tierras cultivables habían disminuído en un 11 ‰ debido a las nuevas edificaciones. La mano de obra, cuya abundancia tanto había exaltado la propaganda maoísta —y gracias a la cual se habían podido realizar ingentes obras de infraestructura con una escasísima inversión de capital estatal— era en realidad sobreabun-

dante y mal cualificada: el 28 ‰ de la población seguía siendo analfabeta. La eliminación de las actividades paralelas en el campo había dejado de 40 a 90 millones de parados, a los que cabía sumar de 10 a 30 millones en las ciudades: la imprecisión de las cifras obedece al hecho de que todos ellos eran reabsorbidos por un subempleo que a su vez ocasionaba una bajísima rentabilidad. La prohibición de emigrar del campo a la ciudad aumentaba todavía más el desequilibrio entre la ciudad y el campo, mientras el deficiente estado de los transportes hacía irreversibles las diferencias entre zonas ricas y pobres.

En *la industria*, el equipamiento, anticuado y mal cuidado, funcionaba muy por debajo de sus posibilidades, gastaba demasiada energía, que por otra parte escaseaba, y producía una calidad muy mediocre. La rigidez de la planificación y su inadecuación a la demanda originaban pérdidas graves y la productividad de la mano de obra era muy baja debido al empleo garantizado de por vida y al igualitarismo en los salarios.

Además, el sistema funcionaba a través de una *burocracia* sobre cuya incompetencia, avaricia y corrupción quedaban ya pocas dudas. La liquidación de los «expertos» —nombre genérico que en China se da a intelectuales, profesionales y técnicos— en favor de los «rojos» —o vieja guardia— en 1957 había dado pésimos resultados económicos, sobre todo cuando se vio la imposibilidad de convertir a los «rojos» en expertos: de los 40 millones de miembros del partido, sólo un 4 ‰ tenía estudios universitarios y sólo un 14 ‰ los tenía secundarios. De hecho esta línea divisoria que separa funcionarios de intelectuales es una característica del siglo XX, que lo diferencia netamente de la práctica anterior: baste recordar que los más grandes poetas chinos, Lai Bai, Du Fu, Wang Wei, fueron todos funcionarios.

La desidia con que se había tratado la *educación* jugaba también en contra del desarrollo: las universidades se habían mantenido cerradas durante diez años y la secundaria apenas había funcionado durante un período similar: la «generación perdida», que a principios de los 80 tenía 30 años, era un lastre que no se podía soslayar.

El escaso desarrollo del *sistema legal* y su total dependencia del partido lo hacían inoperante no sólo para enfrentarse al comercio exterior y a los problemas jurídicos de las empresas en régimen de *joint venture*, sino también para la gestión de los asuntos internos en caso de que la economía funcionara con entidades independientes de la gestión directa del Estado. Por otra parte, dado que la justicia había pasado a ser simplemente el brazo ejecutor de las decisiones del partido, el Ministerio de Justicia se abolió en 1959 y las facultades de derecho habían desaparecido de las universidades.

El aislamiento del mundo exterior había dejado a

China al margen de las nuevas tecnologías. La urgencia de remediar este aislamiento empezó a sentirse en cuanto se aligeró un poco el peso de los radicales: la visita de Nixon se produjo tan sólo unos meses después de la muerte de Lin Biao.

Este aislamiento implicaba también, en la más pura tradición confuciana, la renuncia a cualquier expansionismo *militar*, para el que el ejército chino estaba muy mal preparado. Sus actuaciones en el 62 frente a la India y en el 79 frente al Vietnam pusieron en evidencia el pésimo armamento de un ejército en zapatillas, imagen que no conseguiría desvanecer ni tan sólo la aparatosa explosión de la bomba atómica china en 1964. Por otra parte el peso de la ideología había distorsionado también la defensa nacional: los años sesenta vieron la excavación de una compleja red de túneles subterráneos en las ciudades para precaverse de ataques e invasiones cuya amenaza tenía poco que ver con la realidad y mucho con la necesidad de mantener la cohesión de la población frente a un hipotético enemigo exterior.

Con una herencia así, la tarea de Deng no era nada fácil.

Las reformas de Deng Xiaoping

Los primeros pasos de la reforma económica aparecen ya en el plan de desarrollo del 78, que tanto por su urgencia y voluntarismo como por su tendencia a la descentralización recuerda elementos del Gran Salto Adelante. Pero el espíritu es ahora distinto: se reimplantan los estímulos materiales, se restablece la disciplina en el trabajo y se procede a una importación acelerada de tecnologías extranjeras, dentro del marco de una política de apertura que permita obtener las transferencias de capital necesarias.

La reforma de la agricultura

El primer sector en el que los cambios se hacen sentir es el de la *agricultura*, y ello tanto por motivos económicos —puesto que los experimentos de Wan Li en Anhui y de Zhao Ziyang en Sichuan habían puesto de manifiesto que la vinculación de la remuneración a la producción estimulaba un aumento sin precedentes de la productividad agraria—, como por motivos políticos: a la manera de Mao, Deng quería asegurarse primero la lealtad del 80 % del país.

Iniciada ya en el 78 con medidas importantes de liberalización —que colocaban la propiedad y la gestión a nivel de una unidad más pequeña, el equipo (agrupa-

ción de 20 a 30 familias), y fomentaban la existencia de parcelas privadas y de actividades familiares subsidiarias cuyos productos podían venderse en el mercado libre—, la aparición de las explotaciones familiares se generalizó en 1982. La tierra seguía siendo del Estado, pero los contratos de explotación, que en 1982 eran por tres años, pasaron a ser, en 1984, por 15 años, período que permitía ya inversiones productivas. A cambio, los campesinos debían entregar al Estado un impuesto agrícola y unas cuotas obligatorias de la producción a precios fijados por éste.

El «sistema de responsabilidad» comportaba también la posibilidad de cultivar productos paralelos y abandonaba la producción exclusiva de cereales que había caracterizado la revolución cultural. El aumento de la producción fue espectacular, con una cosecha récord de cereales en el 84 y una triplicación de los ingresos rurales entre 1979 y 1985.

Al mismo tiempo, para evitar que se produjera una emigración masiva del campo a la ciudad, se estimuló la creación de *industrias rurales*. El capital necesario salió de los ahorros acumulados durante la revolución cultural —en la que a pesar de los reducidos salarios no había nada que comprar—; de la devolución de los préstamos forzosos al Estado que éste había instituido durante la revolución cultural; de las solidaridades familiares reencontradas, y de los préstamos de la banca oficial. La importancia de esta industrialización rural no debe subestimarse: en 1984, en Jiangsu, el valor de la producción industrial superó por vez primera al de la agricultura. La proliferación de estas industrias rurales llegó a absorber al 20 % de la mano de obra en 1985, y para facilitar su atracción se suavizaron las normas del *hukou*, residencia obligatoria, a partir de 1984.

Fue también a partir de este año cuando se aceleró el proceso de descentralización: las industrias rurales locales dejaron de depender en última instancia de Pekín, del «Centro», para hacerlo de las autoridades locales y provinciales. Su gestión —podían incluso firmar contratos con el extranjero—, se vio con ello muy agilizada, pero, a la vez, se dibujaron con mucha mayor nitidez las diferencias regionales. Sin duda, ello no cogió de improviso a Deng; al contrario. La reforma pretendía explícitamente la creación de dos sistemas dentro de un mismo país, dicho de otra manera: conseguir que la franja costera, con unos 200 millones de habitantes, despegara por su cuenta, aligerada del lastre de los restantes 800 millones. De hecho se trataba de seguir el modelo de los «cuatro dragones»: Corea, Taiwan, Hong Kong y Singapur.

Los «cuatro dragones» —a los que además cabía añadir la experiencia del despegue de Japón durante el período «Meiji», en 1870— constituían necesariamente un serio motivo de reflexión. Obsérvese que se trata del grupo de países de cultura sínica —los demás países del

área que no pertenecen a este grupo, como Indonesia o Filipinas, han carecido de su crecimiento espectacular— y que han seguido unas pautas similares para su industrialización: fuerte control estatal en su fase inicial; gran importancia otorgada al encuadramiento tradicional, confuciano en la mayoría de ellos; fuertes inversiones de capital extranjero, y población relativamente pequeña. Estas eran las características que China trataba de reproducir en sus zonas económicas especiales, con alguna salvedad.

La cuestión del confucianismo —que se tradujo entre otras cosas en una inesperada revitalización de todo lo relacionado con el venerable sabio, en especial la repentina conversión de su ciudad natal, Qufu, en un punto crucial de las rutas turísticas— originó un serio debate en torno al impacto de la ética social sobre el desarrollo económico. El debate —que apasionó al ala reformista y a los intelectuales liberales y que fue reproducido fielmente por algunos periódicos, especialmente de Shanghai— adquirió connotaciones políticas inmediatas cuando la nueva generación de tecnócratas formados en los USA defendió a finales de los 80 la necesidad del neoautoritarismo: la liberalización económica debía hacerse dentro del marco de un Estado muy centralizado, ya que la experiencia coreana o taiwanesa venía a demostrar que se podía desarrollar una economía moderna sin necesidad de entrar en reformas democráticas.

LOS PROBLEMAS DE LA REFORMA EN EL CAMPO. Pero con el desarrollo llegaron también problemas nuevos y cobraron energía los antiguos.

Dado que los campesinos encontraron pronto mucho más lucrativos los productos paralelos que los cereales, el Estado se vio obligado a *aumentar constantemente el precio de compra* de éstos —llegando incluso, como en el distrito de Wuxi, a subvencionar su cultivo— para intentar evitar su importación y, con ella, el desequilibrio de la balanza de pagos. Pero se trataba a la vez de evitar que este aumento repercutiera en un incremento de los precios de los cereales en la ciudad: por ello el gobierno pasó a subvencionar la venta de estos productos, gravando con un carga creciente los presupuestos estatales y municipales. En Pekín, la primera liberalización de los precios agrícolas en 1985 comportó la asignación de una subvención de 7,5 *yuanes* por persona y por mes, que aumentó a 10 cuando los precios se dispararon de nuevo en 1988: la suma representa el 45 % de los gastos municipales.

La proliferación de las industrias rurales y de las nuevas construcciones de viviendas —que sumó 800 millones de m² en 1983—, provocó pronto una seria *disminución de la tierra cultivable*, tanto más grave cuanto que venía acompañada de un aumento de la población: entre 1980 y 1986, la superficie cultivable por habitante disminuyó en un 10%, pasando de 0,11

Ha a 0,10 Ha.

La posibilidad de disponer sin trabas de todo su tiempo liberó las energías de los campesinos que anteriormente estaban parcialmente absorbidas por los trabajos colectivos. Pero al mismo tiempo provocó un *grave deterioro de la infraestructura*. Los fondos de ayuda al equipo —último residuo de las anteriores estructuras colectivas, que ahora existen sólo como entidad administrativa— no funcionan, tanto por la reticencia de los campesinos a entregarlos como por la avaricia de los funcionarios en desviarlos en provecho propio. La ausencia de un sistema legal —dibujado sólo a grandes rasgos— deja el funcionamiento a merced de la interpretación del burócrata local y de una legalidad que varía de mes en mes y de distrito en distrito.

La industrialización rural fue un factor importante del crecimiento económico, capaz de compensar la falta de dinamismo del sector estatal. No obstante, al estar basada en una sobreabundancia de mano de obra, en salarios muy bajos y en una mecanización rudimentaria, su *productividad es muy baja* y el volumen de pérdidas por fabricación defectuosa llega a alcanzar el 20%. La inoperancia de los transportes la hace por otra parte mucho más rentable en las regiones ricas que en las pobres y contribuye a aumentar las diferencias del nivel de vida entre ambas.

Pero *la reaparición de las diferencias sociales* no es sólo un fenómeno interprovincial. Con la reforma han llegado no sólo los nuevos ricos —las familias de 10.000 *yuanes*— sino también los nuevos pobres. La administración admite que 100 millones viven por debajo del nivel mínimo y su número no para de aumentar: la mendicidad vuelve a ser visible en las ciudades aunque afortunadamente está lejos de las cuotas que asolaron el campo chino durante el Gran Salto Adelante y la Gran Revolución Cultural: la literatura de los años 80 refleja ampliamente la estupefacción con que el joven idealismo de los guardias rojos se enfrentó, cuando fueron a reeducarse al campo, a los enjambres de mendigos que se les abalanzaban encima en cada estación. Pero el problema más general es otro: formada durante decenios en un igualitarismo radical, la mayoría de la población envidia amargamente la acumulación de riquezas en pocas manos, demasiado a menudo ligadas a buenas relaciones con la administración. A partir de 1985 estas diferencias han tendido a aumentar y en 1988 el gobierno se vio obligado a reconocer la cesión de arrendamientos entre campesinos, que permite una concentración cada vez mayor de la tierra.

Y sin embargo, por muy graves que sean los problemas sociales resultantes de esta concentración, el proceso tiende a paliar el *tamaño insuficiente de las explotaciones agrícolas*, que presentan un serio obstáculo a la mecanización del campo: y ésta parece ser la única forma de salir del estancamiento agrícola iniciado en

1987. La descolectivización del campo tuvo unos efectos similares a la reforma agraria de 1980: la de multiplicar las parcelas tan poco rentables, de menos de media hectárea por familia, como poco aptas a la racionalización de la actividad. Mao resolvió el problema colectivizándolo todo tres años después a un ritmo tan rápido, por decirlo todo, como el de la descolectivización actual.

Pero la mecanización del campo acentuará todavía más la *emigración hacia las ciudades* que alcanzó proporciones impresionantes en 1988, año en que coincidió el estancamiento de la productividad agrícola con la drástica limitación de los créditos a las industrias rurales y a la construcción en las ciudades, en un intento de frenar la inflación. La incapacidad por parte del Estado de pagar parte de la entrega obligatoria de cereales en 1988 aumentó todavía más este éxodo. A finales de 1988 unos 50 millones de campesinos deambulaban a lo largo y ancho de China buscando trabajo. Esta cifra, que en realidad representa tan sólo un 7% de la población rural —es decir, una emigración incomparablemente inferior a la que ha acompañado la industrialización de cualquier país occidental—, indica las enormes repercusiones que introduce cualquier desequilibrio en una masa de población como la china. Entre febrero y marzo del 89, 25.000 campesinos llegaron diariamente a la estación ferroviaria de Cantón: un total de dos millones en dos meses. Y el éxodo rural era visto además con auténtica alarma por parte de los ciudadanos, principales beneficiarios de la drástica separación entre la ciudad y el campo mantenida durante treinta años: entre 1964 y 1976, a pesar de un incremento demográfico de 18 millones anuales en el campo —al que cabe añadir los 10 millones de jóvenes «instruidos» que fueron mandados allí a reeducarse—, el número de emigrantes rurales no llegó a un millón. Este aislamiento sanitario de las ciudades permitió a sus habitantes un mejor acceso a los puestos de trabajo mientras el bajo precio de los cereales pagado por el Estado permitía mantener el nivel adquisitivo de los salarios. En este contexto, la emigración rural a finales de los 80 constituía una seria amenaza al orden social. Justo antes de que el movimiento de los estudiantes concentrara todas las preocupaciones del gobierno, esta avalancha del campo a la ciudad —y más teniendo en cuenta que el excedente de mano de obra agraria calculado para el año 2.000 es de 250 millones de personas— quitaba ya el sueño a los dirigentes.

Tanto más cuanto que en enero de 1989 el gobierno reconocía un aumento de población muy por encima de lo previsto y admitía la posibilidad de mantener el techo de 1.200 millones de habitantes para el año 2.000. Este aumento se concentra sustancialmente en el campo, tanto por la conveniencia de aumentar el número de brazos destinados a la explotación familiar

—que lleva a los campesinos ricos a pagar sin pestañear, como si de un impuesto se tratara, los 2.000 o 5.000 *yuanes* de multa por el nacimiento de un nuevo hijo—, como por el resurgir de la mentalidad tradicional en el campo: el resultado es que en las zonas rurales, donde se concentra el 80% de la población, las mujeres con hijo único son sólo un 13%.

La familia, convertida en la unidad básica de producción, ha pulverizado las anteriores estructuras colectivas y ha hecho resurgir la autoridad patriarcal y las antiguas solidaridades familiares y clánicas. *El poder del Estado se desdibuja en el campo* y los conflictos entre comunidades locales, a menudo saldados con sangre, saltan cada vez más a la prensa.

El retraimiento del Estado y la relajación de la presión del partido han conllevado también la *reaparición de los cultos religiosos*. Lo importante a destacar no son tanto las religiones institucionalizadas (taoísmo y budismo principalmente), con profesionales a los que se piden servicios precisos y puntuales —y cuya jerarquía bien organizada puede ser sometida a un control estatal—, como todo aquel conjunto de prácticas religiosas intensamente integradas en el tejido social. Toda comunidad tiene su propio culto que oficia ella misma sin intervención de especialistas: culto a los antepasados por parte de cada linaje, a los dioses territoriales por parte de comunidades campesinas más amplias, a dioses patronos por parte de asociaciones de mercaderes. Esta es, mucho más que la oficial en torno a las grandes iglesias organizadas, la religión que resurge y en torno a ella se reestructura toda la red de solidaridades familiares y locales que sin ser necesariamente contrarias al gobierno quedan ciertamente al margen de él y, tanto más, del partido. Y conviene recordar que estos cultos, por muy perseguidos que fueran durante treinta años bajo el epíteto genérico de supersticiones, constituyen una tradición que durante milenios proporcionó las bases mismas de la estructura sociopolítica del Estado chino.

Pero, por muy tradicional que sea, el resurgir de la familia patriarcal no beneficia a todo el mundo. Por lo menos para la mitad de la población, la parte femenina, representa la reimplantación de una autoridad mucho más inmediata que la de los cuadros anteriores. El matrimonio vuelve a ser —aunque nunca dejó de serlo del todo— un asunto a arreglar por la familia y el precio de la novia ha vuelto a disparar las dotes. Tanto más cuanto que la mayor utilidad del hijo para la explotación familiar ha producido un infanticidio de niñas que se traduce en una disparidad importante en el equilibrio de sexos: en dos distritos de Anhui la proporción niños/niñas ha alcanzado ya el 16,4 a favor de los primeros.

A pesar de todos los problemas, si se quiere hacer un balance de los cambios introducidos en la agricultura

por la década reformista, el resultado global es el de una mejora sensible. Por primera vez en el siglo XX los campesinos han conseguido saciar el hambre, y el desarrollo de las industrias rurales, aunque desigual, es superior al de ningún otro período. El problema es que ahora este campo se enfrenta con una crisis de carácter global y es difícil que las intervenciones del Estado para paliarla —y que con toda probabilidad pasarán por la implantación de un mayor control— se introduzcan sin sobresaltos.

La reforma en la industria y la política de apertura

El problema agrario entronca con el de la industria y la política de apertura.

Los primeros treinta años del régimen volcaron el grueso de sus inversiones en la *industria pesada*. Pero aunque las tasas de inversión aumentaron sin cesar a lo largo del período, la producción no seguía su mismo ritmo debido al pésimo estado de las infraestructuras, al envejecimiento del equipamiento industrial, a la rigidez de la planificación central —que tenía más en cuenta las cifras absolutas de producción que su mercado real—, a la baja productividad del trabajo obrero y a la ubicación de los grandes complejos de la industria pesada en las provincias del interior: todo ello sugiere una combinación de los intereses de la industria pesada, las provincias interiores y la burocracia de Pekín dominando la política económica hasta finales de la década de los setenta.

1979 iba a marcar un cambio sustancial.

El desarrollo de la industria pesada, a pesar de que mantenía su prioridad sobre el papel, vio frenado su empuje por la falta de energía real disponible, mientras que la industria ligera, capaz de proporcionar *bienes de consumo* exportables, resultó netamente favorecida por las inversiones extranjeras. Aunque los intereses de éstas, que sueñan con un mercado de 1.000 millones, y los de los chinos, que persiguen la entrada de divisas a través de la exportación, son muy a menudo contradictorios, durante la década de los 80 la producción de los bienes de consumo alcanzó un *boom* sin precedentes: entre 1984 y 1988 la producción de televisores de color pasó de 1,3 millones de unidades a 10,3 y la de magnetófonos de 7,8 a 23,4.

La política de apertura se tradujo en un crecimiento rapidísimo de las ciudades costeras. Para estimular las inversiones extranjeras se crearon en 1984 las 14 *zonas económicas especiales*, a las que pronto se añadió la zona del bajo Yangzi que, centrada en Shanghai, cubría gran parte de las provincias de Anhui, Zhejiang, Jiangsu y Jiangxi: una superficie de 515.000 km², superior a la de la península Ibérica. La avalancha de inversiones extranjeras fue importante —sumaba 11.000 millones de dólares de 1988, destinados a la apertura de 11.500

joint ventures entre 1979 y 1988—, pero no todas las zonas económicas especiales dieron buenos resultados, tanto por la deficiencia de las estructuras locales, como por la corrupción e incompetencia de los cuadros regionales. El escándalo de la isla de Hainan dio la medida: con fondos otorgados por el Estado para la creación de industrias de transformación de productos para la exportación, los dirigentes locales importaron en 1984-85 79.000 turismos, 45.000 motos, 350.000 televisores y 135.000 magnetófonos que revendieron con grandes beneficios al continente.

Al desencanto proporcionado por las zonas especiales —ni tan sólo Shenzhen, la más espectacular de todas ellas por su proximidad a Hong Kong, ha dado todo el resultado que se esperaba— cabe añadir las reticencias que despiertan por su *recuerdo de un pasado colonial*. Su ubicación es en todo similar a las zonas arrancadas a China por las potencias extranjeras a raíz de los tratados desiguales del siglo XIX. De hecho éstas no consiguieron penetrar en una extensión tan grande de territorio como el actual hasta 1896 y los mapas de las actuales zonas económicas especiales y de las cesiones coloniales que se redondearon aquel año se superponen casi al milímetro. Hecho que no deja de proporcionar argumentos a los contrarios a la apertura y, con ella, a la reforma.

Tanto más cuanto que la apertura mal controlada y los ambiciosos proyectos de transferencia tecnológica provocaron ya en el 84 un déficit grave de la balanza comercial, que se acentuó en el 85 hasta llegar a 13,7 miles de millones de dólares, y que, tras una breve recuperación en el 86-87, alcanzó en el 88 la suma de 40 mil millones de dólares.

El recalentamiento económico del 84-85 llegó a su punto culminante con la *liberalización de los precios*. A fin de mejorar la productividad se limitó la planificación central y se dejaron fluctuar los precios. Pero los mecanismos de mercado no llegaron a tener a corto término un papel regulador y se perdieron en el marasmo de la economía burocratizada y compartimentada. En las empresas estatales se sustituyeron las subvenciones puras y simples por parte del Estado por préstamos bancarios con intereses —con la idea de que el tener que reembolsar un préstamo gravado con intereses incitara a calcular bien los costos de la producción y, por tanto, la rentabilidad real—, mientras las empresas, previo pago de sus impuestos al Estado, podían quedarse con parte de las divisas ganadas y negociar directamente sus contratos con el extranjero. Libres de la tutela de Pekín, las empresas se lanzaron a una carrera desenfrenada de obtención de beneficios, apoyadas por las autoridades locales: para ello resultaba mucho más rentable invertir en industrias de bienes de consumo que en infraestructura, transportes o industria pesada. De resultados de ello, la inversión estatal en infraestructura rural, que

había mantenido una media de 11,9% en los últimos diez años, pasó en 1988 a un 6%.

La conjunción de crecimientos del sector agrario y del de las empresas estatales produjo un aumento espectacular de las industrias de bienes de consumo. Por otra parte, los enormes desequilibrios entre la oferta y la demanda llevaron a una rivalidad exacerbada entre los diferentes grupos de interés para repartirse los beneficios del crecimiento.

La crisis económica de finales de los años 80

A partir del 85 empezaron a notarse *signos de estancamiento*. El ritmo del crecimiento industrial, que había alcanzado el 24% durante el primer trimestre de 1985, pasó a ser del 10% en el cuarto trimestre del mismo año y del 4% en el primer trimestre de 1986.

Las causas del estrangulamiento fueron múltiples: la insuficiencia de los medios de transporte, la falta de energía (que obligaba a las zonas costeras equipadas a un alto coste a operar a un 80% de sus posibilidades), la escasez de las materias primas y el ritmo creciente de la inflación favorecida por el volumen de los préstamos: éstos aumentaron en un 30% durante 1985.

La inflación afectó por primera vez seriamente a las ciudades. Aunque los sueldos obreros habían aumentado en un 60% entre 1978 y 1984, la inflación, que en el primer trimestre de 1985 alcanzó el 30%, amenazaba con anular el incremento salarial.

Mientras, el Banco de China se puso a emitir más y más moneda, en un intento de desactivar la crisis económica a través de un aumento de la masa monetaria que permitiera multiplicar los subsidios. Este aumento de los billetes en circulación, que era ya del 23% en 1986, alcanzó el 35,9% en 1988, con el agravante de que, una vez descubierta la panacea, también los bancos regionales empezaron a darle a la manivela.

Además, los cambios en el empleo que se empezaban a implantar estaban lejos de ser del gusto de todos. Para aumentar la productividad se introdujo el trabajo a destajo y los contratos temporales: y eso en un país en que los trabajadores, por muy bajos salarios que tuvieran, estaban acostumbrados a los empleos vitalicios y al derecho de los hijos a heredar el lugar de trabajo de sus padres en el momento de la jubilación de éstos. El sistema anterior —el «cuenco colectivo de arroz»— era sinónimo de pobreza, pero también de seguridad. En cambio la reforma reintroducía en China las formas del capitalismo salvaje contra las cuales el movimiento obrero y los partidos marxistas habían luchado tenazmente a partir de mediados del XIX, y lo hacía dentro del marco bautizado como «vía china hacia el socialismo». La forma de empleo liberal que preconiza la re-

forma, sin subvención de paro —que China es demasiado pobre todavía para establecer—, ni sindicatos —que el gobierno es demasiado autocrático para tolerar—, dejaba a los obreros totalmente indefensos ante los males más espectaculares del capitalismo. Por eso una parte de ellos se inclinaba por mantener el relativo confort del status socialista anterior y de sus prácticas igualitarias, aunque con ello debiera renunciar a un hipotético aumento de la productividad. Ni que decir tiene que el ala conservadora se ha esforzado por canalizar a su favor este descontento, actitud ésta tanto más irreflexiva cuanto que alentaba un descontento social hacia una reforma que se presentaba como irreversible incluso para conservadores como Li Peng.

Por otra parte, los chinos son especialmente sensibles a los males de la inflación que en la mente de los adultos se asimila a la subida galopante de precios de los últimos años del Guomindang, inflación que contribuyó no poco al apoyo prestado por las masas urbanas a la causa comunista en 1949: uno de los grandes éxitos de Mao había sido el retorno a la estabilidad de precios y salarios durante tres decenios.

El aumento galopante de los precios en 1985 alarmó a la población y la constante depreciación del dinero la lanzó a un frenesí de compras que, al aumentar sensiblemente la demanda, aceleró la inflación. Algunos creían que el alza de precios frenaría el consumo y, con ello, en último término, la inflación. Pero ocurrió exactamente al revés: los chinos se lanzaron a la calle a comprar cualquier cosa con tal de rentabilizar al máximo una moneda en la que ya no creía nadie, el *renminbi*, cuya coexistencia con otra moneda fuerte, el *waihui*, convertible a divisas extranjeras, provocaba una devaluación imparable y públicamente reconocida de la primera. Desde 1988 el mercado negro de *renminbi* a cambio de *waihui* florecía en todas las esquinas. La mayoría de los taxis llevaban un cartel en su interior advirtiendo que sólo aceptaban *waihui* y en restaurantes —incluso en los del Estado— y mercados el precio era el doble o la mitad según se pagara en una u otra moneda. Huelga señalar la complicación que esto representaba en los contactos con empresas extranjeras puesto que oficialmente el Estado se negaba a reconocer el distinto valor de ambas monedas —equiparadas en teoría— y el sistema forzaba a una doble contabilidad que unos y otros intentaban manipular a su favor.

Para intentar frenar la crisis, el gobierno elaboró un primer bloque de medidas de austeridad, centradas en frenar la liberalización de los precios y la limitación de los subsidios. Pero el recalentamiento de la economía era ya tal que esas medidas tuvieron como única consecuencia la revitalización inmediata del mercado negro y la aparición de focos importantes de resistencia. Las administraciones de las zonas costeras, en especial las

de las zonas económicas especiales, no estaban ni mucho menos dispuestas a frenar su crecimiento. Su irritada reticencia puso de manifiesto por vez primera el enorme retroceso que el poder central había experimentado a lo largo de la reforma.

La crisis política

Fue en este contexto cuando se inició la protesta de intelectuales y estudiantes: la magnitud de la crisis económica estaba ya precipitando una crisis política.

Para los conservadores, encabezados por Li Peng, el problema radicaba en el debilitamiento de la intervención económica central del Estado que había provocado un crecimiento incontrolado de las inversiones y una tendencia centrífuga de las provincias, mientras la aceleración del proceso impedía el control sobre su ritmo por parte del Estado. Por el contrario, para los reformistas encabezados por Zhao Ziyang, la crisis obedecía a la lentitud en la aplicación de la reforma y al hecho de que ésta sólo sería efectiva cuando se extendiera a la totalidad de la economía.

El debate era tanto más importante cuanto que ya en el 87 había saltado abiertamente a la prensa, al amparo de una limitada libertad de expresión que fue creciendo gradualmente a lo largo de los años 80. Los estudiantes e intelectuales fueron especialmente sensibles al problema.

La situación de los profesionales y estudiantes

Por una parte, los profesionales han visto cómo su posición se deterioraba día tras día a lo largo del decenio. Sus sueldos, que a finales de los 70 eran todavía ligeramente superiores a los de los obreros, eran ya en 1986 inferiores en un 10%. Ahogados por unos sueldos fijos que les hacen especialmente vulnerables a la inflación, acorralados en el interior de las *danwei*, unidades de producción, que controlan todos sus gastos y distribuyen según criterios no siempre compartidos y nunca consultados los servicios sociales —como las viviendas— y todo tipo de prebendas —como los tan codiciados viajes—, estos intelectuales han trabajado y trabajan en condiciones intolerables de penuria tanto material como intelectual. Un igualitarismo residual frena además la promoción de los mejores: las becas y los bienes remunerados y prestigiosos puestos de trabajo temporales en el extranjero son distribuidos de forma rotativa, independientemente de las capacidades reales de los beneficiarios: a la amargura de los que ven sus capacidades arrinconadas en provecho de incompeten-

tes, hay que añadir el despilfarro que ello representa para el sistema.

La reforma universitaria del 77 limitó de hecho el acceso a la universidad de las élites urbanas, en un intento de rentabilizar al máximo las inversiones en educación tras el fracaso de las experiencias de la revolución cultural, que primó de forma absoluta a los hijos de campesinos pobres. Desde entonces, los estudiantes se sienten especialmente identificados con las discusiones de la élite político-administrativa a la que pertenecen tanto por origen social como por expectativas, y viven también en condiciones materiales e intelectuales de extrema dificultad. Hacinados en cuartos de seis a ocho literas, con un acceso muy difícil a los materiales de trabajo —los libros están siempre agotados y las fotocopias no existen—, reciben una enseñanza que generalmente es de escasa calidad y han de convivir en condiciones de competitividad agotadoras con la esperanza de alcanzar la cúspide del sistema: un postgrado en el extranjero. El esfuerzo realizado por el Estado para conseguirles una mejor titularidad se demuestra en las cifras de estudiantes que se benefician de ello: en 1989 había 40.000 sólo en los Estados Unidos y una cifra no muy inferior repartida por Japón, Australia, Canadá, Europa Occidental y la URSS. Aunque aquí la selección es mucho menos arbitraria que en el caso de los profesionales —con la obvia salvedad de que las oportunidades de los hijos de los dirigentes son infinitamente superiores a las de los demás— el despilfarro no es menor: regresa un 20%.

Sin embargo, la importancia de la protesta de profesionales y estudiantes vino del hecho de que trascendió sus reivindicaciones materiales y corporativas.

Aunque sin duda sus simpatías les acercaban más al ala reformista, no tardaron en darse cuenta de la principal contradicción de ésta: la falta de control democrático de la reforma dejaba todo el proceso en manos precisamente de la burocracia incompetente y corrupta a la que era prioritario apartar. Por ello el movimiento nació en oposición directa al sistema y su principal reivindicación, la democracia —entendida como el establecimiento de un sistema legal que frenara la corrupción y el despilfarro e hiciera a la sociedad en su conjunto responsable de las decisiones gubernamentales— fue desde el principio el eje del enfrentamiento. De ahí también que los reformistas gubernamentales, frenados por una compleja red de solidaridades familiares y regionales con los sectores de la burocracia que les eran favorables, no podían conectar plenamente con ellos.

La emergencia de una crítica intelectual: el movimiento literario de los 80

El movimiento democrático se notaba ya en los campus desde 1986 y en él destacaban no sólo el astrofísico Fang Lizhi —que pronto empezó a desmarcarse del sistema y a discutir abiertamente la posibilidad de salir de la crisis bajo la hegemonía del mismo partido que les había llevado a ella— sino también un escritor tan destacado como Liu Binyan, que desde las columnas del archioficial periódico *Renmin Ribao* denunciaba incansablemente los abusos del poder, y Su Shaozi, director del mismísimo Instituto de marxismo-leninismo y pensamiento maozedong.

En realidad todo el mundo literario —estructurado en torno a la Asociación de Escritores, que agrupa a más de 2.500 escritores profesionales— se mostraba notablemente crítico a partir de los 80, después de casi 25 años de silencio absoluto durante los cuales la mayoría de ellos escribieron sólo su autocrítica. A principios de los 80, dos generaciones de escritores irrumpieron en escena.

Los primeros eran ya escritores antes del Movimiento de las Cien Flores, en 1956, y tienen por tanto cerca de 60 años. En 1957 fueron acusados de «humanistas derechistas» y mandados a reeducarse al campo, donde la mayoría de ellos empalmó ya con la revolución cultural: en total, 20 años. Liu Binyan, Bai Hua, Zhang Xiangliang, Lu Wenfu y el mismo Wang Meng, Ministro de Cultura desde 1986 hasta su destitución en septiembre de 1989, pertenecen a este grupo.

Los segundos, que tienen entre treinta y cuarenta años, eran estudiantes, generalmente de secundaria, durante la revolución cultural y participaron en ella más o menos activamente hasta que fueron enviados al campo a reeducarse a través del trabajo manual: el resultado fue exactamente el opuesto del esperado. Allí entraron en contacto con una miseria con la que ni soñaban y la contemplación de las corruptelas y crueldades de la burocracia local les convirtió en críticos irreductibles del sistema. Zhang Xinxin, A Cheng, Bei Dao, destacan en esta generación.

La confluencia de ambas generaciones de nuevo en las ciudades a principios de los 80 y el clima de apertura que imperaba en aquel momento crearon las condiciones para un renacimiento cultural que, siguiendo un proceso previsible —y en parte dirigido— pasó primero por una etapa de «literatura de las cicatrices», en la que todos y cada cual contaron los horrores de la revolución cultural, para entrar luego en una etapa de «literatura de búsqueda de las raíces», en la que buscaban asimilar el complejo y desconocido mundo agrario que se había abierto ante sus ojos de ciudadanos, para terminar desembocando en una mayor multiplicidad y variedad de orientaciones a finales de los 80.

Paralelamente, el movimiento, como es evidente, mantenía una viva crítica para con las orientaciones artísticas y literarias elaboradas por el sistema: ya en 1984, Wang Meng se atrevió a criticar públicamente el sacrosanto texto de Mao de 1942, en Yunan, *Sobre arte y literatura*, según el cual la literatura debe estar al servicio de la revolución.

Y sin embargo, incluso dentro de la década de los 80, no faltaron los sobresaltos. En 1983 vino la campaña contra la criminalidad, que so pretexto de frenar la primera oleada de delincuencia con que se enfrentaba la República Popular, llenó las pantallas de la televisión de ejecuciones sumarias. Pero si en aquella campaña, en la que murieron decenas de miles de raterillos y similares, no se atacó en ningún momento a los intelectuales, la que de repente se desató en 1984 «contra la polución espiritual» apuntaba directamente a los más críticos de ellos: Bai Hua y Zhang Xinxin. Pero la aceleración del ritmo de las confrontaciones jugó esta vez a favor de ellos: la campaña duró poco y cuando se deshizo dejó paso a un clima de permisividad superior al anterior.

La aceleración de la crisis a partir de 1987

La crisis estalló en 1987 con las primeras grandes manifestaciones de estudiantes, que, iniciadas en Shanghai, se extendieron pronto por todo el país. Esta vez se acusó directamente a Fang Lizhi, cuya universidad de Hefei fue un foco muy activo durante el movimiento, de ser el instigador y se le expulsó del partido junto con Liu Binyan y Zhang Xiangliang. La represión subsiguiente se saldó con un debilitamiento del grupo reformista —Hu Yaobang, por entonces Secretario del PCCH, fue destituido— y por un reforzamiento de los conservadores, visible ya en la campaña contra el «liberalismo burgués» lanzada a mediados del 87, que se deshizo en medio de la indiferencia general tan rápidamente como había surgido.

Pero la victoria de los conservadores había sido pírrica y encubría en realidad un auténtico reparto del poder que pronto se hizo evidente tanto a nivel del buró político, y, sobre todo, de su Comisión Permanente, como de la Asamblea Nacional Popular. La reforma económica subsiguiente resultó ser también un híbrido de difícil manipulación.

La idea general era aumentar las reservas del Estado para que éste pudiera intervenir en los mecanismos de control macroeconómico. Para ello se redujeron drásticamente los subsidios a las empresas y a la agricultura, acompañándolo, lógicamente, de una mayor autonomía para ambas. La liberalización de los precios agrícolas produjo un aumento espectacular de la inflación

que a finales del 88 llegaba a un 40%, mientras las empresas, que temían una reaparición del control estatal, se lanzaban a una espiral de inversiones que recalentaba todavía más la economía, en particular en las zonas económicas especiales (Guangdong alcanzó en 1988 un crecimiento industrial del 36%, frente al 7,8% previsto por el plan).

Además, la crisis estaba alcanzando el campo: en el otoño del 88, el Estado se vio obligado a pagar la entrega obligatoria de cereales y algodón en bonos de la deuda pública, pero, en cambio, obligaba a pagar con dinero los fertilizantes que suministraba y cuyo precio había disparado la especulación. Crisis tanto más grave cuanto que el tamaño familiar de las explotaciones las hacía sumamente vulnerables y que la brusca interrupción de la construcción en las ciudades amenazaban con devolver al campo los 10 millones de población campesina fluctuante empleada en ella.

Los debates entre conservadores y reformistas desembocaron finalmente —en el verano del 88 en Beidaha, y en los dos primeros meses del 89— en una lucha sin cuartel por el poder que trascendió en gran medida a las calles de las ciudades. Irritaciones de procedencia muy diversa y de signo a menudo contradictorio confluyeron finalmente en un punto esencial: el profundo hastío hacia un poder que los había sometido a lo largo de cuarenta años a un vaivén tras otro y la necesidad de establecer alguna forma de control social sobre sus imprevisibles bandazos. Así fue como la democracia se convirtió en una exigencia prioritaria y mayoritaria: no por idealismo abstracto ni por mimetismo hacia Occidente, sino simplemente porque sin ella todo funcionaba demasiado mal.

La primavera de Pekín en junio de 1989

La proximidad del aniversario del 4 de mayo de 1919, en que los estudiantes iniciaron el movimiento democrático chino, así como la inminente visita de Gorbachov —en la que confluían las esperanzas despertadas por una reforma política hecha desde dentro del sistema y la enorme pantalla que representaba la presencia masiva de todos los medios de comunicación mundiales— explican la agitada expectación que sacudía Pekín a principios de abril. La muerte de Hu Yaobang, a mediados de mes, fue el detonante. Y el fuego alcanzó inmediatamente el centro mismo del poder: al día siguiente, un *dazibao* de la universidad de Pekín proclamaba ya lacónicamente: «El que debe morir no muere», en una alusión inequívoca al mismísimo Deng.

Las manifestaciones subsiguientes que arrastraron a toda la población urbana, y con ella a numerosos

miembros del partido, y se convirtieron en las mayores de toda la historia de China, tuvieron desde el principio un significado inequívoco de repulsa contra el gobierno: los pekineses votaron con los pies. La huelga de hambre de los estudiantes —en un país en el que la mayoría de la población conserva un vivo recuerdo de lo que es pasar hambre— produjo en China una conmoción moral sin precedentes, tanto más cuanto que los medios de difusión, en parte sumados al movimiento, le dieron amplia resonancia. Y además Deng tenía las manos atadas ante la inminencia de la super-cumbre que se avecinaba.

Al miedo que se había apoderado ya de los altos dirigentes hubo que añadir una irritación sorda cuando los estudiantes y la población de Pekín les hicieron «perder la cara» ante Gorbachov. Una humillación como aquella, vivida además a nivel popular con una alegría desbordante y un orden impecable, que día tras día ocupaba los primeros espacios de las televisiones de todo el mundo, era imperdonable. Y además muy peligrosa: Zhao Ziyang ya había empezado a desmarcarse. La confluencia de todas las oposiciones que había convertido la calle de Pekín en un frente único, acentuó en cambio las divisiones en el poder de forma irreversible.

La masacre de Tiananmen

Quedaba por saber quién se iba a encargar de frenar el movimiento. Utilizar el partido era de momento impensable porque hacía ya años que bajo este nombre se englobaba a gentes muy distintas. Por un lado, los funcionarios poderosos, implicados en corrupciones y abusos del poder con todo su séquito de pequeños burocratas autoritarios e incompetentes ocupados en ampliar las minúsculas parcelas de poder y en conservar sus privilegios y el acceso a pequeñas corruptelas. Por otro lado, la masa de militantes de buena fe, honrados en extremo, y frenéticos con la dirección del partido. Estaba claro que para la liquidación del movimiento no servían ni unos ni otros: los primeros no tenían la menor capacidad de persuasión y los segundos corrían por las calles gritando por la democracia. Pero el aparato dirigente, a través de la comisión militar del partido, dirigida por Deng, conservaba el control del ejército.

Deng había tenido buen cuidado de asegurarse su fidelidad, ya desde 1979, licenciando a los comandantes más comprometidos con la revolución cultural. Sin embargo, la popularidad del ejército —que durante treinta años había representado para los campesinos la única esperanza de escapar del campo— había disminuido notablemente con la implantación del sistema de explotación familiar: ahora había porvenires mucho mejores y las limitaciones impuestas a la natalidad ha-

cían impensable que la familia renunciara a la ayuda de un hijo varón.

Por otra parte, la reforma no había tratado bien al ejército. Aunque su modernización era una de las cuatro previstas, ésta se había concretado en una reducción tanto de sus efectivos —que habían bajado de cuatro millones a tres— como de las circunscripciones militares que cuadriculan el país —que habían pasado de once a siete—, sin que ello comportara un aumento del presupuesto asignado ni una modernización tecnológica. Para subvencionar sus necesidades el ejército de la reforma tuvo que dedicarse a los negocios. Se hizo socio de varias *joint ventures* —el principal hotel de Pekín, el Wangfu, funciona con capital conjunto de socios filipinos y del Ejército Popular de Liberación—, y dedicó parte de las fábricas de uso militar a la producción de bienes de consumo: autobuses y neveras salieron de sus arsenales. Pero, como es evidente, sus principales negocios siguieron ligados al ramo: China fue el principal vendedor de armas a Irán, sin despreciar tampoco la venta de misiles a Irak. Entre 1980 y 1988 el ejército se convirtió en un gran exportador de armas y el volumen de los negocios aseguró a China el cuarto lugar mundial en el ranking de los países vendedores de armamento. Esta política, que perseguía la autofinanciación de la modernización del ejército, lo convirtió a su vez en un nuevo poder económico dentro del Estado vinculando su suerte a la del sistema.

Deng podía pues apelar tanto a su conservadurismo como a sus intereses. En última instancia, sin embargo, tuvo que apelar a su disciplina. Cuerpos enteros del ejército vacilaron durante días. Con el tiempo se sabrá de qué purgas y de qué concesiones se valió Deng para conseguir que el alto mando aceptara asumir un papel de verdugo que pulverizaba uno de los mitos más cuidadosamente alimentados durante años: el de la absoluta compenetración entre el ejército y el pueblo.

La masacre de Pekín, una de las mayores matanzas masivas de civiles perpetrada por el ejército propio en tiempos de paz de todo el siglo XX, liquidó la credibilidad de la reforma a nivel internacional y —junto con la sorda y pertinaz represión posterior— dejó el país a la deriva. Los problemas económicos que motivaron la crisis siguen ahí, mientras el capital extranjero empieza a retraerse, provocando con ello una contracción de toda la economía. Y una nueva y enorme crisis política se cierne sobre las cabezas de los vencedores: la de la muerte inminente de Deng Xiaoping.

Las voces que ahora llegan en sordina desde China transmiten una desesperanza sin fin, y aunque por primera vez se haya constituido una cabeza de oposición visible en el exilio, los chinos saben que el sistema puede durar todavía lo suficiente como para amargarles la vida de forma irreparable; y para muchos será ya la tercera vez.

La nueva distensión y sus problemas

Pere VILANOVA
Profesor Titular de Ciencia Política,
Universidad de Barcelona.
Codirector del TNI (Transnational Institute,
Amsterdam).
Profesor de CIDOB.

Más allá de criterios formalistas (la década de los 90 empieza el 1 de enero de 1991, no el 1 de enero de 1990), podemos por tradición aceptar que el final de 1989 es una buena ocasión no sólo de hacer balance de dicho año, sino de toda la década de los 80. En todo caso, el año 1989 ha sido tan rico en acontecimientos, ha tenido una dinámica política tan compleja, que su análisis es una digna culminación de una década ya de por sí extraordinariamente significativa. Y la primera cosa que hay que recordar aquí, al empezar esta reflexión, es precisamente la demostración que 1989 ha hecho de la *total imprevisibilidad de la política*. El ritmo que han adquirido los cambios en el Este, la propia caída del muro de Berlín, por poner el ejemplo más significativo, es algo que nadie, ni aquellos que tomaron esa decisión histórica, estaban en condiciones de prever tan sólo tres meses antes. Y si hubiera que reducir a un sólo concepto —una vez sentada esta imprevisibilidad de la política— este complejo año de 1989, la mejor fórmula es sin duda: la «nueva distensión y sus problemas». «Nueva» porque sería absurdo negar que la historia, desde 1945, ha conocido algunos momentos de distensión, y por tanto la fase actual tiene precedentes. Pero el término «nueva» tiene aquí más connotaciones: estamos ante una distensión radicalmente nueva, es decir, cualitativamente distinta a cualquiera de sus fórmulas anteriores, hasta el punto que sería necesario buscar una palabra diferente a *distensión* para definir la situación actual. El propio término *distensión* requeriría una profunda revisión. En efecto, su uso es válido sólo por analogía, en referencia a otras épocas en que el Este y el Oeste han buscado y hallado formas de coexistir y competir dentro de ciertos parámetros mutuamente aceptados, hasta que la propia evolución de la historia los ha alterado y ha puesto en crisis dicha fórmula. Pero en el caso actual, si bien hay esa componente de distensión —por oposición a la tensión o a la dinámica de confrontación de los primeros años ochenta—, hay una nueva variable: las profundas mutaciones del sistema soviético y del bloque del Este, que requieren un análisis más detallado y profundo. También hemos mencionado la noción «la nueva distensión y sus problemas». Llama la atención hasta qué punto se hace, desde muchos ángulos, una lectura apresurada y superficial de la actual situación mundial, dando por buena la ecuación Nueva Distensión (en el sentido Este-Oeste) igual a Paz Mundial. Y ello es absolutamente cuestionable, pues los conflictos en muchos lugares del Tercer Mundo, algunos nuevos, otros simplemente reactivados en mayor o menor grado, y algunos, es cierto, en fase de desactivación, vienen a recordar que el sistema mundial se mueve sobre dos ejes. Uno, horizontal, Este-Oeste, que está en plena mutación y que no sabemos en qué va a convertirse, pero que conlleva potencialmente problemas de nuevo

tipo que todavía ignoramos; otro, vertical, el eje Norte-Sur, que sigue produciendo tensiones estructurales cada vez más insostenibles. Y en el seno de estos parámetros, el sinfín de ya citados conflictos del Tercer Mundo.

La década de los ochenta entró en su último año, 1989, en una dinámica de consolidación de lo que se ha dado en llamar *nueva distensión* («new detente»), iniciada aproximadamente a finales de 1986, pero oficializada sin duda ninguna en diciembre de 1987, con la firma en Washington del acuerdo Doble Cero. Todo proceso político es complejo, y el tema de la seguridad incluye tal cantidad de variables que una afirmación como la arriba expuesta requiere, obviamente, algunas precauciones. Se pueden resumir en una: *todo parece indicar*, dadas las circunstancias imperantes en las relaciones Este-Oeste, que esa «nueva distensión» puede no sólo consolidarse, sino convertirse en algo duradero. Pero algunas de las bases sobre las que se sustenta pueden variar bruscamente (una involución brusca en la URSS; nuevos conflictos incontrolados en el Tercer Mundo; etc.), y la historia demuestra que las relaciones Este-Oeste han fluctuado tradicionalmente entre fases de tensión y fases de distensión.

En este contexto, el año 1989 estaba llamado a producir sorpresas. La primera, por supuesto, tiene que ver con la *perestroika* en sentido amplio, esto es, con la consolidación y avance del proceso de reformas en la URSS y la dinámica acelerada de cambios en todos los países del Este. 1989, con las elecciones soviéticas de marzo al nuevo Congreso de Diputados del Pueblo (del que había de salir el nuevo Soviet Supremo), iba a ser un año clave. La situación en la URSS, a nivel económico, con la agitación de las nacionalidades (países bálticos, Georgia, las repúblicas asiáticas, etc.), en el plano de la reforma institucional, dista de ser estable. A este respecto hay que subrayar que cuando Gorbachev hace pública lo que se puede llamar «la agenda» de la *perestroika*, la economía y sus necesarias reformas aparecen en primer plano. Pero no en cambio el conflicto de las nacionalidades, que ha sido algo totalmente inesperado, tanto por la amplitud que ha tomado en algunos lugares, como por su generalización a la práctica totalidad de nacionalidades y minorías étnicas de la Unión Soviética.

Gorbachev sigue desarrollando una política compleja, en la que sus sucesivas iniciativas en política interior, de reformas institucionales, económicas, etc., están en relación estrecha con su «nuevo curso» en Política Exterior y de Seguridad. Se ha producido un fenómeno de tal envergadura, que Gorbachev ha conseguido vencer a los occidentales, empezando por los europeos,

de que el éxito de la *perestroika* no sólo es deseable en términos genéricos, sino que es también *condición indispensable* para la consolidación de la Nueva Distensión a la que se alude más arriba. Y por vía de consecuencia, un fracaso de la *perestroika* conllevaría desastrosas consecuencias para el futuro de las relaciones Este-Oeste y de la propia seguridad europea.

En esta perspectiva, llama la atención hasta qué punto la reforma del sistema soviético —tal como la veía Gorbachev— ha adquirido en las llamadas democracias populares un ritmo propio tan acelerado y en progresión geométrica, que al término de 1989 se podía afirmar que ni Gorbachev, ni la dirección soviética, ni nadie tenía en sus manos el control de los acontecimientos. En otras palabras, a partir del momento en que la URSS aceptó explícita o implícitamente (en unos casos dejando hacer, en otros empujando hacia adelante a algunos socios excesivamente inmovilistas) dejar cada país a su aire y a sus propios ritmos, cada caso ha sido un modelo digno de estudio. Ya en enero, los dirigentes húngaros anuncian el fin del partido único e inician un proceso de autoliquidación del partido comunista y el restablecimiento del pluralismo político y social sin limitaciones y con todas sus consecuencias. En junio, Hungría desmantela por decisión unilateral el «telón de acero» con Austria, y en julio se procede a la rehabilitación de Imre Nagy, el dirigente histórico de la rebelión de 1956 contra la URSS. En octubre, el Partido Comunista (PSOH) pasa a denominarse Partido Socialista y se abre la puerta legal para unas elecciones democráticas. En Polonia, el curso es matizadamente distinto. En abril, es legalizado Solidaridad. Solidaridad, movimiento social complejo, surgido de las luchas obreras de 1980, ilegalizado y perseguido por el general Jaruzelski, el mismo que finalmente en abril de 1989 se sienta a negociar de igual a igual con los perseguidos y presos de ayer. Las elecciones de junio consagran la primacía de Solidaridad y la marginación social abrumadora de la dirección comunista. Así, en los niveles en que la elección era realmente competitiva, como los cien escaños del Senado, Solidaridad gana 99 y un millonario independiente el último escaño. El tercio electivo de la Cámara baja, también produce un resultado similar. Y sobre todo, los 35 escaños de lista única reservados para los máximos dirigentes del Partido, fracasa en toda línea: sólo dos de los 35 son elegidos en la primera vuelta. En agosto, Jaruzelski nombra al intelectual T. Mazowiecki como Primer Ministro, para formar un Gobierno de coalición —los comunistas, en clara minoría—, y en septiembre el nuevo Parlamento aprueba la investidura del nuevo Gobierno. Más espectacular, por simbólica, es la caída del muro de Berlín en noviembre, un viernes por la noche, pocos días después de la retirada forzosa de Honecker y su sustitución por el dudoso Egon Krenz. Desde julio, la

avalancha de fugitivos de la RDA a la República Federal vía Checoslovaquia, Hungría y Austria, pone en marcha una crisis cuya aceleración pilló a todos los observadores por sorpresa. El ascenso de Hans Modrow como líder reformista abre a partir de noviembre nuevas perspectivas para el caso alemán. Lo curioso es que en teoría el caso de la RDA parecía destinado a ser el último en resolverse. Las implicaciones internacionales, su localización estratégica, el estatuto de ocupación que sigue pesando sobre las dos Alemanias en virtud de los acuerdos del final de la II Guerra Mundial, todo ello parecía indicar que el caso de la RDA requeriría una compleja negociación previa, antes de cualquier solución. Aquí, nuevamente los hechos lo han cuestionado todo. El muro fue derribado por un acto unilateral, y sus consecuencias se dejarán sentir durante largo tiempo. En todo caso, se puede afirmar sin duda ninguna que ha sido el hecho más importante acontecido en suelo europeo desde el final de la II Guerra Mundial. El hecho de que H. Kohl plantease, a principios de diciembre, públicamente «la cuestión alemana pendiente», vía fórmulas de cooperación y a través de una eventual solución confederativa —como paso previo a cualquier solución federal o de unificación pura y simple—, era inevitable históricamente, una vez desmantelado el muro. Las reacciones tibias o claramente reticentes (de la URSS, de Estados Unidos, de Polonia y de Francia principalmente) en ningún caso lograrán aplazar indefinidamente el tema. La situación era, a finales de 1989, radicalmente nueva, y exigía soluciones nuevas.

Conviene subrayar, como observaciones globales, lo siguiente: en primer lugar, el carácter multitudinario, masivo, persistente y tenaz de las movilizaciones de masas, y su carácter pacífico. La ausencia total de violencia —excepto en los casos de provocaciones policiales— y la demanda de libertad y democracia quedarán como una lección de madurez cívica. En segundo lugar, la fuerza de la sociedad civil, su autonomía, y su capacidad de memoria histórica (véase la facilidad de recomposición del pluralismo político en la RDA, en Hungría o en Polonia). En tercer lugar, la rehabilitación de la autonomía de la política en estos países, algo inexistente durante 40 años, donde cada cual sigue su curso en función de una dinámica realmente policéntrica (por usar la fórmula de Togliatti). En cuarto lugar, el realismo, la madurez y la solidez de la política de pactos y compromisos que poder y oposición han adoptado cuando la ruptura democrática con el pasado ha sido inevitable. Desde este punto de vista, no es impensable que haya que buscar, para resolver la dimensión internacional del problema, fórmulas en el terreno de la neutralidad internacionalmente garantizada para resolver la espinosa cuestión del lugar de Polonia, Hungría, Checoslovaquia y, por encima de todo, la RDA en la

cambiante situación Este-Oeste. Señalemos aquí, como dato fundamental, que esta cadena de acontecimientos en diversos países del Este, ha producido en la práctica una desarticulación total del Pacto de Varsovia, al menos como alianza militar, dato que la Alianza Atlántica no puede seguir ignorando por más tiempo.

* * *

La otra cuestión esencial, en 1989, era la situación de crisis estructural en que se hallaba inmersa la Alianza Atlántica desde unos años antes, crisis que se había agudizado extraordinariamente a finales de 1986, en la cumbre de Reykjavik —sobre la que hubo interpretaciones de lo más alarmante, pero que luego se tradujo, un año más tarde, en el acuerdo Doble Cero de Washington—. Las dificultades de la Alianza Atlántica para adaptarse al nuevo curso, y dar respuestas concretas y convincentes a las sucesivas propuestas de la URSS, se agravó durante 1988, año de transición para Estados Unidos. En efecto, R. Reagan, dio muestras crecientes de falta de energía e impulso en este último año de mandato. El éxito del acuerdo de Washington de diciembre de 1987 permitía ganar tiempo, pero el paso de una Administración que duraba desde hacía ocho años a otra que fue una incógnita hasta por lo menos uno o dos meses antes de la elección presidencial norteamericana de noviembre (1988), paralizaba todo el bloque occidental. En esta situación, el debate sobre si el acuerdo INF de Washington debía prolongarse en un «acuerdo triple cero» que incluyese las armas nucleares tácticas (menos de 500 km de alcance) fue ganando intensidad. La polarización entre la posición anglo-americana (las armas nucleares tácticas —SNF— no eran negociables, nunca lo serían y debían ser modernizadas) y la posición alemana (empezar a negociar ya un acuerdo «triple cero» sobre ese tipo de armas) se mantuvo durante los primeros meses del año, hasta la tan anunciada como temida Cumbre atlántica de Bruselas, prevista para finales de mayo de 1989. Vale la pena detenerse en esa Cumbre atlántica como síntoma.

No estaba en juego únicamente una decisión sobre los misiles Lance (que estarán caducos para 1995), sino el propio equilibrio interno de la Alianza. Finalmente, la cumbre atlántica del 29 y 30 de mayo de 1989 terminó con un compromiso considerado al parecer por las dos partes como aceptable. La ironía en este enunciado reside en el hecho de que «las dos partes» no son aquí la URSS y Estados Unidos, o el Este y el Oeste, sino Estados Unidos y Alemania Federal, esto es, dos socios cruciales de la Alianza. Se puede adelantar sin temor a errar que el terreno de acuerdo fue propiciado por una serie de países de la Alianza que desde tiempo antes se venía situando en un terreno intermedio, como

Italia, España, y de un modo especial Francia. En efecto, fueron pocos los observadores y especialistas que interpretaron correctamente la posición del presidente francés, expuestas por aquellas fechas en una conferencia de prensa y en su visita del 21 de mayo a G. Bush. Muchos creyeron entender tan sólo que Mitterrand se alineaba con la posición americana, cuando en realidad el compromiso alcanzado en Bruselas parecía calcado exactamente de la postura francesa. La utilidad de la mediación de los países aquí mencionados merece ser resaltada. En efecto, existe en la Alianza una cierta tradición o inercia que ha tendido a resolver las crisis internas o bien en términos de correlación de fuerzas (y, en suma, ¿de quién son *todas* las cabezas nucleares bajo mando OTAN, sino de Estados Unidos, que tiene en última instancia la decisión de disparo?), o bien en términos de interpretar cualquier discrepancia con la línea oficial como síntoma de debilidad, de claudicación frente al Este, cuando no de «quintacolumnismo». No se puede dejar de comprender que las razones alemanas eran genuinas, sólidas. Como dijo un político alemán, las SNF (armas nucleares tácticas) pueden definirse como «aquellas diseñadas para matar sólo alemanes, pero muchos alemanes» a ambos lados de la frontera. Por lo demás, Bush no podía ignorar por más tiempo que la lógica abierta con el acuerdo INF o Doble Cero llevaba necesariamente a una negociación sobre las armas nucleares tácticas. Al menos, de continuar unas determinadas condiciones internacionales que en su momento propiciaron el acuerdo Doble Cero. Y esas condiciones no sólo siguen dándose, sino que incluso han mejorado.

Si por el lado de la Alianza, la mediación de Italia, España y Francia, apoyándose en la estela del Doble Cero, pudo ser considerada el factor clave del compromiso de la cumbre de Bruselas, el «viento del Este» también contribuyó. En este sentido, varios acontecimientos avalan esta interpretación, aunque hayan quedado relativamente en segundo plano. Por un lado, el 11 de mayo de 1989 Gorbachev aprovechó la visita del Secretario de Estado, J. Baker, a Moscú para proponerle —o mejor dicho comunicarle— una reducción unilateral de los misiles de corto alcance basados en tierra, que eran el principal problema. Por otra parte, el 25 de mayo, esto es a menos de una semana de la Cumbre de Bruselas, el Pacto de Varsovia presentó en las conversaciones CFE o CAFE (sobre reducción de fuerzas y armas convencionales en Europa, el otro gran escollo) de Viena una propuesta detallada sobre reducción de armas convencionales y tropas, que el bloque occidental no pudo por menos que calificar de muy positiva: el embajador de los Estados Unidos la llamó «buena noticia» y otro alto representante la definió como «(la propuesta) más próxima a la posición norteamericana que jamás hemos recibido». La propuesta

fue presentada oficialmente por el embajador búlgaro y se refería a los límites de concentración de armamento y tropas por regiones, dividiendo el mapa europeo en tres áreas: una zona de contacto entre ambas Alianzas y dos zonas periféricas. El programa sería aplicable en un plazo no superior a seis años. Lo interesante es que se nota en esta propuesta una influencia, aunque indirecta, de las teorías de la «defensa defensiva» y de la «defensa no provocativa». En la zona de contacto, los efectivos respectivos serían 1.000.000 de hombres, 16.000 tanques, 16.500 piezas de artillería, 20.500 vehículos blindados, 1.100 aviones de combate y 1.300 helicópteros de combate. Las zonas periféricas tendrían como techo aproximado un tercio de cada uno de esos tipos de armas. La propuesta, además, incluía una detallada descripción geográfica de la zona de contacto y las zonas periféricas. Y esa propuesta, al parecer, incitó a G. Bush a modificar sobre la marcha un discurso que ese mismo día iba a pronunciar en una Universidad norteamericana.

De hecho, la oferta hecha por el Presidente de EEUU en Bruselas, de una importancia excepcional, parece tomar como referencia esa propuesta soviética en las conversaciones CFE. En primer lugar, Bush propone unas cifras (en relación a tanques y vehículos blindados) que no están tan alejadas de las soviéticas. En segundo lugar, la OTAN acepta por primera vez (con tanta claridad) que en la negociación y posterior reducción sean incluidos los aviones de combate basados en tierra y los helicópteros, y propone que el techo para ambos lados sea un 15% inferior a la actual cifra máxima de que dispone la Alianza Atlántica. El resto del material será destruido. En tercer lugar, los Estados Unidos reducirán en un 20% sus tropas estacionadas en Europa, facilitando así un techo máximo para los efectivos humanos americanos y soviéticos estacionados fuera de sus territorios nacionales. Las tropas objeto de reducción, serán desmovilizadas. En cuarto lugar, Bush insta a ambas partes a acelerar las conversaciones en curso para alcanzar un acuerdo en las negociaciones CFE (Fuerzas Convencionales en Europa) de Viena. Por último, el 30 de mayo, coincidiendo con la Cumbre de Bruselas, Gorbachev aprovechó la sesión del nuevo Congreso de los Diputados del Pueblo para hacer público por vez primera el presupuesto de Defensa de la URSS. Presupuesto, además, calificado de *creíble* por los observadores occidentales. En efecto, Gorbachev presentó ante los miembros del Congreso de su país un informe oficial, según el cual los gastos de Defensa ascienden a casi 78.000 millones de rublos, es decir un 12% de la renta nacional. Las dificultades de operar con las diferencias entre el cambio oficial del rublo con respecto al dólar US y el cambio en el mercado negro (suele variar de uno a cuatro) hacen difícil evaluar este presupuesto, pero el mero hecho de hacerlo

público es en sí mismo revelador e inédito. Gorbachev, además, propuso reducirlo en casi un 15% en los próximos dos años, como parte de los programas de reconversión de la economía militar a la civil. Reveló asimismo el primer dirigente de la URSS, que desde 1987 los gastos de Defensa estuvieron en la práctica congelados. Los observadores no dejaron de notar que esa cifra de casi 78.000 millones de rublos confesada por Gorbachev es casi cuatro veces superior a la cifra que oficialmente se daba (en los últimos años) en los presupuestos del Estado como asignación a Defensa: 20.200 millones de rublos.

Ante este cúmulo de circunstancias, resulta más comprensible que el pragmatismo de Bush, unido a la presión de una parte de la Alianza, hiciera posible lo que dos semanas antes parecía tan difícil: evitar la más grave crisis de la Alianza desde 1966, y continuar en la dinámica del Doble Cero y las nuevas relaciones Este-Oeste. Los dirigentes de la Alianza consiguieron por fin un acuerdo de compromiso, aunque el calificativo usado por el Secretario General Manfred Woerner (que habló de «triumfo») pueda parecer excesivo. Este compromiso fue posible por la confluencia de varios factores aquí mencionados (las sucesivas propuestas de Gorbachev, la iniciativa de G. Bush hecha pública el día antes de la cumbre de Bruselas, la mediación de varios países aliados, etc.) y se tradujo en afirmaciones aparentemente contradictorias: las armas nucleares tácticas siguen siendo necesarias, pero también deben ser negociadas; las negociaciones para su reducción sólo empezarán cuando se hayan alcanzado acuerdos sustanciales en las CFE de Viena, pero a cambio la sustitución de los Lance no se iniciará hasta después de 1992. Una de cal y otra de arena, es decir, una concesión al polo Bush-Thatcher y otra al polo encarnado por Kohl (que no estaba sólo ni mucho menos). Con todo, en la conferencia de prensa final, tanto G. Bush como la señora Thatcher afirmaron que «nunca habrá una opción triple cero», en referencia a que nunca, bajo ningún concepto, se planteará la eliminación total de las armas nucleares en Europa. Lo más importante de Bruselas, desde esta perspectiva, no fue tanto el compromiso logrado sobre los Lance, como la puesta en pie de un marco de negociación sobre el grueso de fuerzas en presencia, con plazos en el tiempo y techos en las cantidades.

Así, después de Bruselas, es más fácil entender que la cuestión de los Lance, muy importante como problema de disciplina interna (o solidaridad, según se mire) de la OTAN, es muy secundaria desde el punto de vista militar-nuclear. En efecto, los 88 Lance son sólo una gota de agua en un arsenal nuclear táctico que contaba, en 1989, con unas 4.000 cabezas nucleares (por parte occidental), del que curiosamente se habla poco, y cuya modernización está en curso desde la reunión de Mon-

tebello de 1983, mediante aviones (Tornado, F-16, F-111), el nuevo SRAM (Mísil aire-tierra), la artillería nuclear, etc. Esta precisión debe hacerse no para subestimar el acuerdo Bruselas, sino para que el lector sepa que los 88 Lance eran una pequeña parte. Eso sí, un escollo político interno para la Alianza. Queda mucha arma nuclear a ambos lados del telón, y si se da por bueno su carácter disuasorio, con lo que queda hay de sobra. Aunque ésta es una tesis susceptible de debate, por supuesto.

El otro aspecto de la reunión de Bruselas que había suscitado ciertas expectativas era el de la publicación de un nuevo documento de referencia global. Se valoraba que la doctrina tradicional, vigente desde mediados de los años sesenta, estaba en crisis y resistía mal los embates de la era postINF, así como la avalancha de nuevas propuestas de Gorbachev. La crisis previa a la cumbre de Bruselas, salvada *in extremis*, como se ha visto, subrayaba todavía más esta fragilidad. En este sentido, el documento final: *A comprehensive concept of arms control and disarmament*, es relativamente decepcionante, porque no revisa ninguno de los presupuestos tradicionales de la Alianza, aunque se note algún cambio significativo a nivel de lenguaje. La centralidad del armamento nuclear, el carácter defensivo de la Alianza, la necesidad de una solidaridad total entre los aliados, son los ejes centrales del texto, aunque se dice explícitamente que la política de control de armamentos y de seguridad se hará «al nivel más bajo posible de equilibrio de fuerzas y armamentos adecuados a la estrategia de la disuasión». Como se ha dicho, el tema crucial de la crisis previa a la cumbre de Bruselas, fue —y seguirá siendo en futuras crisis— el de la disciplina absoluta (el término usado oficialmente en la Alianza es el de «solidaridad») de los aliados, y por ello es aún más significativo que Kohl acabase obteniendo una solución de compromiso.

La situación general, después de la Cumbre de Bruselas, se ha simplificado y a la vez se ha vuelto más compleja. Por un lado, se ha restablecido el acuerdo interno de la Alianza Atlántica a partir de un compromiso que no sólo, como se ha visto, era aceptable entre aliados, sino que probablemente entra de lleno en el escenario de negociación en curso entre el Este y el Oeste. Se ha vuelto más compleja, por otro lado, porque lo que está en juego no es simplemente los 88 misiles Lance. A nivel militar, la situación ya diversificada corre el riesgo de complicarse. Dos niveles de negociación parecen sólidamente encarrilados. En primer lugar, el Acuerdo de Washington de diciembre de 1987 concluyó con una llamada específica para entablar negociaciones de cara a reducir por lo menos en un 50% los actuales arsenales nucleares estratégicos de la URSS y Estados Unidos. En otras palabras, se pudo pensar que la revitalización de las conversaciones

START (de reducción de armas estratégicas) iba a ser relativamente simple, e incluso se aventuró que el acuerdo se iba a alcanzar dentro de 1988. No fue así, y la negociación ha sido más lenta de lo previsto, pero todo hace pensar que a ese nivel el acuerdo es algo relativamente asequible. Las armas estratégicas, por sus peculiares características, siempre han sido más «controlables» (de hecho las SALT I y las SALT II son precedentes significativos) y las superpotencias han alcanzado ya en otras épocas un alto nivel de *arms control* sobre ellas. Por lo tanto, por sí solas, estas armas no deberían generar sorpresas desestabilizadoras. En este sentido, la Cumbre de Malta, de primeros de diciembre, produjo como uno de los resultados más tangibles el de la convocatoria para una nueva Cumbre en Washington en junio de 1990, para la que sí estará ya disponible el acuerdo sobre reducción de arsenales estratégicos START. En segundo lugar, otra secuela positiva de la nueva distensión ha sido la «muerte digna» de las negociaciones llamadas MBFR (reducción mutua y equilibrada de fuerzas convencionales) de Viena, que estaban estancadas desde 1973, y su sustitución de hecho por las negociaciones CFE o CAFE (Fuerzas Convencionales en Europa), en las que los trabajos en vista de una reducción significativa de fuerzas convencionales en Europa avanzan a buen ritmo. Aunque en este apartado los problemas son mucho más complicados, de no empeorar la situación general, el proceso debería culminar positivamente. La reanudación de las negociaciones el 9 de noviembre último se hacía bajo los mejores auspicios, y aquí también se apuntaba como posible que para la cumbre de Washington de junio del 90, un acuerdo explícito estuviera ya a punto. El hecho de que en las CFE o CAFE de Viena negocien todos los socios de las dos Alianzas y no sólo Estados Unidos y la URSS puede suponer, paradójicamente, una fuente de problemas, en el sentido de que algunos acuerdos pueden retrasarse, pero no resulta creíble que ello pueda llegar a un nivel de bloqueo del proceso en curso. Fuera del ámbito de las negociaciones en curso, otros elementos tradicionalmente presentes en el debate de seguridad de los años 80 deberían ser tenidos en cuenta. La SDI, o Iniciativa de Defensa Estratégica (lanzada por R. Reagan en marzo de 1983) no ha sido formalmente cancelada, y el Presidente Bush, oficialmente, sigue defendiéndola. Pero es un hecho que puede darse por semienterrada o por lo menos congelada. Su elevado coste, las incertidumbres surgidas en los trabajos de investigación previa, la dificultad de integrarla en el espíritu de la «nueva distensión» (era, de hecho, una propuesta altamente desestabilizadora), a lo que se debe añadir que es uno de los objetivos obligados en toda política de austeridad y recortes presupuestarios que la Administración Bush no puede posponer, todo ello parece indicar que la SDI se verá

progresivamente reducida a un programa de investigación (diversificado), salpicado puntualmente de experimentos prácticos, y cuyos resultados podrán tener eventualmente aplicaciones en otros campos militares (convencional y/o nuclear). Otro tema a tener en cuenta —aunque no pueda ser analizado aquí en detalle— es el de la inevitable modernización y mejora tecnológica que acompañará a las nuevas generaciones de armas convencionales (a partir de su reducción cuantitativa en Europa, si culminan con éxito las negociaciones CFE de Viena), o el desarrollo —ya en curso— de ambiciosos programas de despliegue nuclear en los mares, a partir de misiles de crucero, o en el aire. Las dificultades políticas que genera entre aliados el despliegue de armas nucleares en sus respectivos territorios es una de las razones —no la única— que avala ese movimiento «hacia el mar». No puede dejar de señalarse aquí el peligro de que el movimiento de carrera armamentista que ello conlleva, por sus características técnicas y políticas, complicará sustancialmente cualquier negociación a este respecto. Por citar un solo elemento, las armas nucleares desplegadas en el mar alteran sustancialmente la tradicional división de éstas entre «estratégicas», «intermedias» y «tácticas».

En este esquema, el problema de la Alianza Atlántica, que la Cumbre de Bruselas no pudo resolver, es cómo adaptarse a la «nueva distensión» sin agravar sus disensiones internas y sin tomar iniciativas que puedan poner en peligro esa misma «nueva distensión». Un instrumento creado por y para la Guerra Fría (como su adversario, el Pacto de Varsovia) debería ser capaz de renovarse o plantearse su propia desarticulación. Se han alzado voces en este sentido, contestadas de inmediato por otras advirtiendo sobre lo prematuro de una tal decisión. En el terreno del realismo que impregna el actual esquema de seguridad europea, el argumento dominante es el de un mantenimiento de la Alianza con carácter «preventivo» (¿y si fracasa la *perestroika*?), pero incluso así es imprescindible una reducción de sus efectivos, una revisión de su doctrina oficial (la de la «respuesta flexible» hoy en vigor está en plena crisis, según admiten amplios sectores de la Alianza) y una orientación de su política que le evite convertirse en uno de los principales obstáculos para consolidar la «nueva distensión», si es que ésta está llamada a convertirse no sólo en algo coyuntural o accidental (una temporal recesión de la tradicional confrontación Est.-Oeste), sino en una relación de coexistencia positiva, duradera y de cooperación entre los bloques.

La Cumbre de Malta de primeros de diciembre fue un símbolo de la nueva situación, y una buena ocasión para culminar el balance del año y de la década que con él terminaba. En Malta —una cumbre breve, menos de diez horas de reuniones—, se produjo un reconocimiento muy explícito, indispensable para enterrar ambigüe-

dades y vacilaciones occidentales que ya no tenían sentido, de la realidad de los cambios en el Este y la necesidad de apoyarlos sin reservas. Se produjo también una reafirmación del espíritu positivo en el terreno del control de armamento, con vistas a progresar sobre todo en el terreno convencional, pero no se puede olvidar que el acuerdo de Bruselas de mayo de 1989 no resolvió del todo la cuestión de la «opción triple cero», y que ésta puede resurgir en cualquier momento, aunque las tesis que se oponen a la misma sean cada vez más insostenibles. Y, de manera significativa, Washington (y sus aliados europeos también) se comprometió a formas concretas de ayuda económica a la URSS, sin lo cual todo lo demás puede quedar hipotecado.

* * *

Y sin embargo, 1989 acaba con una reactivación brutal de la guerra civil en El Salvador, un golpe militar (el sexto) contra el Gobierno de Cory Aquino en Filipinas, el asesinato del recién nombrado presidente libanés René Muawad, la persistencia de la Intifada en los territorios ocupados por Israel, el aumento de la tensión entre Nicaragua y otros países centroamericanos, hasta el punto de que al acabar el año corría serio peligro el espíritu de Esquipulas y los acuerdos regionales de paz, etc. Es cierto que 1988 vio con esperanza cómo diversos conflictos del Tercer Mundo entraban en vías de solución o por lo menos de negociación. La retirada soviética de Afganistán, la retirada vietnamita de Camboya, las elecciones de Namibia, la retirada cubana de Angola, el fin de la guerra Irán-Irak, etc., son ejemplos de ello. Pero, ¿cuántos de estos conflictos pueden darse por resueltos?

La década termina así con una situación más contradictoria y compleja de lo que algunas simplificaciones abusivas pueden dar a entender. La crisis del bloque del Este —porque se trata de una crisis, no de un simple proceso de reforma controlada— abre una situación completamente nueva, pero el desplazamiento de estos países hacia occidente (en términos de modelo de democracia política) no es garantía, por sí solo, de que saldrán con ello de su marasmo económico. Lo más realista es prever la aparición, en estos países y en la escena internacional, de problemas de nuevo tipo, que pueden provocar inestabilidades locales, regionales o a escala europea.

BIBLIOGRAFIA

- AAVV (1988): «Defensas alternativas», *Papeles para la Paz*, n. 29.
- AAVV (1989): «Viejos y nuevos pensamientos: la política exterior de la URSS», *Papeles para la Paz*, n. 35.
- AAVV (1989): «Une page de l'Histoire de l'Europe se tourne», *Cosmopolitiques*, n. 12.
- AAVV (1989): «La paix des grands, l'espoir des pauvres», *Le Monde Diplomatique-Manière de Voir*, n. 4.
- AAVV (1989): *Anuario sobre Armamentismo* (M. Aguirre y C. Taibo, comps.), CIP, Madrid.
- ARKIN, W. (1988): «La carrera de armamentos nucleares en el mar», *Papeles para la Paz*, n. 31-32.
- BONIFACE, P. (1989): *El año estratégico (analizado por la FEDN francesa)*, Servicio de Publicaciones del EME, Madrid.
- BURGUELIN, H. (1988): «L'Union Européenne Occidentale», en *La Sécurité de l'Europe*, J.P. Maury (comp.), CEDRE, Perpignan.
- DE LA GORCE, P.M. (1989): «La modernisation, ce noyau dur des négociations sur le désarmement», *Le Monde Diplomatique*, mayo.
- FONTAINE, P. (1987): «La Defense Européenne: les occasions manquées et les chances de renouveau», *Revue du Marché Commun*, n. 307, mayo-junio.
- HALLIDAY, F. (1983): *The making of the second cold war*, Verso, Londres.
- HEAD, S. (1989): «The battle inside NATO», *The New York review of books*, vol. XXXVI, n. 8.
- JOXE, A. et al. (1987): «Eurostratégies américaines», *Cahiers d'Etudes stratégiques. CIRPES*, n. 12.
- KENNEDY, P. (1988): «Not so grand strategy», *The New York Review of Books*, Vol. XXXV, n. 8.
- MAURY, J.P. (1988): *La sécurité de l'Europe*, CEDRE, Perpignan.
- MCLEAN, S. (1986): *How nuclear weapons decisions are made*, MacMillan, Londres.
- MEUSY, M. (1972): *La Défense de l'Europe Occidentale*, PUF, París.
- ORTEGA, A. (1989): «OTAN: en busca del Grial», *Política Exterior*, Vol. III, n. 11.
- REMIRO BROTONS, A. (1988): «La cooperación europea en asuntos de seguridad: una perspectiva española», *Política Exterior*, Vol. II, n. 8.
- SANGUINETTI, A. (1986): «Pour un nouvel ordre européen de la défense», *Politique Aujourd'hui*, n. 12, enero.
- SANGUINETTI, A. (1987): «L'équilibre militaire conventionnel des deux blocs», *Le Monde Diplomatique*, octubre.
- SMITH, D. (1989): *Pressure: how America runs NATO*, Bloomsbury, Londres.
- VILANOVA, P. (Ed.) (1985): *Socialdemocracia y Defensa europea*, Ariel, Barcelona.
- VILANOVA, P. (1988): «Política de Defensa en España y Francia», *Leviatan*, II Epoca, n. 34.
- VILANOVA, P. (1989): «El Parlamento Europeo y la seguridad europea», *Afers Internacionals*, n. 16.
- YOST, D. (1988): «La coopération franco-allemande en matière de défense», *Politique Etrangere*, n. 4.
- ZALDÍVAR, C.A. (1986): «La seguridad europea entre el atlantismo y los nacionalismos», *Revista de Estudios Internacionales*, vol. 7, n. 1.

El diálogo Norte-Sur

Luis DE SEBASTIÁN

Consultor del Área de Ciencia y Tecnología
del Banco Interamericano de Desarrollo (BID),
Washington.

Profesor de Economía Internacional
en ESADE y CIDOB.

Introducción

¿De qué dialogan el Norte y el Sur?

Por *diálogo* entre los países ricos del Norte Industrializado y los menos ricos y pobres del Sur Subdesarrollado se puede entender dos cosas:

- una *objetiva*, las relaciones políticas y económicas entre estos dos conjuntos de países;
- y otra *intencional y formal*, las conversaciones y discusiones en foros y reuniones internacionales y públicos entre estos países con vistas a configurar las relaciones objetivas.

En este artículo vamos a tratar de las dos, pero vamos a dar considerable mayor atención al sentido objetivo del *diálogo* y dentro de esta acepción vamos a insistir más en las relaciones económicas, no porque creamos en un determinismo integral de lo político por lo económico en general, sino porque en las relaciones entre el Norte y el Sur, fuera de algunos casos, como pueden ser las relaciones de Estados Unidos con los países de Centroamérica, las relaciones económicas son las más importantes por designio y voluntad de los interlocutores.

El diálogo-relación entre el Norte y el Sur tiene hoy en día unos contenidos precisos y claros. Si consideramos, en primer lugar, los países más adelantados del Sur, aquellos que tienen más recursos naturales y han avanzado más en la vía de la industrialización, el *problema de la deuda externa* es el que domina y condiciona completamente esta relación; por lo menos desde la perspectiva de los países deudores y desde sectores importantes (los grandes bancos internacionales) de los países acreedores. Sin embargo, por parte de algunos gobiernos del Norte, Estados Unidos, Gran Bretaña y Japón sobre todo, el *comercio internacional en servicios* parece ser el problema que más afecta su relación con los países más grandes y avanzados del Sur (Brasil, India, México, etc.).

En términos más generales, el problema del *comercio entre el Norte y el Sur* sigue siendo hoy en día un tema sin resolver, no sólo por lo que pueda tener de intercambio desigual, sino, sobre todo, por lo que tiene de escaso y marginal. La preocupación por los *términos de intercambio* y el creciente *proteccionismo de los países del Norte* está siempre en el diálogo formal como lo está en la base objetiva de las relaciones entre ambos. Tras muchos años de protesta en este terreno no se ha conseguido alterar sustancialmente la situación, a pesar de los sistemas de preferencias, generalizadas o no, que se han ido estableciendo con los años bajo las presiones del Sur.

Otros temas de este diálogo serían la *emigración*, que tiende a problematizarse cada vez más en la medida en

que el bienestar del Norte sigue atrayendo con fuerza irresistible a los hambrientos del Sur; la *inversión directa* que realizan los países ricos y sobre todo la de sus *empresas multinacionales* que siguen siendo un factor influyente en las decisiones económicas, y frecuentemente también en las políticas, de los países que las hospedan. La *ayuda al desarrollo* de los países con menos recursos y posibilidades sigue siendo un tema que preocupa e interpela los países más ricos. También lo es el *problema de la infancia*, uno de los aspectos concretos y más sangrantes de la tragedia del subdesarrollo, al que la opinión pública mundial parece sentirse especialmente sensible y el *problema de la mujer*, que añade unos aspectos hoy más estudiados a este complejo de problemas que constituye el subdesarrollo.

Breve historia del diálogo Norte-Sur

Al diálogo Norte-Sur le ha salido hace unos meses un adversario o competidor: el diálogo NorOeste-Este, que atrae la atención y posiblemente también los recursos disponibles para la ayuda de los países ricos del Norte en su intento de acelerar el desmantelamiento de las economías socialistas del Este europeo. Y no es que el diálogo «tradicional» Norte-Sur, en su acepción intencional y formal, estuviera muy vivo. Este diálogo era más bien mortecino desde la segunda crisis del petróleo y desde que el Norte entró por el camino del «ajuste positivo» en la década de los ochenta.

Realmente el diálogo Norte-Sur solo comenzó cuando interesó de veras a los países industrializados y se acabó cuando a estos dejó de parecerles importante. El diálogo Norte-Sur, en su sentido objetivo, había existido desde que se constituyeron como países independientes, normalmente por disolución de los imperios coloniales, los territorios que habían sido integrados como colonias al sistema capitalista mundial. Pero el surgimiento del diálogo Norte-Sur, formalmente como actividad intencional, está históricamente vinculado a las demandas de un Nuevo Orden Económico Internacional, formuladas en la Asamblea General de las Naciones Unidas por la práctica totalidad de los países subdesarrollados en las Sesiones Especiales Sexta (1974) y Séptima (1975). Estas demandas llegaban en el momento del triunfo de la OPEP, cuando parecía que por fin los productores de materias primas iban a poder imponer sus términos en estos mercados a base de «commodity power» (el poder de las materias primas).

Las propuestas para un NOEI (Nuevo Orden Económico Internacional) fueron percibidas por los países industrializados, con la excepción quizá de los escandinavos y Holanda, como una amenaza (C. Fred Bergsten, «The Threat from the Third World», *Foreign Po-*

lity, verano de 1973, pp. 102-104), como una «nueva guerra fría» (Irvin Kristol «The New Cold War», *Wall Street Journal*, 17 de julio de 1975). Fué Henry Kissinger quien exhortó a los estadistas de su campo a dialogar con el Tercer Mundo en vez de ir a una confrontación directa con él sobre la cuestión del control de los mercados de materias primas.

La primera subida de los precios del petróleo, que se cuadruplicaron en dos años (lo que muestra lo bajos que estaban, ya que pudieron subir tanto sin que se hundiera la economía mundial!), trastocó el ordenamiento económico internacional entonces vigente, que era percibido como un desorden por los países exportadores netos de materias primas. Los países industrializados, y notablemente los Estados Unidos que habían estructurado su sistema de vida sobre el hecho de un precio bajo para la gasolina, percibieron la acción de la OPEP como cártel de productores, y las posibles imitaciones, como una tremenda amenaza a sus niveles de vida, que habían sido establecidos sobre la base de un consumo intensivo de materias primas baratas.

Al sentirse amenazados, con razón o sin ella, los países industrializados iniciaron un diálogo formal. Pusieron en circulación con todos los medios de difusión con que cuentan un tipo de argumentación y exhortación, bien ayudados con presiones políticas sobre los gobernantes menos convencidos (o más corruptos) del Tercer Mundo, para impedir que los países subdesarrollados se organizaran y pusieran cabeza abajo el sistema de comercio entre el Norte y el Sur. Los países industrializados entraron en el diálogo Norte-Sur y se avinieron a discutir el NOEI que proponían sus antagonistas solamente bajo la amenaza de acciones unilaterales concertadas, que afectarían los mercados de materias primas. Era en cierta manera como dialogar con un loco que les amenazara con una pistola.

Para poner las cosas en términos claros y sencillos, se puede constatar que, habiéndose reducido el poder de la OPEP sobre el mercado del petróleo y alejada la posibilidad de que se constituyeran otros cárteles de productores de materias primas, se acabó el Diálogo Norte-Sur y los países industrializados dejaron de discutir, y aun de mencionar, el Nuevo Orden Económico Internacional. Cuando supieron que la pistola del loco estaba cargada con balas de foguero, le dieron la espalda y siguieron con sus negocios. La crisis de la deuda externa del Sur, con la amenaza de una moratoria unilateral o repudio total de la deuda por parte de un cártel de deudores, obligó al Norte a reanudar el diálogo. El miedo a la quiebra del sistema bancario de los Estados Unidos les tuvo hablando con los deudores para evitar la catástrofe. Pero la historia se repite; a medida que se difumina el peligro de una crisis financiera, las ganas de dialogar se pasan o el diálogo se convierte en un dictado sin contemplaciones.

Las relaciones económicas entre el Norte y el Sur

El diálogo en el sentido objetivo, como sistema de relaciones económicas entre el Norte y el Sur, muestra en la actualidad una tendencia a la baja, es decir, a ser cada vez menos importante.

Eso reflejan claramente las estadísticas globales del comercio internacional de mercancías.

Cuadro 1
PROCEDENCIA DE LAS IMPORTACIONES DE LOS PAISES INDUSTRIALIZADOS
(En porcentajes del total)

	1981	1982	1983	1984	1985	1986	1987
Otros países Indust.	63,8	65,6	67,1	67,5	69,5	73,7	73,4
Países Subdesarroll.	32,3	30,1	28,4	26,1	21,9	22,0	21,0
- África	4,9	4,8	4,4	4,2	4,1	3,2	2,8
- Asia	7,4	7,5	7,8	8,4	8,0	7,7	8,3
- Oriente Medio	12,2	9,8	7,7	6,6	5,6	3,7	3,7
- América Latina	6,1	6,2	6,6	6,6	6,3	5,0	4,7
URSS y otros	2,3	2,6	2,6	2,4	2,1	1,7	1,7

Fuente: International Monetary Fund, Direction of Trade statistics. Yearbook 1988. Washington 1988, p. 12.

Las cifras cantan por sí solas. Las importaciones de los países industrializados que provienen de los países subdesarrollados han pasado de ser el 32,3 por ciento en 1981 al 21 por ciento en 1987, una pérdida de 11 puntos porcentuales, que marca el repliegue de lo que podríamos llamar el «diálogo comercial» entre Norte y Sur. Es notable el retroceso del comercio en África, que en términos relativos se ha reducido en casi un cien por cien, y con Medio Oriente, lo que refleja la caída drástica de los precios del petróleo. El comercio con América Latina también se ha reducido considerablemente en lo que va de década, a pesar de los esfuerzos exportadores de los países con problemas de deuda.

La misma imagen se obtiene del lado de las exportaciones.

Cuadro 2
DESTINO DE LAS EXPORTACIONES DE LOS PAISES INDUSTRIALIZADOS
(En porcentajes del total)

	1981	1982	1983	1984	1985	1986	1987
Otros países Indust.	65,2	66,2	68,4	70,1	71,6	74,1	75,0
Países Subdesarroll.	30,1	29,1	26,8	25,3	24,1	21,8	20,9
URSS y otros	2,5	2,6	2,6	2,3	2,2	2,0	1,7

Fuente: La misma del cuadro anterior.

La simple observación de estos dos cuadros nos revela que el comercio internacional es cada vez más un *negocio entre países industrializados*. Las tres cuartas

partes del valor de todas las mercancías que se comercian internacionalmente corresponden a transacciones entre países del Norte y sólo una quinta parte es el comercio entre el Norte y el Sur. Y lo que es peor: la tendencia que se descubre en estas relaciones es a la baja, es a ir reduciendo cada vez más este comercio.

La tendencia aparece también en las relaciones de la Comunidad Económica Europea con los países subdesarrollados, a pesar de los sistemas de preferencias que tiene la CE con los países ACP y con otros.

Cuadro 3
PROCEDENCIA DE LAS IMPORTACIONES DE LOS DOCE PAISES DE LA CE
(En porcentajes del total)

	1985	1986	1987	1988
CE misma extra CE	53,4	57,8	58,8	58,1
- USA	46,3	42,1	41,1	41,7
- Japón	7,9	7,1	6,7	7,4
- América Latina	3,3	4,2	4,2	4,5
- Países ACP (66)	3,4	2,5	2,3	2,5
	3,5	2,6	2,0	1,9

Fuente: Eurostat, External Trade Monthly Statistics, Bruselas 1989, n. 1, p. 16, n. 11, p. 2.

El comercio de la CE ha llegado a ser intracomunitario en un 60 %, pero el total de su comercio con los países industrializados está en torno al 75 %. Es notable cómo se van reduciendo relativamente las relaciones comerciales de la CE tanto con América Latina, con la que no tiene acuerdos preferenciales explícitos, como con los 66 países de la ACP, con los que ha firmado los Acuerdos de Lomé.

En España es especialmente acusada la tendencia a comerciar cada vez menos con los países subdesarrollados.

Cuadro 4
PROCEDENCIA DE LAS IMPORTACIONES ESPAÑOLAS
(En porcentajes del total)

	1981	1982	1983	1984	1985	1986	1987
Otros países Indust.	50,4	53,5	52,6	52,9	55,2	69,9	71,8
Países Subdesarroll.	47,3	43,8	44,4	44,1	41,9	27,9	24,4
- América Latina	11,7	10,3	11,8	11,4	11,1	6,8	6,0

Fuente: International Monetary Fund, Direction of Trade Statistics. Yearbook 1988. Washington 1988, p. 364.

Naturalmente, el punto de inflexión se sitúa en 1986, año de la entrada de España en la CE, cuyo impacto sobre el comercio con los países del Sur ha sido enorme. Se ha reducido en 20 puntos porcentuales, y con América Latina en casi un cien por cien en términos relativos.

En 1979 los Estados Unidos, el mercado donde tra-

Cuadro 5
PROCEDENCIA DE LAS IMPORTACIONES
DE LOS ESTADOS UNIDOS
 (En porcentajes del total)

	1982	1983	1984	1985	1986	1987*	1988*
Europa Occ.	21,3	20,7	21,7	23,1	24,2	30,6	30,5
Canadá	19,6	20,8	20,3	20,8	19,1	14,6	15,1
América Lat.	15,6	15,9	14,5	13,6	11,2	13,4	13,7
Japón	15,2	15,9	19,7	19,4	21,9	18,3	17,7
Asia	19,3	19,4	19,4	18,0	19,3	20,9	20,5
P.I. sin NIC	56,1	57,4	61,7	63,3	65,2	63,5	63,3

* Datos ajustados

Fuente: U.S. Department of Commerce, *Survey of Current Business*, junio 1987, vol. 67 n. 6 p. 60 y marzo 1989, vol. 69, n. 3 pp. 50-52.

dicionalmente más han vendido los países subdesarrollados, importaban de los países industrializados el 53 % de sus importaciones totales; en 1987 era ya un 63 %. De la misma manera las exportaciones a otros países industrializados habían pasado, en ese período, de ser el 62,8 % en 1979 al 66 %, a pesar de las dificultades para exportar con un dólar sobrevalorado (*The Economic Report of the President 1989*, US Government Printing Office, Washington 1989, p. 427). El desglose aparece en el cuadro 5.

Como se puede apreciar, Estados Unidos sigue siendo el principal mercado, en términos relativos y absolutos, para muchos de los países subdesarrollados, como es el caso de los latinoamericanos y los de la cuenca del Pacífico. En contra de lo que las tendencias imperialistas y aislacionistas podrían sugerir, los Estados Unidos es un mercado más abierto para los países del Sur que Europa. De todas maneras, no lo es suficientemente.

La inversión internacional

Si decíamos que el comercio de mercancías se ha vuelto un negocio entre países desarrollados, con más razón lo podemos decir de las finanzas internacionales. Los flujos de la inversión internacional también se dirigen mayoritariamente a los países del Norte, no solamente desde los mismos países del Norte, sino incluso desde los países del Sur. Los grandes mercados financieros de los países más desarrollados, notablemente Estados Unidos, Japón, Alemania y Gran Bretaña, absorben más del 90 % de todos los fondos privados que circulan por el mundo. El Sur se ha vuelto un exportador neto de capitales por primera vez en la historia en la década de los ochenta. Sólo de América Latina (la región mejor documentada a este respecto) salen cada año unos 25 a 30 mil millones de dólares netos en dirección al Norte. Los pagos de los intereses de la deuda, la devolución de créditos y la desinversión en dirección al Sur, hacen que el balance neto arroje un

Cuadro 6
COMPROMISOS DE CRÉDITOS A LARGO PLAZO A PAÍSES
SUBDESARROLLADOS
 (En miles de millones de dólares)

	1982	1983	1984	1985	1986	1987	1988
África	2,7	2,7	0,6	1,5	1,8	0,7	0,6
Asia	11,1	9,4	9,4	7,5	8,2	8,5	7,6
América Latina	22,5	15,2	16,1	2,4	8,5	2,7	6,4
Países OCDE	51,6	27,9	29,9	30,2	37,9	52,6	95,9
(Por ciento de total)	52,5	41,3	44,2	53,6	53,2	62,4	75,2
Total	98,2	67,5	67,5	56,3	71,3	84,3	127,5

Fuente: International Monetary Fund, *International Capital Markets. Developments and Prospects*, abril 1989, pp. 112 y 113 tables A24 y A25

flujo «contra natura» (o «contra historia») de Sur a Norte.

Los flujos de financiación al desarrollo, computados en base a los datos del Fondo Monetario Internacional, eran en 1981 de 89.000 millones de dólares; en 1982, el año de la crisis de la deuda, este flujo se había reducido casi a la mitad y era de 54.000 millones; en 1986 fue negativo en 1.000 millones y en 1987 se había recompuesto pero solo era de 20.000 millones. (FMI, *International Capital Markets. Developments and Prospects*, Abril 1989, Washington, p. 28).

Los fondos para el desarrollo son normalmente préstamos a largo plazo. En el cuadro 6 se ofrece la evolución de la distribución de los créditos a largo plazo entre zonas del mundo.

Así pues, nos encontramos con que los créditos a largo plazo se concentran, en sus tres cuartas partes, en los países industrializados y ricos, mientras la cuarta parte restante tiene que repartirse entre los miles de millones de habitantes que necesitan capital para su desarrollo. El diálogo-préstamo del Norte al Sur es también bastante poco importante.

Si atendemos a la inversión internacional directa veremos que la situación es muy parecida. Las tres cuartas partes de la inversión se realizan en países industrializados y sólo la cuarta parte restante en los subdesarrollados. Los cuadros siguientes muestran la situación con

Cuadro 7
LA INVERSIÓN DIRECTA DE LOS ESTADOS UNIDOS
EN EL EXTRANJERO
 (En millones de dólares)

	1986		1987	
En países industrializados	194.691	(75 %)	233.315	(75,5 %)
En países subdesarrollados	60.270	(23 %)	71.174	(23 %)
En otros	4.601	(2 %)	4.304	(1,5 %)
TOTAL	259.562		308.315	

Fuente: US Department of Commerce *Survey of Current Business*, junio 1988, vol. 68 N. 6, p. 81.

Cuadro 8
VALOR DE LOS ACTIVOS DE LAS MULTINACIONALES
NORTEAMERICANAS
(En millones de dólares)

	1985		1986	
Países industrializados	575.273	(68,9 %)	677.126	(72,6 %)
Países subdesarrollados	245.946	(29,5 %)	242.377	(26 %)
TOTAL	834.636		932.225	

Fuente: US Department of Commerce, Survey of Current Business, junio 1988, vol. 68 N. 6, pp. 90-91.

Cuadro 9
EMPLEO GENERADO POR LAS MULTINACIONALES
NORTEAMERICANAS
(En miles de personas)

	1985		1986	
Países industrializados	4.414	(68,7 %)	4.340	(69,3 %)
Países subdesarrollados	1.973	(30,7 %)	1.894	(30,2 %)

Fuente: la misma del cuadro anterior.

respecto a la inversión de los Estados Unidos, que sigue siendo el mayor inversor a escala mundial. Su comportamiento es un paradigma del comportamiento inversor de otros países. Aunque también es posible que los nuevos inversores estén invirtiendo, ya desde el principio, relativamente mucho más que los inversores antiguos en los países industrializados.

Estos datos representan el valor contable de las acciones de las empresas norteamericanas en el extranjero o de aquellas en que los norteamericanos poseen más del 10 % del capital. Cualquiera que sea su significado contable, lo importante es cómo se reparten entre Norte y Sur. Lo mismo se observa en los cuadros 8 y 9 donde se muestra el valor de los activos de las empresas multinacionales norteamericanas y el empleo que generan.

Esta acumulación de datos valida la afirmación de que *las relaciones económicas entre el Norte y el Sur están en plena decadencia*. Esto es mucho más verdad si de las estadísticas referidas a los países subdesarrollados sacáramos la docena de países de reciente industrialización (Corea del Sur y los «tigres asiáticos», India, Brasil, México, Indonesia, etc.), que concentran la mayor parte del comercio y de la inversión que todavía se realiza con el grupo de los países subdesarrollados. La mayor parte de los países de este grupo está sufriendo un progresivo marginamiento económico a escala internacional, o desenganche de los flujos de mercancías, servicios, tecnología y finanzas que se mueven por el mundo.

Las razones del desenganche son múltiples. Buscando las causas más generales podemos decir que la estra-

tegia de globalidad de las empresas multinacionales y de los grandes bloques comerciales (CE, Estados Unidos y Japón) ha quitado protagonismo a los países pequeños y medianos en las actividades del comercio y la inversión. Para una gran empresa multinacional ser global implica estar implantada en los grandes mercados y comerciar desde ellos. Esta tendencia ha contrarrestado y en parte suprimido a la tendencia de los años cincuenta y sesenta de mundializar la producción, buscando la proximidad a los yacimientos de las materias primas y la mano de obra barata. Esta búsqueda llevó las actividades productivas de muchas empresas a los países del Sur. La actual tendencia a concentrar las actividades productivas en los grandes bloques comerciales está deshaciendo las influencias benéficas de la internacionalización de la producción.

También es importante en este contexto el hecho de que el comercio internacional de nuestros días es cada vez más *comercio intra-industrial*, es decir, comercio en manufacturas diferenciadas (coches, televisores, alimentos y bebidas envasados, artículos de moda, etc.) que constituyen la principal producción industrial de los países desarrollados. En la medida en que el comercio en manufacturas va siendo más importante, en términos de valor, que el comercio interindustrial o clásico, que intercambia manufacturas por materias primas, en esa medida la participación de los países industriales en el comercio se hace mayor. En este tipo de comercio los países que comienzan su industrialización encuentran muy difícil la competencia, sobre todo a causa de su retraso tecnológico. Aunque algunos, Corea, Taiwan, Singapur, etc. han sabido aprovechar la inversión extranjera en un proceso de copia y aprendizaje que les permite ahora competir con los campeones. Pero parece que el imitarlos no es algo fácil, abierto a todos los países subdesarrollados.

Según ha analizado Peter Drucker, uno de los grandes gurús de la administración de empresas, los cambios de la economía mundial implican tres cosas para los países subdesarrollados (Peter Drucker, «The Changed World Economy», *The Frontiers of Management*, Harper and Row, New York, 1987, pp. 21-49). Primero, que las materias primas cada vez se usan menos en la producción industrial, como resultado de la sustitución de materias naturales por materiales sintéticos, artificiales fabricados por el hombre. De hecho una de las líneas maestras de avance de la innovación tecnológica actual es la de los nuevos materiales. La fibra óptica, por ejemplo, está sustituyendo al cobre como conductor, como ya las fibras y los tintes sintéticos habían sustituido en la industria textil a las fibras y tintes naturales. Crecientemente se sustituye al aluminio y las aleaciones metálicas ligeras que fueron vitales para el desarrollo de la aviación y los transportes modernos por fibra de vidrio y carbono, plásticos duros,

así como cerámicas industriales. Por otra parte, los productos de mayor valor añadido, los semiconductores por ejemplo, y toda la electrónica moderna tienen un componente relativamente muy pequeño de materia prima. La relación entre valor de la materia prima y valor del producto final es cada vez menor. Es el desenganche de la producción de materias primas de la producción manufacturera moderna.

En segundo lugar, Drucker llama la atención sobre el desenganche de la producción industrial y el empleo, en el sentido de que un cierto valor de producto industrial cada vez necesita menos mano de obra para realizarlo. La mecanización y robotización de la manufactura moderna hace que el empleo industrial, en el mejor de los casos, se mantenga estancado y que se puedan esperar muy pocos empleos nuevos de la inversión en la industria moderna. Los países con abundante y barata mano de obra no disponen ya de una ventaja comparativa significativa en el ámbito internacional, dado que los costos de la mano de obra representan una proporción cada vez menor del valor del producto final. Los altos costos de la mano de obra en los países altamente industrializados, como Japón y Alemania, se ven compensados por la enorme productividad de los obreros y técnicos que manejan los robots y los procesos muy mecanizados. La mano de obra barata de los países subdesarrollados no ofrecen ya atractivo al establecimiento de la industria moderna, a no ser en actividades de «maquila» en la industria de la confección.

Por último, Drucker señala quizá como el cambio más fundamental en la economía internacional la creciente separación (por no hablar de desenganche) de la economía real, la economía de las mercancías y los servicios, de la economía financiera o «economía simbólica». Esta es la que mueve realmente a los países y a sus economías. Mientras el valor total del comercio en bienes y servicios era en 1987 de unos 3,5 millones de dólares al año, las transacciones *diarias* en el mercado interbancario podían llegar a 300.000 millones de dólares, lo que da unos 75 billones de dólares al año. Si tenemos en cuenta que en el mercado de divisas (moneda extranjera) se transan unos 150.000 millones de dólares diarios (50 billones anuales), el valor anual de las transacciones simbólicas sería de 125 billones de dólares, *35 veces el valor de las transacciones de la economía real*. La importancia de la economía simbólica aparece en el problema de la deuda externa que veremos a continuación.

Los efectos del desenganche son ambiguos, porque, aunque a primera vista parece llevar a mayores cotas de atraso y pobreza, si se toma una perspectiva de largo plazo podría ser una bendición en la medida en que lleve a los países pobres a intensificar el diálogo Sur-Sur, es decir, las relaciones económicas entre países de grado similar de desarrollo o próximos geográficamente,

que siempre se ha propuesto como elemento a largo plazo indispensable en una estrategia de desarrollo aut centrado.

El problema de la deuda externa

Para una gran parte de los países subdesarrollados el tema principal del diálogo Norte-Sur tendría que ser la solución al problema que atenaza su desarrollo económico e hipoteca su futuro desde hace ocho años, la deuda externa.

La deuda total de los países subdesarrollados en 1989 arroja la enorme cifra de 1.279.000.000.000 dólares (unos 1,3 billones), equivalentes a 150 billones de pesetas, casi cuatro veces el PIB de España. Esta cantidad representa el 34 por ciento de toda la producción y 132 por ciento de las exportaciones de bienes y servicios de este grupo de ciento y pico países. (Los datos están tomados de: International Monetary Fund, *World Economic Outlook* 1989, abril 1989, Washington, pp. 186 y 192).

El Sur tiene dos tipos básicos de deudores. En primer lugar, los países con más recursos, que contrajeron su deuda con los grandes bancos privados que configuran lo que se llama «el sistema financiero internacional»; en esta categoría están los grandes deudores: Brasil, México, Venezuela, Argentina, Corea, Indonesia, Nigeria, etc. Están además los países más pobres, que deben sobre todo a los organismos multilaterales (Banco Mundial, FMI, Bancos regionales de desarrollo, etc.) y a las agencias nacionales públicas de desarrollo (AID en Estados Unidos, por ejemplo, el Banco Exterior de España, etc.). Los tipos de problemas que tiene cada grupo son distintos. Generalmente, cuando se habla de los problemas de la deuda externa, se habla del primer grupo, porque es el que más preocupa a los intereses privados, y por lo tanto el que consigue más prensa y más atención internacional.

Objetivamente hablando éste es el problema más difícil de resolver, porque en él se enfrentan intereses privados, fuera del control y de la obediencia de los gobiernos, con los intereses de estados soberanos; mientras que en el segundo tipo se enfrentan generalmente gobiernos a gobiernos y la solución es susceptible de arreglos políticos más fáciles de lograr. Además, en este segundo grupo el monto de la deuda es menor, aunque también la capacidad de pagar de los países deudores es mucho más pequeña. Unos y otros ven sus economías estancadas y los niveles de vida bajando por las múltiples limitaciones que les impone su situación de deudores. En todos ellos la posibilidad del crecimiento es la solución del problema de la deuda y el retorno a una

relación normal con las fuentes internacionales de financiamiento.

Los grandes deudores, Brasil, México, Argentina, Venezuela, etc. han hecho grandes esfuerzos desde la explosión de la deuda en 1982 para restablecer su credibilidad financiera internacional, pero han tenido unos resultados totalmente insuficientes. Han tenido que llevar a cabo, por las buenas o por las menos buenas, los planes diseñados y aprobados por la comunidad financiera internacional, e impuestos por el Fondo Monetario Internacional, que ha estado actuando en esta crisis como gendarme financiero para restablecer el orden en el sistema financiero, mayormente privado, internacional. A pesar de todos los enormes costos del ajuste, el saldo de la deuda ha seguido creciendo, por lo menos hasta 1987.

Cuadro 10
SALDOS DE LA DEUDA EXTERNA TOTAL DESEMBOLSADA,
1982-1988
(En millones de dólares)

	1982	1983	1984	1985	1986	1987	1988
Argentina	43.634	45.949	48.906	49.148	49.602	56.472	59.600
Brasil	91.916	97.487	104.707	106.707	112.765	123.961	112.301
Chile	17.313	18.107	19.878	20.308	20.181	21.109	18.971
México	86.110	93.083	95.015	96.650	100.887	107.424	101.807
Venezuela	32.045	37.431	36.456	34.692	34.708	36.518	34.838
Total A.L.	333.076	360.267	377.408	387.687	405.431	441.119	426.000*

* Estimaciones.

Fuente: Banco Interamericano de Desarrollo, Progreso Económico y Social en América Latina, Informe 1989, Washington 1989, p. 529 Cuadro E-1.

Es bastante obvio que una estrategia que ni siquiera ha conseguido frenar el aumento de la deuda en seis años es mala estrategia. Pero se sigue insistiendo en ella, porque no se quiere aceptar la existencia de alternativas. De esta manera ni los acreedores, que no cobran todo y a tiempo, ni los deudores, que pagan lo que pagan con enormes sacrificios sin poder vislumbrar el fin del túnel, están satisfechos con la estrategia del ajuste.

Los grandes bancos se están preparando para lo inevitable: una reducción sustancial del monto de la deuda con la consiguiente reducción de los pagos por intereses. Están acumulando reservas para cubrirse de las pérdidas de activos que consideran inevitables. Los bancos europeos, por lo que se sabe, están cubiertos en una gran proporción, entre el 80 y el 100 por cien, contra los préstamos a los países del Sur que consideran como de «difícil cobro» e incobrables. Los bancos de Estados Unidos y Gran Bretaña están cubiertos contra esa eventualidad entre el 40 y 50 por ciento. Solo los bancos japoneses, que confían en la protección del Banco de Japón, si las cosas se pusieran difíciles, no tienen un elevado índice de cobertura.

Los bancos más pequeños se van librando del pro-

blema, o bien vendiendo los títulos de deuda en mercados secundarios a un descuento sustancial, o simplemente borrando de sus activos los préstamos al Tercer Mundo. Estas operaciones de los bancos podrían parecer un acercamiento a la solución total del problema en la medida en que los bancos, sin un costo excesivo (aunque es un costo que han ido contrayendo poco a poco al reducir sus ganancias estos años), pudieran perdonar una buena parte de la deuda. Pero la cosa no es tan simple; es cierto que en estas condiciones un impago de la deuda causaría menor daño al sistema financiero que en 1982 (lo cual hace al impago más factible políticamente), pero los bancos que se libren del problema con costos sustanciales no volverán en muchos años a conceder préstamos a los países del Sur, cualquiera que sean las condiciones objetivas de los préstamos. Los países del Tercer Mundo quedarían dependiendo para su financiamiento de los organismos multilaterales que hoy por hoy no tienen fondos suficientes para financiamientos tan elevados. La solución completa del problema de la deuda no está únicamente en reducir los flujos de su servicio, que suponen entre el 40 y el 50 por ciento de las ganancias por exportaciones, sino en reanudar las relaciones normales con los centros financieros, mientras se siga necesitando financiamiento del exterior.

Los bancos están pagando de una forma u otra por los errores que cometieron al dar préstamos en unas cantidades y en unas condiciones que resultaron imprudentes. Pero los países deudores no se benefician de ello, porque para ellos sigue existiendo la obligación de pagar todos los préstamos, aun cuando el mercado haya descontado su valor en más del 50 por ciento. El problema está ahora en encontrar mecanismos para que ese descuento del mercado se pase a los deudores, es decir, que realmente deban menos, o deban lo que el mercado libre ha determinado. Sin embargo, siendo los grandes acreedores empresas privadas en unos países donde se cultiva (cuando conviene) la ideología liberal, no parece decente que los gobiernos obliguen a los bancos a reducir el monto de la deuda. Eso es lo que intenta por la persuasión y con inciertas promesas el Plan Brady (de Nicholas Brady, Secretario del Tesoro), que representa la postura oficial del gobierno de los Estados Unidos. Hasta ahora los grandes bancos americanos no han aceptado el Plan Brady y, aunque el mayor de ellos, el Citicorp, parece dispuesto a aportar 3.000 millones de dólares en el préstamo que se negocia con México, no parece que su ejemplo haya abierto nuevo terreno.

Los gobiernos deudores, mientras tanto, solo quieren adaptar los pagos del servicio de la deuda, que no repudian, a las necesidades de crecimiento, el crecimiento irrenunciable, de unas economías que tienen que alimentar a una población creciente. Esto les haría

prolongar por muchas generaciones el pago de la deuda, porque los intereses que no se pagan se acumulan al principal, pero darían una posibilidad al crecimiento. El ingreso per cápita, una simple medida del nivel de vida de la población, era en 1988 (2.336 dólares de 1988) menor de lo que era en 1980 para el conjunto de la región (2.512 dólares). De ahí que se pueda hablar con toda verdad de la «década perdida» en América Latina.

Con mucha más razón se puede hablar de una o dos décadas perdidas en África. Un reciente estudio del Banco Mundial sobre los países del África Subsahariana (cuarenta y uno, si se cuentan Madagascar y las islas Comores, Mauricio y Seychelles) pinta una situación todavía más catastrófica que la de América Latina. Si en América Latina el ingreso per cápita se ha reducido en un 0,9 por ciento durante la presente década, en África se ha reducido en un 2,6 por ciento en el mismo período, y en un 1,4 por ciento desde 1970. (Datos tomados de: «The bleak continent», *The Economist*, Londres, 9 de diciembre de 1989, p. 78-79). La deuda africana supone el 250 por ciento de sus exportaciones de bienes y servicios y su servicio ha consumido el 30 por ciento de las ganancias derivadas de las exportaciones. El problema de África no es solamente el estrangulamiento de la deuda, sino la falta de ingresos por el comercio y la falta de fondos, gratuitos o en términos concesionales, para financiar nuevos proyectos de desarrollo especialmente agrícolas. Y necesita, más que nada, modelos de desarrollo y políticas económicas propias y adaptadas a su realidad, no las que salen en serie de los ordenadores del Fondo Monetario, que se aplican en cualquier continente o país pretendiendo una validez universal que han demostrado hasta la saciedad no poseer.

Con todo lo trágico que esto resulta, el problema de la deuda no es ya una prioridad para el Norte, como lo fue en 1982 y 1983, cuando se pensaba que ponía en peligro la vigencia del sistema financiero montado sobre los grandes bancos internacionales. En las cumbres económicas, en los cotilleos del Norte, ya no se habla de la deuda, porque ha dejado de ser una amenaza al sistema financiero internacional. Las alusiones rituales al problema en las reuniones bianuales del Fondo Monetario y el Banco Mundial resultan como unas cantinelas o letanías con que se pide por la adhesión de los deudores a la ortodoxia económica monetario-fiscal y se expresan deseos piadosos para que los bancos privados sean más generosos. Mientras tanto el Sur se sigue hundiendo en la miseria.

La solución del problema de la deuda, lo diremos una vez más, pasa por la socialización de la deuda, una socialización a costa de los países industrializados, ya que ellos se beneficiaron enormemente del proceso de reciclaje de los petrodólares, de donde salieron los fon-

dos para endeudar a América Latina, África y los demás países del Sur. Lo que no se puede es socializar en el Sur todos los costos de reequilibrar una situación en la que además de los bancos, que ya están pagando parte de su error, también intervinieron los gobiernos de los países industrializados, animando a los protagonistas del proceso, bendiciéndolos y prometiendo veladamente que darían ayudas en caso de accidentes.

A este respecto el secretariado de la UNCTAD, uno de los organismos internacionales donde más formalmente se expresa el diálogo Norte-Sur, escribía recientemente:

«Si las corrientes netas de capital con destino a los países en desarrollo deudores no aumentan considerablemente, no se conseguirá tan siquiera la tasa mínima de crecimiento proyectada. En consecuencia, esos países tendrán quizá que colmar su déficit de recursos a expensas de los pagos del servicio de la deuda. Evitaron esta posibilidad a toda costa en la fase inicial de la crisis de la deuda, cuando las perspectivas de que recuperaran pronto la solvencia y el ritmo de crecimiento parecían excelentes, pero es posible que no puedan seguir evitándola si creen que la estrategia de la deuda no les permite recuperar su solvencia y su crecimiento; de hecho, varios países fuertemente endeudados con distintos niveles de renta y en distintas etapas de desarrollo han restringido ya los pagos del servicio de sus deudas exterior.»

(Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo, *Informe sobre el Comercio y el Desarrollo 1987*. «Panorama general», Naciones Unidas, New York, 1988, p. 2).

Problemas comerciales Norte-Sur. La Ronda Uruguay del GATT

El GATT (del inglés Acuerdo General sobre Aranceles y Comercio), es con la UNCTAD uno de los organismos internacionales para la negociación, y en cierta manera para dialogar sobre los intereses económicos encontrados de los países. En la actualidad los países firmantes del GATT están en la segunda fase de la ronda de negociación, llamada Ronda Uruguay porque se puso en marcha en este país. En ella se tendrían que estar ventilando los problemas que enfrentan a los productores de diversos productos, manufacturas y productos primarios, por ejemplo, y a los países con diferentes grados de desarrollo y distintas ventajas comparativas en el comercio internacional. Lamentablemente la mecánica de la negociación, en la que prevalece el principio de la reciprocidad de la concesiones, hace que en el GATT los países más grandes, los que tienen más que ofrecer, poseen mayor poder de negociación. Los países más pequeños se pegan, por así decir, a lo

que consiguen los grandes en virtud de la cláusula de «la nación más favorecida» (que extiende automáticamente las concesiones hechas a un miembro a todos los firmantes). Pero muchas veces las concesiones que se hacen los grandes entre sí no benefician en nada a los pequeños. El GATT resulta de hecho un foro de negociación para los países grandes.

El comercio internacional de servicios

En la presente ronda de negociaciones los países desarrollados del Norte están pidiendo a los países del Sur que liberalicen el comercio de servicios. Por servicios se entiende actividades que van desde el turismo hasta las asesorías de empresas, pasando por los derechos de autor, royalties por licencias, diseño y construcción, publicidad, y toda la gama de servicios financieros. La prestación de estos servicios se ha convertido en una de las principales actividades productivas de los países del Norte. En la balanza de pagos de Estados Unidos, por ejemplo, los ingresos por servicios y dividendos de inversiones directas en el extranjero equivalen al 70 % de los ingresos por exportaciones de mercancías. Es lógico que den mucha importancia a la libre exportación de estos servicios por todo el mundo. No hay duda que los países avanzados del Norte tienen una clara ventaja comparativa en la provisión de estos servicios, y precisamente por ello en los países del Sur con aspiraciones a un desarrollo cualitativamente complejo y elaborado se pone obstáculos a que su naciente sector de servicios modernos sea arrasado por las grandes empresas americanas, británicas y japonesas.

El último Informe sobre Comercio y Desarrollo de la UNCTAD (1988) contiene un importante estudio sobre los servicios en la economía mundial. El estudio resalta los puntos de conflicto que pueden surgir en la comercialización internacional de los servicios. La producción de muchos de los servicios modernos (comunicación de masas, servicios financieros, asesorías a empresas, etc.), en los que se emplean las tecnologías más avanzadas, tiene una función estratégica de primera magnitud. En ella entran en juego la soberanía nacional, la formación del capital humano nacional, el control de la opinión pública, el manejo de los ahorros nacionales, la configuración de las empresas y tantos otros aspectos estructurales, que se consideran competencia privativa de la nación-estado.

Por la importancia que se da al comercio de servicios es lógico que países como Brasil, India, México, Indonesia, Egipto, Venezuela y otros que disponen de un naciente sector de servicios intensivos en información y en capital humano se resisten a dejarse arrollar por los más fuertes. Estamos de nuevo en la esfera del «infant industry argument» para la protección de la industria nacional, que usaron todos los países industrializados

para llegar a esa condición, y en la del «comercio estratégico», concepto desarrollado en primer lugar por Japón para justificar la protección de la producción de tecnología punta y conquistar así los mercados internacionales. En otros terrenos económicos este concepto está siendo debatido como el correctivo necesario a las teorías del libre comercio de la ortodoxia liberal que tantos costos han ocasionado en Estados Unidos. El diálogo sobre el comercio de servicios está resultando un tanto difícil para los países del Sur, que tendrían tantas otras cosas importantes de que hablar.

Los subsidios a las exportaciones agrícolas

Este tema enfrenta los productores tradicionales de productos agrícolas de clima templado, principalmente cereales, con los nuevos productores, que son prácticamente los agricultores de la CE. Para los Estados Unidos, un tradicional exportador de cereales, es también muy importante.

«Los Estados Unidos han propuesto la eliminación de todas las políticas que distorsionan la producción, precios y comercio agrícolas en el mundo. Dado que los programas agrícolas internos están íntimamente ligados con la política comercial, el comercio libre exige la reforma de las políticas agrícolas de naturaleza interna tanto como las medidas arancelarias y las cuotas».

(*The economic report of the President 1988*, U.S. Government Printing Office, Washington 1988, p. 141).

Encontramos aquí a los Estados Unidos haciendo causa común con los países del Sur (Argentina, Uruguay, Paraguay, India, etc.), contra la famosa Política Agrícola Común de la CE, por medio de la cual se gasta el 60 % del presupuesto comunitario para acumular excedentes invendibles y caros de almacenar, en aras de la protección de los agricultores europeos. Una protección que financian en parte los mismos consumidores europeos y en parte los productores del Sur. Para dar pronta salida a estos costosísimos excedentes, la CE se ve obligada a subvencionar la exportación de cereales (como la carne de bovino, la mantequilla y la grasa de cerdo), desquiciando los mercados internacionales.

El desorden producido por estas políticas de protección a la agricultura nacional en los mercados internacionales de muchos productos agrícolas y ganaderos afecta a África mucho más que a Estados Unidos o Argentina, donde ha contribuido en parte, según el Informe del Banco Mundial arriba mencionado, a la caída de la producción agrícola y a la destrucción de una economía agrícola de base para alimentar a la población y fundamentar el despegue.

Las barreras no arancelarias al comercio

Otro contencioso importante que se ha discutido mucho en la Ronda Uruguay es el uso creciente de barreras al comercio que no consisten tanto en aranceles como en otros tipos de medidas administrativas que protegen de hecho a los productores nacionales de la competencia extranjera. Según el Informe 1988 de la UNCTAD.

«La cuarta parte de las exportaciones de los países subdesarrollados a los mercados de los países industrializados están afectados por una enorme variedad de medidas no-arancelarias (NTB, del inglés «non-tariff-barriers»), tales como derechos aduaneros, restricciones cuantitativas, vigilancia de las cantidades y precios, licencias discrecionales (no automáticas) y limitaciones «voluntarias» de las exportaciones. A diferencia de los aranceles, que se aplican por igual a todos los países con los que se comercia, las medidas no-arancelarias, y particularmente las limitaciones voluntarias negociadas, se pueden elegir contra países concretos. El abandono gradual del multilateralismo (que era uno de los objetivos del GATT) en favor a un enfoque bilateral para la resolución de conflictos comerciales está teniendo serias consecuencias sobre las exportaciones de los países en vías de desarrollo, cuya carencia de poder negociador les deja en clara desventaja de una negociación bilateral».

(UNCTAD, *Trade and Development Report 1988*, New York, 1988, p. XIV)

En la década de los ochenta, los aumentos mayores en importaciones (exportaciones de los países subdesarrollados) afectadas por medidas no-arancelarias se han dado en Estados Unidos y la CEE, según la misma UNCTAD. En Japón, otro de los grandes mercados de destino de las exportaciones del Sur, la incidencia de estas medidas se ha mantenido más o menos constante. De todas formas en Japón es difícil de constatar el efecto de medidas no arancelarias porque se importan pocas manufacturas y el gobierno tiene formas de desincentivar las importaciones que se escapan a la medida tradicional de la protección.

Cuadro 11
IMPORTACIONES DE LOS PAISES INDUSTRIALIZADOS SUJETAS
A BARRERAS NO-ARANCELARIAS. 1981-1986
(Porcentaje del total de importaciones)

Importador	Procedencia			
	Países industriales		Países subdesarrollados	
	1981	1986	1981	1986
Comunidad Europea	10	13	22	23
Japón	29	29	22	22
Estados Unidos	9	15	14	17
Todos P.I.	13	16	19	21

Fuente: World Bank, *World Development Report 1987*, Washington, 1987, p. 142.

Las MNA afectan en particular a las manufacturas importadas provenientes de países del Sur, porque se concentran en aquellos sectores industriales que en el Norte están de capa caída y necesitan protección para mantenerse competitivos y conservar el empleo en ellos. Los alimentos procesados, textiles y confecciones, acero, material eléctrico ligero, juguetes, etc. son los sectores más protegidos en el Norte, precisamente porque en ellos el Sur está consiguiendo una clara ventaja comparativa, en el sentido tradicional de competencia de costos de producción.

Un ejemplo de estas medidas y una de las que más afecta a los países subdesarrollados es el Acuerdo Multifibras (Multifibre Arrangement, MFA) que regula —y limita— el comercio de textiles y confecciones entre el Sur y el Norte. Por este arreglo, y dentro de las múltiples excepciones que permite el GATT, se autoriza a los países del Norte a establecer acuerdos bilaterales con los principales exportadores del Sur, por medio de los cuales estos obtienen una cuota de importación en los mercados de los países ricos. El MFA se ha negociado ya en su cuarta versión, que estará en vigor hasta 1991. El MFA IV ha conseguido incluir todos los tipos de fibras (seda, lino, yute) que no estaban incluidos en los acuerdos anteriores y ha cerrado todos los agujeros legales que podía contener. Con el MFA IV la regulación del comercio de fibras y sus derivados parece estar completo. Las pérdidas de potencial exportador que esto supone para las nacientes industrias del Sur es incalculable, los intentos de calcularlas arrojan cantidades del orden de los 2.000 millones de dólares anuales (WB, *World Development report 1987*, pp. 136-137).

Fácil es de ver, después de estas consideraciones, cuan importante es para los países en vías de desarrollo que se vuelva en la mayor medida posible al sistema de comercio abierto, libre y multilateral en que se desarrollaron los países hoy más avanzados. Pero, desgraciadamente, el proteccionismo no tiende a desaparecer sino a aumentar. Los desastrosos resultados de la balanza comercial y de cuenta corriente de los Estados Unidos están haciendo revisar en las universidades y el gobierno la proposición normativa de que el comercio libre es superior, en términos del bienestar del país y del mundo, a cualquier arreglo o regulación del comercio que implique proteccionismo. Esto no augura nada bueno para el Sur.

La ayuda al desarrollo

Para terminar este trabajo, que bien pudiera extenderse en otras tantas páginas, queremos tocar el tema de la ayuda al desarrollo. Para algunos países, los que tienen más recursos, mayor capital humano y han desa-

rollado ya sectores modernos en su economía, lo mejor que se puede hacer para ayudarles es favorecer su integración plena en los flujos de financiamiento y comercio que hoy se dan mayoritariamente entre países del Norte. Para ellos los obstáculos al desarrollo son la deuda y el proteccionismo en todas sus formas y los remedios una estrategia de la deuda más realista y un sistema de comercio abierto. Sin embargo, para la mayoría de pequeños y medianos países que configuran lo que llamamos el Sur económico y político del planeta la ayuda «stricte dicta», la provisión de donaciones y créditos en términos muy favorables sigue siendo algo imprescindible.

Estos países no tienen ni siquiera la capacidad de beneficiarse de las preferencias comerciales y de los mecanismos automáticos de ayuda que a veces los países del Norte les conceden. Tomemos el caso de algunos de los países ACP incluidos en los Pactos de Lomé, por medio de los cuales, la CE quiere ayudar al desarrollo de los países que fueron sus colonias. Se ha comprobado que los países más pobres del grupo no pueden beneficiarse del Stabex, fondo de estabilización de las exportaciones, así como de los sistemas de preferencias comerciales, tipo Convenio del Azúcar, que les brinda la Comunidad. Estos países necesitan ayuda económica elemental. Pero ésta no aumenta de acuerdo a las necesidades de los países más pobres, ni siquiera en la medida que sería justa para compensar por los daños que se les causa, aunque sea indirectamente, por las medidas

proteccionistas de la industria y la agricultura del Norte. Acabaremos con un cuadro que muestra la escasez de la ayuda al desarrollo, en el que España brilla por su falta de generosidad.

Apéndice

ESTRUCTURA DE LAS EXPORTACIONES E IMPORTACIONES MUNDIALES EN 1986 (Porcentajes)

	Procedencia del total de importaciones	Destino del total de exportaciones
Estados Unidos	10 %	17 %
Japón	9 %	4 %
Alemania	12 %	10 %
Francia	6 %	7 %
Gran Bretaña	5 %	7 %
Países Industrializados (19 países)	74 %	74 %
Asia	8 %	8 %
Corea del Sur	2 %	2 %
Hong Kong	1 %	1 %
Oriente Medio	3 %	5 %
América Latina	5 %	5 %
Brasil	1 %	0,5 %
México	2 %	1 %
África	3 %	3 %
Países en desarrollo	22 %	22 %
Export. petróleo	6 %	5 %
No exportadores	16 %	18 %
URSS y países socialistas	2 %	2 %

Fuente: IMF, Direction of Trade Statistics Yearbook 1988, Washington, p. 7

Cuadro 12 AYUDA OFICIAL AL DESARROLLO DE LOS PAISES DE LA OCDE 1988

(En millones de dólares y como porcentaje del PIB)

	Desembolso	% PIB
Noruega	1.000	1,1
Holanda	2.200	1,0
Dinamarca	900	0,9
Suecia	1.500	0,86
Francia	6.900	0,77
Finlandia	600	0,6
Canadá	2.300	0,56
Australia	1.100	0,55
Bélgica	600	0,42
Italia	3.200	0,4
R.F. Alemana	4.700	0,4
Japón	9.100	0,36
Gran Bretaña	2.600	0,3
Suiza	600	0,3
Nueva Zelanda	100	0,27
Austria	300	0,25
Estados Unidos	10.100	0,2
Irlanda	100	0,2
España	3.300	0,12
Total OCDE	48.000	

Fuente: «Official Aid» Economic and Financial Indicators 1. The Economist, Londres, 9 de diciembre de 1989, p. 115

EVOLUCIÓN DE LOS PAGOS DE INTERESES COMO PORCENTAJE DE LAS EXPORTACIONES, 1978-1983 (Porcentajes)

	1978	1979	1980	1981	1982	1983
Exportadores de petróleo						
Bolivia	13,7	18,1	24,5	32,1	43,5	44,4
Ecuador	10,3	13,6	18,2	24,3	30,1	27,4
México	24,0	24,8	23,3	29,0	46,0	39,3
Perú	21,2	14,7	16,0	24,1	25,1	29,8
Venezuela	7,2	6,9	8,1	12,7	21,0	21,6
Importadores netos de petróleo						
Argentina	9,6	12,8	22,0	35,5	53,6	58,4
Brasil	24,5	31,5	34,1	40,4	57,1	43,5
Colombia	7,7	10,1	11,8	21,8	25,8	26,5
Costa Rica	9,9	12,8	18,0	28,0	36,1	32,8
Chile	17,0	16,5	19,3	38,8	49,5	39,4
Nicaragua	9,3	9,7	17,8	22,2	32,2	14,3
R.Dominicana	14,0	14,4	14,7	20,2	22,6	24,5
Uruguay	10,4	9,0	11,0	12,9	22,4	24,8

Fuente: CEPAL, «Balance preliminar de la economía latinoamericana en 1985», Comercio Exterior, febrero de 1986, p. 20

El fundamentalismo islámico: la visión de finales de los 80

Fred HALLIDAY
Profesor de Relaciones Internacionales,
London School of Economics, Londres.

Introducción

El periodo de finales de la década de los ochenta proporciona, de algún modo, una posición privilegiada para evaluar las causas y las consecuencias de la aparición del llamado fundamentalismo islámico o islamismo. Ha transcurrido una década desde que se produjo el éxito más espectacular de este movimiento: el advenimiento al poder del ayatollah Jomeini en febrero de 1979 y el establecimiento de la República Islámica de Irán, y se cumplen ahora dos décadas de la toma del poder por parte de otro personaje de la política que dice haberse inspirado en una visión islámica, el coronel Muammar el Gaddafi de Libia.

1989 tampoco ha pasado desapercibido por lo que se refiere al desarrollo de esta tendencia. Para empezar, y tan sólo en el área del Mediterráneo, parecen haberse activado movimientos afines a la identidad islámica en la escena política de varios países de esta zona: en Argelia, después del levantamiento de octubre de 1988 en el cual las fuerzas islámicas jugaron un papel muy importante, el régimen del FLN ha sido obligado a introducir grandes reformas tanto políticas como sociales y a legalizar el partido opositor islámico, junto a otras fuerzas opositoras no confesionales; en Túnez la lista islámica obtuvo el 17 % de representación en las elecciones de abril y ahora se consolida como la principal oposición al régimen; en Sudán, oficiales próximos a los Hermanos Musulmanes tomaron el poder en un golpe de estado en junio, derribando así el libremente elegido pero ineficaz Gobierno de Sadiq al-Mahdi; en las zonas ocupadas de Palestina, en especial Gaza, las fuerzas islámicas conocidas con el nombre de Hamas o Movimiento de Resistencia Islámico, aunque aún subordinadas al principal liderazgo nacionalista laico de la *intifada* han sido activas; en el Líbano, los fundamentalistas Shi'itas, organizados en varios brazos del *hizb allah*, han seguido reteniendo rehenes occidentales y resistiéndose a un acuerdo de compromiso político en el país; en Jordania, los Hermanos Musulmanes obtuvieron un tercio de los escaños en las elecciones de noviembre de 1989. No obstante, la influencia de estas tendencias no ha quedado reducida a los confines de la costa árabe del sur del Mediterráneo. En el resurgimiento de las etnias de la Europa oriental la ideología islámica ha jugado un importante papel: en Yugoslavia, por ejemplo, hubo un fuerte elemento confesional (antagonismo entre cristianos y musulmanes) en el conflicto serbio-albano que ha hecho estragos en la región de Kosovo; en el Cáucaso, el rincón más remoto de Europa, el fervor religioso-nacionalista ha alcanzado niveles peligrosos en el conflicto entre azerbaijanos y armenios, al igual que entre georgianos (cristianos) y abjasianos (musulmanes).

Sin embargo, el año 1989 ha estado marcado sobre

todo por un asunto que ha despertado el sentimiento islámico: el asunto Salman Rushdie. Si bien ha afectado a todo el mundo islámico, ha tenido un impacto especial entre los musulmanes residentes en Europa, dado que es aquí donde el asunto de la publicación y distribución del libro ha sido más punzante. En Francia y Gran Bretaña en particular, donde existe un considerable número de comunidades islámicas, los líderes islámicos han hecho de la cuestión de prohibir los *Versos satánicos* el eje central de su campaña para conseguir así el reconocimiento del Islam como parte legítima de la cultura de Europa Occidental. Dicha campaña ha alimentado el sentimiento en las comunidades musulmanas de que pertenecen a un grupo separado y antagonista dentro de la sociedad de la Europa Occidental y ha relacionado, más directamente que antes, estas comunidades con las políticas autoritarias de los estados islámicos. Tanto en Francia como en Gran Bretaña se ha conectado la cuestión del libro de Rushdie con otros asuntos de actualidad relacionados con la identidad e integración de los musulmanes: el derecho de construir mezquitas, de llevar prendas islámicas —en particular en las escuelas—, de rezar en los puestos de trabajo, de realizar campañas en contra del racismo y de las restricciones para la inmigración...

Este rápido repaso de los acontecimientos de 1989 puede servir para ilustrar algunas de las características de esta tendencia internacional, pero también para subrayar los peligros de la simplificación cuando se trata de analizar el tema. A la luz de esta diversidad, y teniendo en cuenta los acontecimientos de las dos últimas décadas, se pueden hacer unas observaciones generales sobre dicha corriente y situarla en una perspectiva más amplia. Cuatro de estas observaciones son especialmente relevantes para una valoración de la presente etapa de los movimientos islámicos.

En primer lugar, los términos «revival» y «fundamentalismo» son engañosos, ya que ambos se refieren esencialmente a tendencias *dentro* de una religión. Esta corriente no conlleva un resurgimiento de creencias religiosas sino una afirmación de la relevancia de estas creencias, selectivamente interpretadas, para la política. El movimiento islámico ha tenido un fuerte carácter religioso, pero no ha implicado un movimiento de conversión proveniente de otras religiones, ni la recaptación de comunidades musulmanas que habían perdido la fe, sino que reivindica que, ante las ideas laicas, modernas y europeas, los valores islámicos deberían jugar un papel predominante en la vida social y política, y deberían definir la identidad de los pueblos islámicos. Si existe un rasgo común en los múltiples movimientos caracterizados como «fundamentalistas», no tiene nada que ver con su interpretación de los fundamentos islámicos, es decir, el Corán o *hadith*, sino con el derecho de establecer una política para los pueblos musulmanes.

La preocupación central de los movimientos islámicos es el Estado, cómo resistirse a lo que se considera un Estado ajeno y opresor, y cómo, mediante una variedad de tácticas, obtener y mantener un control sobre el Estado. En esta perspectiva, la aparición de una política islámica es comparable a la de otros movimientos dentro del cristianismo, el judaísmo, el hinduismo o el budismo.

Una vez esta interpretación esencialmente política queda clara, resulta más fácil identificar y explicar la variedad de ideas y movimientos islámicos, ya que el carácter del movimiento islámico varía según el contexto político y social en que aparecen estas tendencias. En general, existen tres contextos principales. El primero es la rebelión popular islámica, en la cual un movimiento popular dentro de un país islámico disputa a un Estado laico, o al que consideran no lo suficientemente islámico, el poder político. Este fue el caso de Irán en 1978-1979, y también es aplicable a Argelia, Túnez, Egipto, Turquía y, en unas circunstancias muy diferentes, Afghanistan. En todos ellos se ha producido una revuelta contra el Estado modernizador y centralista. El segundo tipo de política islámica es aquel en que el Estado utiliza el Islam para legitimar y consolidar su posición. Aquí existe un espectro que va desde la mera y simbólica invocación de la identidad islámica por parte de los que en realidad son gobernantes laicos (Nasser en Egipto, Marruecos, el FLN en Argelia, el Ba'th en Siria e Iraq) hasta el uso del Islam como un eje mucho más central del poder y la autoridad del Estado. Incluso dicha categoría no cabe en una simple definición, ya que los regímenes que se declaran legitimados por el Islam abarcan toda la gama de opciones políticas: dictaduras militares (Libia, Pakistán y en la actualidad Sudán); oligarquías tribales (Arabia Saudí); dictadura clerical (Irán). Nada podría esclarecer hasta qué punto la política islámica depende del contexto preexistente y sirve como instrumento al poder del Estado. La tercera variante de política islámica se encuentra en el contexto de los conflictos confesionales o étnicos, es decir, allí donde el islamismo sirve para articular los intereses y la identidad de los grupos que forman parte de una comunidad política más amplia y plural. Este aspecto ha recibido mucha menos atención a nivel internacional, pero representa la mayor parte del mapa político islámico del mundo contemporáneo. El Líbano, el Cáucaso y el conflicto islámico-cóptico de Egipto son ejemplos de variantes de larga tradición de este sistema. No obstante, los modernos desarrollos han creado nuevos contextos en los cuales tales tendencias pueden convertirse en conflictos enmarcados dentro del contexto de países concretos. Este es el caso de Europa occidental, donde el islamismo se esparce por todo el continente como parte de una propia definición de nuevas comunidades dentro de una sociedad secular y poscristiana:

Esto nos ayuda también a explicar el papel de las ideas islámicas entre los palestinos, ya que de hecho son un grupo subordinado a una sociedad más amplia y no musulmana, en este caso la israelí. Asimismo, parte del movimiento islámico de Argelia puede considerarse como la expresión de hostilidad árabe hacia la minoría *kabyla*, para quienes la lengua francesa y un orden más laico proporciona una alternativa a la dominación de la mayoría árabe. La cuestión del árabe en Argelia tiene, por lo tanto, varios significados: el de afirmación cultural frente al francés, el de afirmación islámica frente a los valores no islámicos y el de afirmación árabe frente a los kabyles. La fácil asociación del idioma árabe con la identidad islámica provoca que la campaña en pro del árabe conlleve estos múltiples significados étnicos y religiosos. Tomemos un ejemplo del mundo no árabe, el de Malasia: en una sociedad dividida entre malayos musulmanes y chinos no musulmanes, y con un creciente rencor de los primeros hacia los segundos, el islamismo permite a los malayos expresar sus intereses étnicos y confesionales.

Esta visión de los diferentes roles del Islam en política puede ayudar a destacar un punto que se oculta con demasiada frecuencia en discusiones y debates, tanto por parte de los musulmanes como de los no musulmanes: el papel del «Islam» en estos procesos. La mayor parte de la discusión se basa en la presunción de que existe una tradición clara y unificada en la que se pueden apoyar los políticos y creyentes contemporáneos. Muchas de las discusiones que han tenido lugar en el mundo islámico se han basado en este supuesto, el de un Islam con una única esencia. Este fue el caso en los años sesenta, cuando se discutía si el Islam apoyaba el capitalismo o el socialismo. Se replanteó el tema en los setenta y ochenta con el debate acerca del puesto de la mujer, del papel del clero en la sociedad islámica, de la enseñanza islámica, de la tolerancia después del asunto Rushdie, etc... Todos ellos se basaban en el supuesto de que hay sólo una única y «verdadera» interpretación. Los opositores a los movimientos islámicos tienden a reproducir este supuesto esencialista cuando se trata de discutir cuestiones tales como si las sociedades islámicas pueden llegar a ser democráticas, o si hay algún tipo de vínculo entre la «mente islámica» y el terrorismo. La realidad es que este «Islam» esencial no existe: tal y como lo planteó un pensador iraní, el Islam es un mar en el que se puede pescar casi cualquier pez. Es, como todas las grandes religiones, una reserva de valores, símbolos e ideas de la que es posible derivar una política y un código social contemporáneos. La razón por la que se atribuyó esta o aquella interpretación al Islam reside, pues, no en la misma religión y sus textos sino en las necesidades actuales de aquellos que articulan la política. Estas necesidades son evidentes y seculares: el deseo de disputar o retener el poder del Estado; la

necesidad de movilizar la población dominada, normalmente urbana, para realizar acciones políticas; la articulación de una ideología nacionalista contra toda dominación extranjera y contra aquellos de la propia sociedad que están a su lado; la ejecución de reformas políticas y sociales destinadas a fortalecer los Estados posrevolucionarios.

Una vez el «Islam» y el «islamismo» se han disgregado, los movimientos que declaran su adhesión al Islam pueden ser analizados dentro de su contexto particular y como parte de un sistema internacional diversificado y descoordinado. Así, pues, puede incluso resultar más fácil encontrar un criterio para evaluar el impacto y el éxito de este fenómeno. La cuestión que surgió de la revolución iraní radicaba en la duda de si se produciría una repetición de lo que había sucedido en Irán; sin embargo, la revolución iraní no se ha propagado y el fundamentalismo se ha contenido. No obstante, dicho criterio ha resultado ser totalmente inadecuado en dos aspectos capitales. En primer lugar, abarca una escala en el tiempo demasiado pequeña: los revolucionarios se impacientan y esperan que otros la imiten inmediatamente; como consecuencia, se decepcionan con la misma rapidez con la que los demás se alegran. Pero en una perspectiva histórica, parece que para evaluar el impacto internacional de una revolución no es suficiente con analizar unos años, sino que es una tarea que requiere décadas. Así, por ejemplo, la Revolución Francesa se hizo sentir durante todo el siglo XIX; fue a finales de los años cuarenta, treinta años después de 1917, que la URSS vivió su mayor expansión; Castro tardó veinte años en hacerse con un aliado revolucionario en el continente latinoamericano (Nicaragua). En el caso de la revolución iraní, sin embargo, existe otra razón por la que el criterio del poder del Estado es inadecuado: el impacto de la agitación islámica en este país ha sido muy importante aunque ningún otro estado se haya convertido en una república islámica. Con tan sólo observar el aumento de la consciencia política islámica en un grupo de países, resulta evidente hasta qué punto el modelo iraní ha influido en el comportamiento político de los otros países, en aspectos tales como el creciente interés de los jóvenes por las prendas y la literatura islámicas y la asistencia a las mezquitas. Tanto si las fuerzas islámicas parecidas a las iraníes llegan al poder en los próximos años o décadas como si no, el impacto de la revolución y de las tendencias a las que se le asocia son innegables.

Cada una de las tres formas de interacción islámica con la política tiene una evidente relevancia en la situación internacional contemporánea y, tal y como ya se ha señalado, en la zona del Mediterráneo en particular. Así, los movimientos islámicos provenientes de las bases, tales como revueltas populistas contra el Estado, son evidentes en Argelia, Túnez, Egipto, Israel, Líbano

y Turquía: de hecho, el «Islam» se ha convertido en el principal lenguaje para expresar este tipo de resistencia. Dentro de esta categoría existen también diferencias muy significativas; algunas son promovidas por el clero, otras por laicos; unos son sunníes, otros son shi'itas. El uso del «Islam» por parte de los regímenes establecidos para promocionar su propia legitimidad también está muy extendido: así, en un intento de hacerse suya la revuelta islámica popular, los gobernantes egipcios desde Nasser, seguido por Sadat y Mubarak, siempre han dado una imagen típicamente islámica. De forma mucho más militante, Gaddafi ha hecho exactamente lo mismo; aunque se puede entender el acercamiento de Gaddafi a la causa islámica tanto como una extensión radical de un uso del Islam en pro de la causa nacionalista árabe de Nasser, como un reclamo a la clara primacía del Islam: sus reivindicaciones territoriales parecen más árabes que islámicas. Gaddafi se ha enfrentado con la oposición clerical y con la islámica en su propio país, y se cree mayoritariamente que fue el responsable de la muerte del líder shi'ita libanés Musa Sadr en 1978. En los últimos años ha destacado el papel de los árabes en el Islam y ha atacado a las fuerzas no árabes, tales como los Jama'at-i Islami de Pakistán o el movimiento *tabligh* predominante entre los musulmanes de la Europa Occidental. El papel del Islam en los conflictos confesionales es evidente en ambos lados del Mediterráneo —en Egipto y el Líbano—, pero también en Yugoslavia y en los países occidentales con una mayor población islámica.

El análisis que sigue estará centrado en dos de los casos más representativos del resurgimiento islámico: el de Irán y el de Túnez. El primero ha sido el éxito más sonoro del islamismo, cuyas consecuencias todavía no se han analizado con profundidad. El segundo representa el ascenso de un movimiento islámico en un contexto norteafricano que, con la excepción de Gaddafi, se consideraba relativamente inmune al llamamiento del Islam político.

El islamismo en el poder: balance de la década de Jomeini

La muerte del ayatollah Jomeini el 3 de junio de 1989 puso punto final a la primera década de la República Islámica del Irán y estableció un momento en la historia desde donde podemos evaluar el carácter y las consecuencias de la revolución iraní. No disponemos de espacio para narrar aquí la revolución tal y como se produjo ni las cuestiones que suscitó; baste con decir, en línea con lo que hemos mencionado con anterioridad, que la revolución iraní fue una revolución de masas, desde abajo, contra un Estado autoritario y moder-

nizador, y que fue posible gracias al liderato político de Jomeini y sus clérigos asociados. Ellos proporcionaron no tan solo el marco organizativo sino también la ideología que hizo posible la movilización.

Esta ideología se apoyaba básicamente en tres dogmas que se repetían con frecuencia en los discursos y sermones de Jomeini. El primero era la creencia, supuestamente «tradicional» y «fundamental» pero que no es más que una nueva interpretación de la doctrina islámica, según la cual era posible tener un Estado islámico en el mundo contemporáneo, incluso a pesar de la ausencia del profeta sucesor, el Imam, y podía llevarse a cabo mediante el papel del «jurisconsulto» o «faqih», puesto en el que ejerció Jomeini hasta su muerte. El segundo elemento ideológico fue la división del mundo en dos categorías, los oprimidos o «mostazafines» y los opresores o «mostakbarines», dos términos coránicos actualizados para su uso moderno y populista. Jomeini supo ganarse la simpatía de los más pobres y marginados miembros de la sociedad en nombre de un ideal revolucionario. En tercer lugar, hizo suya la esencia de un nacionalismo del Tercer Mundo en términos islámicos: contra los satanes gemelos del Este y del Oeste y contra las fuerzas bélicas de «jahan-khor», que durante tanto tiempo habían oprimido a Irán. El atractivo que los musulmanes veían en Jomeini no era tanto el de un hombre ofensivo y agresivo que convertiría el mundo al Islam, significado previo del *jihad*, sino el de alguien que defendería el mundo islámico contra la ocupación y corrupción de los extranjeros. En este contexto, «Jihad» asumió una apariencia interior y un carácter defensivo, pero que sirvió para dividir el mundo en dos campos claramente diferenciados: los pueblos oprimidos del Tercer Mundo y sus enemigos, los poderes no islámicos. Muchos aspectos de la revolución eran propios de Irán, como lo era, por supuesto, la autonomía organizativa e ideológica específica del clero frente al poder del Estado, característica que nunca estuvo presente en las sociedades sunníes. Pero el impacto de la revolución, llevada a cabo en el nombre del Islam y bajo el liderato del clero, se hizo sentir por todo el mundo islámico.

El éxito de Jomeini fue considerable en cuanto a hacer la revolución, a permanecer en el poder y, por supuesto, a garantizar una transición pacífica después de su muerte. Para asegurar dicha transición hubo dos factores que fueron determinantes. Uno fue el hecho de que su Gobierno estaba formado por un grupo de sacerdotes que habían sido alumnos suyos unos años antes y que constituían un cuadro revolucionario distendido pero eficiente. Fueron estas personas las que se encargaron de mantener una unidad suficiente después del 3 de junio para garantizar que Rafsanjani, el personaje más influyente después de Jomeini, pudiera asumir el poder y ser elegido jefe del nuevo Ejecutivo, en el

puesto de Presidente. El otro factor, evidenciado en la respuesta popular ante la muerte de Jomeini, fue la increíble autoridad que la revolución, y el ayatollah en particular, conservaron ante la población, a pesar de las dificultades del período posrevolucionario. La revolución, junto con la guerra de ocho años con Irak, trajo muchas privaciones a la población de Irán, y sectores de la sociedad fueron alienados por la represión. No cabe duda sin embargo, que diez años después de la llegada al poder de Jomeini, la República del Islam goza de una considerable legitimidad en Irán: fue dicho apoyo el que hizo posible que los compañeros de Jomeini pudieran realizar una transición pacífica.

Los últimos años del mandato de Jomeini estuvieron marcados, sin embargo, por grandes dificultades para el país; a estas siguieron ciertas incertidumbres sobre la ideología de la misma revolución. La primera cuestión que surgió fue la del papel del Estado en la nueva situación posrevolucionaria y las relaciones entre el Gobierno y el Islam. En los inicios de la República islámica, se puso énfasis en cómo debía influir el pensamiento islámico en la política del Estado: fue por ello que se redactó una nueva Constitución para incluir el concepto del «velayat-i faqih», la vicereencia del jurisconsulto; se alteró la política económica para impedir que se pidieran o concedieran créditos con intereses; se transformó la educación para reflejar el pensamiento islámico, así como también se hizo con la ley; las mujeres fueron obligadas a llevar prendas islámicas. No obstante, esta islamización del Estado coincidió con otro debate: éste radicaba en considerar hasta qué punto los preceptos del Islam podían tener poder coactivo sobre las acciones del Gobierno. Este debate fue introducido en primera instancia por aquellos que se oponían al régimen de Jomeini, los cuales abogaron por una limitación islámica del nuevo régimen republicano. Pero pronto prevaleció en el propio Estado sobre debates acerca de asuntos tales como el control del Gobierno sobre el comercio y las finanzas, y el intervencionismo en la economía en nombre de la planificación. Aquellos miembros del Gobierno que adoptaron una actitud más conservadora en cuanto a la política económica, oponiéndose al intervencionismo, utilizaron este argumento islámico para bloquear medidas de reforma.

Fue en este contexto que Jomeini, en enero de 1988, hizo uno de sus pronunciamientos políticos más importantes, en forma de carta dirigida al entonces Presidente Jamenei. Aparentemente, Jamenei había defendido que el Gobierno sólo podía ejercer el poder dentro de los límites de los estatutos. Pero Jomeini afirmó que el Gobierno era «una vicereencia suprema otorgada por Dios al Sagrado Profeta y que se trata de una de las leyes divinas más importantes que tiene prioridad sobre todas las otras órdenes divinas periféricas». Especificó,

también, una serie de asuntos en los que, en el supuesto de que su punto de vista no fuera válido, el Gobierno no podría intervenir: «Reclutamiento o envío obligatorio al frente, prohibición de entradas o salidas de cualquier producto, amonestación por acumulación de bienes con la excepción de dos o tres casos, aranceles aduaneros, impuestos, imposibilidad de obtener ganancias abundantes, fijación de precios, prohibición de la distribución de narcóticos, sanciones por cualquier tipo de adicción a excepción de las bebidas alcohólicas, y por llevar cualquier tipo de arma».

Y Jomeini continuó:

«Debo señalar que el Gobierno, que forma parte de la absoluta vicereencia del Profeta de Dios, es el mandato primario del Islam y está por encima de todos los mandatos secundarios, incluso por encima de las oraciones, los ayunos, y el hajj. El mandatario tiene la autoridad para derribar mezquitas o casas que obstaculicen la construcción de una carretera e indemnizará a los propietarios de las mismas. El gobernante puede cerrar mezquitas si lo considera necesario, o puede incluso derribar una mezquita que sea una fuente del mal... El Gobierno tiene el poder para revocar unilateralmente cualquier acuerdo Shari'ah (ley islámica) que hubiere sido concertado con el pueblo, cuando dichos acuerdos son contrarios a los intereses del país o al Islam. Puede también prohibir cualquier asunto devoto o no devoto si se opone a los intereses del Islam y por tanto tiempo como sea necesario».

Esta declaración no fue tan solo una legitimación de lo que ya existía en Irán, es decir una dictadura clerical. El concepto de la «vicereencia absoluta» (*velayat-i mutlaq*) fue una nueva formulación capital de la política islámica en el contexto en que ya se había creado un Estado islámico. Aun así, al igual que todas estas legitimaciones, tales como la dictadura del proletariado, esta declaración contenía su contradicción: la legitimación del Estado y del «faqih» radican en la fidelidad a los preceptos islámicos y, no obstante, dicha autoridad, derivada del Islam, estaba ahora siendo utilizada para invalidar todo aquello que el Islam imponía. La clave para esta nueva legitimación la ofrecía el concepto de «mashlahat» o «interés» del pueblo musulmán (concepto ya citado con anterioridad): era en el nombre de este interés, el cual sólo podía identificar el «faqih», que se podían invalidar los mandatos del Islam. La oposición conservadora se había basado en el Consejo de Guardianes, que consistía en un cuerpo clerical concebido para vigilar que las decisiones parlamentarias no estuvieran en contradicción con los preceptos islámicos: Jomeini superó esta barrera creando un nuevo comité ideado para «Discernir los intereses del orden islámico» (*Tashkis-i Maslahat-i Nizam-i Islami*), que gozaba en la actualidad de un poder total. Nunca habían estado tan claras las prioridades políticas subyacentes del Islam: la preocupación táctica de Jomeini era utilizar el concepto de «interés» y de la autoridad absoluta del jurisconsulto para anular la oposición conservadora del

régimen; su objeto último era el de invertir la autoridad islámica para así deshacerse de toda restricción islámica a las acciones del Gobierno, en particular aquellas relacionadas con la propiedad.

Se pudo observar una determinación política muy similar en la forma en que Jomeini trató otro aspecto muy delicado de la política del Estado: la exportación de la revolución. Al igual que todas las revoluciones, la de Irán se ofreció como modelo para otros pueblos y trató de estimular este proceso en otros lugares. El concepto de «exportación de la revolución», *sudur-i inqilab*, era utilizado con frecuencia por los oficiales iraníes e incluía los medios convencionales de exportación de radicalismo político —armas, apoyo económico, adiestramiento, congresos internacionales, propaganda, programas radiofónicos, etc.—. La tradición islámica aportó también elementos específicos a este proceso: así, en el terreno ideológico, Jomeini afirmaba que los pueblos islámicos formaban una unidad y que en el Islam no había fronteras. En términos organizativos, los vínculos ya establecidos entre las diferentes comunidades religiosas de todo el mundo musulmán sentaban las bases para la construcción de vínculos revolucionarios. Hasta 1987, en que se produjeron enfrentamientos en los cuales unos 400 iraníes resultaron muertos, el *hajj* (el peregrinaje anual a la Meca) fue uno de los medios más eficaces para propagar las ideas revolucionarias iraníes.

El componente más destacable de esta política fue el intento de exportar la revolución islámica a Iraq. Irán lo había intentado antes de la invasión iraquí, en septiembre de 1980, y ésta se convirtió en la razón de Jomeini para continuar la guerra después del mes de julio de 1982, cuando los iraquíes fueron expulsados del territorio iraní. Al final, naturalmente, el intento fracasó: la población iraquí no se sublevó y el régimen sobrevivió. En agosto de 1988 Irán fue obligado a aceptar un alto el fuego. En el discurso en que Jomeini hizo el llamamiento al alto el fuego, señaló que para él aquello era peor que beber veneno, pero que las necesidades políticas y estratégicas le habían obligado a ello. Aquel enorme revés en la promoción de la revolución en el extranjero no le obligó sin embargo a aceptar que la promoción del radicalismo islámico en el extranjero era imposible. Por el contrario, Irán continuó jugando un importante papel en la venta de armas y adiestramiento de las guerrillas shi'itas en dos países, Líbano y Afghanistan; y durante las secuelas de la guerra mantuvo una crítica regular al régimen de Arabia Saudita, cuyos corruptos gobernantes eran considerados como enemigos del Islam.

La proclamación del papel de Irán como líder de los pueblos oprimidos en todo el mundo fue importante no tan sólo por razones externas, tales como la promoción de la imagen y el prestigio de Irán, sino también

por razones internas, como medio para mantener la moral de la población y evitar que el «liberalismo», un espíritu de compromiso o acomodación al mundo exterior, pasase a un primer plano de actualidad. Después del alto el fuego de 1988, Jomeini temió que la revolución iraní titubeara y perdiera su orientación revolucionaria. Fue entonces cuando reafirmó su propósito de que Irán debía permanecer independiente de las fuerzas económicas internacionales, aun a riesgo de tener que atravesar un periodo de gran austeridad. También utilizó un suceso que le brindó la oportunidad de provocar una crisis capital con el mundo no islámico y de presentar a Irán como el líder de la causa islámica: el asunto Salman Rushdie. La posición de Irán al respecto, reclamando la muerte del autor de *Los Versos Satánicos*, fue un instrumento perfecto para que Jomeini pudiera ver realizados sus dos objetivos políticos más importantes: la movilización local y la confrontación internacional.

Ambas políticas reflejaban el pensamiento político de Jomeini y mostraba cómo las prioridades de poder y de mantenimiento del control estatal determinaron su uso de los conceptos islámicos y su interpretación de la «tradición». En definitiva, la valoración política del legado de Jomeini dependerá de si la República Islámica sabrá sobrellevar su muerte y si el nuevo régimen será capaz de resolver el problema más acuciante que debe afrontar: la revitalización de la economía. Tanto si lo consigue como si no, no debemos subestimar los éxitos de Jomeini; el régimen sobrevivió durante una década y ha sido capaz de llevar a cabo una transición rápida y pacífica. El régimen sigue gozando de un apoyo considerable por parte de la población del país y sigue ejerciendo una importante influencia sobre los musulmanes en todo el mundo.

El islamismo en el Mediterráneo central: el caso de Túnez

Túnez es, históricamente, el país más abierto y mediterráneo de los países árabes, y parece difícil que se convierta en escenario de un alzamiento fundamentalista. Sin embargo, los países islámicos y árabes han dado tantas sorpresas en los últimos años, que nadie puede estar seguro de lo que depara el futuro en este país; especialmente, si tenemos en cuenta cómo han crecido los conflictos islámicos en los grandes centros urbanos como Túnez. Durante los años cincuenta y sesenta los partidos laicos partidarios de una variante del socialismo llevaron la iniciativa en este país. Sin embargo, y desde los años setenta, la oposición islámica aumentó considerablemente, provocando, en parte, el

golpe del 7 de noviembre de 1987, en el cual Habib Bourguiba, en el poder desde 1956 fue derrocado.

Durante el período electoral de abril de 1989, la inestabilidad que se respira hoy en Túnez, atrapada entre un Estado laico y una oposición religiosa, era evidente con sólo penetrar en la vieja ciudad amurallada (la *medina*) de Kairouana, la ciudad sagrada del Islam norteafricano. Allí se podía observar una valla publicitaria colocada para las elecciones con el retrato del presidente de Túnez, Ben Ali, mirando con confianza a la *medina* (centro religioso de oposición al Estado), cuyo eslogan le proclamaba como «Protector del Santuario y de la Religión». La misma *medina* estaba cubierta de programas electorales y vallas publicitarias de los partidos participantes: rojo para el partido gobernante, la Unión Constitucional Democrática (RCD), y malva para la oposición, «los independientes», nombre bajo el cual se presentaron a las elecciones las fuerzas islámicas, cuyo partido no había sido legalizado. Sin embargo, el principal candidato del RCD, Sheik Abdulrahman Khlif, era sacerdote y famoso en todo Túnez por haber encabezado la protesta de 1960 contra el rodaje de la película «*El ladrón de Bagdad*» en el santuario de Kairouan.

En las elecciones parlamentarias del 2 de abril, la candidatura del partido del Gobierno ganó de manera aplastante en Kairouan, al igual que lo hizo en el resto de Túnez. Tal fue la ventaja del partido del Gobierno, que la oposición no obtuvo ni un simple escaño de los 141 que forman la Asamblea. No obstante, este triunfo dejó abierta la incógnita que divide al país desde el golpe de estado del 7 de noviembre de 1987. Ben Ali puso fin al mandato del Presidente Habib Bourguiba porque las acusaciones al régimen de ser brutal y corrupto iban en aumento. Aunque la oposición socialista y laica ya había desafiado a Bourguiba, éste tuvo que enfrentarse durante los últimos años de su mandato a la oposición de las fuerzas islámicas, el Movimiento de Tendencia Islámica (MTI). En 1984, este grupo encabezó protestas contra el aumento de los precios en toda la nación, a las cuales respondió Bourguiba en 1986 con juicios públicos contra sus líderes. Todos los sectores parecen coincidir en que de no haberse producido el golpe del 7 de noviembre, elementos de las fuerzas armadas radicales islámicas también lo hubiesen intentado por su cuenta.

Durante los meses que siguieron al derrocamiento de Bourguiba, Túnez atravesó un período que se podría calificar de luna de miel ambigua. Incluso el mismo Bourguiba se encontraba bajo una especie de arresto domiciliario en su ciudad natal de Monastir. A las plazas que antes llevaban como nombre la fecha de su nacimiento, el 3 de agosto de 1903, se les llama ahora 7 de noviembre de 1987. Algunas de sus estatuas fueron derribadas, pero todavía hubo calles a las que se les

puso su nombre, e incluso salvaguardaron su gran mausoleo y su impresionante mezquita de Monastir. Ben Ali, quien fue Ministro de Interior y Primer Ministro de Bourguiba, se dio a conocer como el hombre de la «renovación» y apeló al pluralismo político y los derechos humanos. Fue él quien abrió el diálogo entre las fuerzas de la oposición, socialistas e islámicas. Gracias a una amnistía, cientos de presos políticos fueron puestos en libertad y miles pudieron volver a sus casas. La prensa se liberalizó. Sin embargo, el Estado que Ben Ali presidía no era más que el que se heredó de Francia y que articuló Bourguiba: la política del Gobierno consistía, de hecho, en un «Bourguibismo sin Bourguiba».

El asunto más delicado que tuvo que afrontar el régimen fue el de la oposición islámica. En las elecciones parlamentarias del 2 de abril, los «independentistas» islámicos obtuvieron un 17 % de los votos, con lo que desplazaban a la izquierda laica, que obtuvo sólo el 3 % pasando a ser el partido mayoritario de la oposición. Teniendo en cuenta que alrededor de 1.2 millones de ciudadanos en edad de votar no constaban en el censo y que el partido gobernante gozaba de un control casi absoluto en las zonas rurales, se puede concluir que la fuerza islámica es considerablemente superior al 17 %. Así, en la zona de Túnez, las cifras alcanzaban un 30 %. Hasta finales de 1989, los islámicos jugaron sus cartas con cautela y parecían dispuestos a mantener el diálogo con el régimen con la esperanza de que su partido fuera legalizado. Rachid Ghannouchi, líder de la Tendencia Islámica, ahora «independientes», puso un gran énfasis en aquellos temas que consideraba podrían poner en tela de juicio la herencia bourguibista: la necesidad de disminuir el poder del Estado, de transformar la economía en más igualitaria e independiente, de que Túnez vuelva a sus «Tradiciones Islámicas y Árabes» (aunque no se especificaba cuáles eran). Ghannouchi exigió que se cambiara el día de descanso de domingo a viernes, pero fue más cauto al abordar el tema de la mujer: mientras muchos islamistas pedían la anulación o la revisión del Estatuto Personal introducido por Bourguiba en 1956, Ghannouchi defendía que tal cambio era innecesario. Para ello utilizó muchas de las ideas del Islam expuestas por Ben Ali en su campaña, argumentando que ello demostraba que el Estado rechaza las ideas del laicismo europeo.

Hay una diferencia considerable entre las maniobras políticas de gente como Ghannouchi y las de los líderes más tradicionales, por ejemplo el jeque Mohamad Lakoua de Túnez, que pedía la restauración de la poligamia y de aquella gran institución islámica, la esclavitud.

Los seguidores del Islam pidieron la legalización de su Partido del Renacimiento, *Hizb al-Nabda*, durante las elecciones y posteriormente a ellas. Sin embargo, después de un largo período sin llegar a tomar una

decisión, se les negó esta petición en junio de 1989. La tregua entre el Gobierno y la oposición, que había perdurado un tiempo, empezó a deshacerse. Los islamistas criticaron públicamente el autoritarismo del Gobierno, mientras Ben Ali, en un discurso de suma importancia del 27 de junio, previno contra la proliferación del número de partidos y los peligros de la inestabilidad. La élite francesa secular, que gobierna en Túnez, espera que la combinación de concesiones y firmeza sea suficiente para disminuir la amenaza de la oposición. Tal y como muestra el ejemplo de Kairouan, el régimen ha progresado en su intento de vestirse con las prendas del Islam, de una manera parecida a la de Sadat y de Mubarak en Egipto cuando estos pretendieron revestirse de alguna credibilidad islámica. En los carteles de la campaña electoral se veía a Ben Ali con la túnica blanca típica del *hajji* y, poco después del 7 de noviembre, éste asistió al «*umrah*», el peregrinaje individual a La Meca. Los carteles electorales del partido gobernante mostraron unas manos junto al lema «La mano de Dios está con la Asamblea». Los discursos del Gobierno comienzan hoy con una evocación de Alá y terminan con citas del Corán. Se emiten programas religiosos por televisión, lo cual estaba prohibido durante los tiempos de Bourguiba.

Donde son más notables estos cambios es en la actitud hacia el Ramadán, el mes de ayuno musulmán; Bourguiba ordenó a la gente que comiese y que los restaurantes quedasen abiertos, insistiendo en la modernización del país. En una ocasión, en un mitín durante el mes del Ramadán, bebió un vaso de naranjada, lo cual suponía un acto simbólico. No obstante, aún en las fases más destacadas de su campaña para secularizar el país, en los años sesenta, se respetaba el ayuno de una manera generalizada. El Ramadán de 1989, que empezó a principios de abril, fue respetado por más del 90 % de la población. Durante un período de entusiasmo exagerado, debido en parte a la falta absoluta de educación religiosa bajo el régimen de Bourguiba en Túnez, muchos de los creyentes ayunaban, aun cuando las leyes islámicas lo desaconsejaban: las embarazadas, los niños no adolescentes y los grupos de personas que debían tomar medicaciones o comidas especiales por sistema, tales como los diabéticos y los pacientes con insuficiencia renal. Hubo referencias abundantes en la prensa sobre la significación y los rituales del Ramadán.

Ben Ali lleva gobernando solamente desde noviembre de 1987 y todavía hay grandes esperanzas de que sea capaz de resolver los problemas económicos del país, que comprenden un alto nivel de paro y desequilibrios económicos regionales. Las relaciones entre Túnez y sus vecinos Argel y Libia han mejorado desde la llegada de Ben Ali, y en los países occidentales, goza de un prestigio importante: el Presidente Mitterrand reali-

zó una visita a Túnez en junio de 1989 y el país tiene el apoyo constante, aunque discreto, de los Estados Unidos (es sabido que Ben Ali colaboraba estrechamente con la CIA al principio de su carrera). A pesar del respeto inicial de los dos protagonistas por el diálogo, existe la posibilidad de que la relación entre los dos se vuelva más difícil en el futuro. El régimen posbourguibista sigue estando tan comprometido en monopolizar el poder como el mismo «*combattant supreme*». Por su parte, los seguidores del Islam esperan la hora propicia, dando una apariencia de moderación y reforzando su apoyo, con la esperanza de una futura apertura.

Las consecuencias más amplias de esta falta de seguridad en Túnez son bien evidentes. Durante mucho tiempo, se ha considerado a Túnez como uno de los interlocutores más occidentalistas del mundo árabe, y junto con Marruecos se cree que tiene un efecto estabilizador sobre sus vecinos Argel y Libia. Tras la ayuda económica y militar de Occidente a Túnez existen unos motivos claramente estratégicos. El Gobierno de Túnez tiene la intención de mantener estos contactos y de reforzar los que mantiene con la CE. Sin embargo, con el auge del movimiento islámico han surgido otras posibilidades, que la transición al régimen de Ben Ali sólo ha podido mitigar parcialmente. Por una parte, las fuerzas islámicas han ido atrayendo apoyo de varias fuerzas externas, de Libia, Arabia Saudí e Irán. Una gran parte de este apoyo es solamente retórico, pero lo seguro es que a estos estados, rivales entre sí en el mundo islámico, les gustaría fomentar un cambio de dirección en Túnez, tanto interno como externo. Por lo tanto, dentro de los mundos árabe e islámico, Túnez se ha convertido en el centro de conflictos, cuyo resultado no es nada seguro.

La revuelta contra el Estado modernizador

Dentro del contexto del mismo Islam y debido a varias características que presenta, el movimiento tuneño puede ser comparado con los movimientos correspondientes de otras sociedades y distinguido de los mismos. Primero, representa una revuelta contra el Estado modernizador y laico. Igual que otros movimientos, el de Irán incluido, ha sido el producto de una oposición creciente entre Estado y sociedad, que refleja la pérdida del poder movilizador y de la legitimidad de un Estado modernizador. Durante los años 50 y 60, el régimen bourguibista consiguió generar con éxito el apoyo de la población, a través de su política nacionalista, sus intervenciones sociales y su organización de una gran parte de la población en el Partido Neo-Destour y sus afiliaciones masivas. Gradualmente, durante los años 70, esta fuerza empezó a deshacerse y el poder del partido gobernante se erosionó, debido al

notable cambio social y, sobre todo, a la urbanización y la educación. Hubo un aumento de la enajenación de la población junto con el autoritarismo creciente y la corrupción del partido.

El movimiento tunecino representa, por lo tanto, la crisis del régimen posindependentista, igual que la representaba el auge iraní una década antes. Se puede afirmar, en términos generales, que en las primeras décadas tras conseguir su independencia, la iniciativa estaba al lado de los partidos y regímenes que apoyaban programas políticos «modernizadores»: reforzando el Estado, fomentando valores modernos y laicos, pretendiendo transformar sus países para que se acercasen a un modelo o ideal de cómo debería ser una sociedad moderna. Eran de este tipo las reformas de Bourguiba, como las de Atatürk en Turquía, del Sha en Irán y de Nasser en Egipto. También se puede incluir en este grupo, en un contexto y con una ideología distintos, las reformas de los regímenes posrevolucionarios comunistas y otros regímenes revolucionarios del Tercer Mundo.

Sin embargo, el historial de estos regímenes fue contradictorio. Por una parte, muchos aspectos no fueron cambiados ni transformados, a pesar de las apariencias oficiales. Perduraban las creencias religiosas, las lealtades prenatalistas y los vínculos filiales y de los clanes. El movimiento de estos Estados «modernizadores» hacia la intervención también fue la causa del antagonismo entre grupos sociales que creían ver amenazados sus intereses, sus valores y su prestigio. No obstante, de igual importancia es el hecho que el mismo éxito de estos regímenes tuvo un efecto en su contra, ya que los cambios efectuados por estos regímenes «modernizadores» fueron la causa del surgimiento de una gran parte de la oposición. Un ejemplo de estos cambios fue el de la educación: tanto en Irán como en Túnez, el apoyo a las fuerzas islámicas proviene en parte de los jóvenes que han tenido acceso a la educación y, muchas veces, de aquellos con una educación científica. Otro de estos cambios fue la urbanización, que atrajo grandes cantidades de personas a las ciudades, donde fueron organizadas y movilizadas con más facilidad por los grupos de la oposición, y donde se hicieron más evidentes las tensiones y los problemas producidos por los cambios sociales, incluyendo la corrupción y la ineficiencia del Gobierno.

De importancia parecida es la forma en que estas tendencias islamistas han supuesto un reto para los líderes más tradicionales de la oposición, los partidos de la izquierda laica, y los han desplazado. En esto se reflejan varios factores: en Irán, Turquía, y Argel, la oposición en el período posindependentista inmediato solía ser izquierdista, con una participación significativa de los comunistas y socialistas radicales. Su crítica principal al Gobierno era la de no ir suficientemente lejos

en las reformas sociales. Además, solían criticar también la política exterior de los regímenes «modernizadores» y, especialmente en el caso de Irán, Turquía y Túnez, por sus vínculos con Occidente. Por tanto, los partidos izquierdistas pretendían presentarse como críticos sociales radicales y como portadores de la legitimidad nacionalista. En los años 70 y 80 ha ocurrido que estas fuerzas izquierdistas han sido reemplazadas por las islamistas. Los partidos izquierdistas han sido marginados —tal y como se ve en Irán, Egipto y Túnez— y han adoptado frecuentemente una posición ideológica defensiva de cara al islamismo. Hoy en día proclaman su respeto por los valores islámicos y pretenden llegar a un acuerdo con los islamistas, quienes, sin embargo, conscientes de su mayor atractivo, pueden no querer corresponder.

Este reemplazamiento se ha producido a través de varios mecanismos. Primero, los partidos izquierdistas, con su propia ideología laica y a favor de la modernización, se iban asociando con la cultura e ideología de los partidos gobernantes. Fueron considerados cada vez más como otros representantes de aquella modernización ajena y centrada en el Estado que era rechazada por los seguidores del Islam. En segundo lugar, los grupos sociales entre los cuales había tenido su base la izquierda, solían estar compuestos por la intelectualidad laica y sectores de la clase obrera. Pocos de ellos tenían apoyo entre los campesinos o los pobres de las ciudades que no tenían un trabajo en la industria moderna. Con las nuevas condiciones sociales, esto significaba que se habían desarrollado otras bases sociales de oposición, con un carácter que no se dejaba atraer por la izquierda. De igual importancia, sin embargo, ha sido el éxito de los islamistas al actuar como una oposición organizada y coherente ideológicamente, es decir, al enfrentarse a la oposición izquierdista tradicional con sus propias normas. Tal y como los movimientos islamistas utilizan sus formas tradicionales de organización religiosa —las mezquitas, las «madreses» (colegios religiosos), el «sufi», y otros grupos religiosos clandestinos— también han desarrollado sus técnicas modernas y formas de organización propias de los partidos laicos: los programas de asistencia social, incluyendo centros sanitarios y de educación, los cassettes y los vídeos de sermones y discursos de los líderes de la oposición, las organizaciones políticas de ámbito nacional y mecanismos para reunir fondos. Una de las sorpresas más grandes de la revolución iraní fue la gran capacidad de las fuerzas islámicas, supuestamente poco astutas, para movilizar a millones de personas en las calles y dirigir una campaña política de oposición por todo el país que, según cualquier criterio, fue un éxito notable.

Este éxito con respecto a la organización va acompañado de una buena actuación en el campo de la ideología. Tanto los islamistas como sus rivales han hecho

hincapié en la atención prestada por parte de los primeros a los valores tradicionales. Dan la imagen de defender unos valores que coinciden más con las tradiciones del país y, por lo tanto, con la población. No cabe duda de que esta imagen corresponde hasta un cierto punto a la verdad: la década en que los líderes laicos y los Estados gobernantes se dirigían a la población utilizando el lenguaje de la modernización y el desarrollo no concordaba con la visión que esta gente tenía del mundo. Muchas veces no entendían este lenguaje o lo entendían mal, de tal modo que tuvo un efecto mucho menos ideológico de lo que se pensaba en aquellos tiempos. Esto ocurrió tanto en los países islámicos considerados como en la URSS y los demás Estados comunistas. Los valores «tradicionales» no sólo sobrevivieron, sino que la población los acogía con más entusiasmo que a los nuevos programas de modernización del Estado. No obstante, esta articulación de la tradición sin complicaciones aparentes también oculta unas preferencias «contemporáneas». Por una parte, se puede elegir qué partes de la tradición van a ser articulados —las partes democráticas o las autoritarias, las relacionadas con valores individuales o colectivos—, por no hablar de las diversas visiones del papel de las mujeres, los esclavos y los extranjeros, dentro de la sociedad islámica. Los islamistas de Irán y de Túnez han elegido los sectores de la tradición que quieren ver destacados y esta preferencia no se debe al peso de la tradición, sino a intereses modernos, políticos y laicos. Un ejemplo claro de esta situación es el de la opinión de Jomeini acerca del poder del Estado para anular el shari'ah; la opinión de Ghannouchi sobre el papel de la mujer en la sociedad es otro ejemplo.

Existe un segundo factor importante del éxito ideológico de los islamistas, el de su apropiación de los valores y las reivindicaciones de la izquierda. No hace falta creerse que el ayatola Jomeini u otros líderes del Islam se hayan leído alguna obra de Marx, para poder ver la influencia de las ideas marxistas y radicales de los años 50 y 60 sobre estos filósofos del Tercer Mundo. Todos los temas estándares de los primeros nacionalismos del Tercer Mundo —el antimperialismo, la dependencia, el nacionalismo cultural, la hostilidad hacia los monopolios y la solidaridad de los pueblos oprimidos— se repiten en las afirmaciones de estos líderes islámicos. La política económica de Irán de los años 80 refleja muchas de las ideas sobre el «desenlace» y la independencia, promocionados por los teóricos dependencistas, tales como Samir Amin, Andre Gunder Frank y Franz Fanon.

Dos ideas centrales son el populismo y el nacionalismo: la declaración de un interés común y popular en contra de los opresores y sobre todo del Estado autoritario intruso, y a la vez la afirmación de una legitimidad nacional en contra de los enemigos externos. La

existencia de Israel, un enemigo externo rechazado por motivos nacionalistas y religiosos, obviamente ha reforzado la apropiación islamista del nacionalismo, llevando a la izquierda egipcia, por ejemplo, a competir con la derecha islamista en las críticas, antiisraelíes y muchas veces chovinistas, de los acuerdos de Camp David. A pesar de todas las diferencias, la analogía con el fascismo es evidente: de la misma manera que el nacionalsocialismo adoptó algunas de las ideas de su competidor izquierdista y se convirtió en una fuerza rival, tan bien organizada como los partidos socialistas y comunistas pero con más éxito ideológico que ellos, los islamistas, de forma parecida, han desafiado a la ideología de los partidos opositores más tradicionales y la han hecho suya a la vez. El éxito ideológico de las fuerzas islamistas frente a la izquierda ha comportado, por lo tanto, un doble proceso: el reemplazamiento ideológico y político, combinado con la apropiación de las ideas y el atractivo de la izquierda.

Conclusión:

El islamismo y el futuro

Durante el período inmediatamente posterior a la revolución iraní, mucha gente creía que el mundo islámico iba a ser azotado por revueltas masivas. Esto no sucedió, y en agosto de 1988 el régimen iraní sufrió su mayor revés, al aceptar el alto al fuego con Irak. Sin embargo, las causas de la militancia islámica son más profundas y duraderas que la influencia de Irán en un momento dado, y en este sentido es bastante probable que movimientos de este tipo y Estados más o menos influenciados por el Islam sigan articulando estas ideas y políticas durante mucho tiempo. El reciente avance del islamismo populista en Túnez y Argelia es una buena señal del atractivo de estas ideas a largo plazo. También lo es la tendencia en alza de los movimientos étnicos y comunitarios (que incluyen interacción entre musulmanes y no-musulmanes) a agruparse de forma parecida a la islámica (Europa occidental, el Cáucaso, Líbano y Egipto). Parece probable que los que viven en las fronteras entre los mundos islámico y no-islámico, donde éstas siguen un trayecto dentro más que a lo largo de las fronteras de los Estados, tendrán que afrontar muchas dificultades en los próximos años.

Gran parte de la discusión externa se ha centrado en cómo el resurgimiento del Islam constituye una amenaza o un desafío para otros Estados, en concreto los occidentales.

El análisis de los últimos diez años sugiere, sin embargo, que estas consecuencias a nivel internacional se han exagerado. El mercado del petróleo no se resintió particularmente de la guerra Irán-Irak y todos los Esta-

dos necesitan vender sus reservas de petróleo. El terrorismo es otra cuestión, pero comparada con otros problemas globales, secundaria y no limitada al Oriente Medio. Se podría argumentar, por la espectacularidad retórica y ocasional que conllevan, que los Estados islámicos se sienten debilitados, si acaso, por estas nuevas ideologías, ya que éstas crean tensión y conflictos internos que disminuyen su capacidad para ejercer un rol internacional efectivo. Así, el mayor desafío del islamismo se dirige no al mundo no-islámico, sino a los

mismos pueblos musulmanes: la capacidad de encontrar e implementar una estrategia de desarrollo económico viable, el fomento de una coexistencia y tolerancia entre diferentes grupos étnicos y confesionales, la promoción de la democracia y la tolerancia política. Todos ellos son objetivos de estos Estados, que ven dificultada su consecución por la creciente militancia islamista.

Balance de la economía mundial 1989-90

Francesc GRANELL
*Catedrático de Organización
Económica Internacional.*

Visión global

La economía mundial 1989-90 está resultando un marco positivo para la disminución de tensiones internacionales características de épocas anteriores.

Si la década de los años cincuenta estuvo caracterizada por un enfrentamiento Este-Oeste, la de los sesenta por otro Norte-Sur, la de los setenta por el de los países petroleros y no petroleros y la de los ochenta por el de los países acreedores y deudores internacionales, el fin del decenio de los ochenta e inicio de los noventa se caracteriza por el menor nivel de tensión y un mayor grado de cooperación internacional a todos los niveles.

El problema de la Deuda Internacional ha perdido, en gran parte, el carácter conflictivo que tuvo después de 1982, cuando México tuvo que declarar públicamente y a bombo y platillo su insolvencia internacional y los planes Baker y Brady, aunque poco operativos, están sirviendo de telón de fondo a un planteamiento global menos conflictivo debido, en gran parte, a que el dólar vale ahora menos que antes de los acuerdos Plaza para estimular su depreciación (vid. infra).

El choque petrolero ha quedado ya bastante lejano y ha servido para introducir cambios tecnológicos y económicos de amplio espectro. Las alzas de precios del oro negro en 1973-74 y en 1979-80 estimularon grandes desequilibrios de balanzas de pagos, desaceleración en la marcha de la economía mundial, desempleo y un amplísimo movimiento de inversión en pro de una reconversión productiva y una sustitución de procesos tecnológicos y energéticos. Con la perspectiva de los años transcurridos y tras la pérdida de peso de la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP) en la arena internacional los precios han bajado y, además, ciertos países han visto reforzada su posición económica tras el reajuste mientras que otros han visto cómo su situación se agravaba. Hoy, sin embargo, no puede decirse que la crisis del petróleo siga gravitando sobre la economía mundial pues las reconversiones y reestructuraciones derivadas de tal cambio estructural han quedado ya incorporadas a las economías de los países que han sabido adaptarse a los nuevos parámetros estructurales.

El enfrentamiento Este-Oeste característico, también, de otras etapas anteriores y condicionador —en gran parte— de la carrera de armamentos está, también, entrando en una fase de desaparición. Los aires de libertad que supuso, para los países socialistas, la perestroika impulsada por Gorbachov, han desembocado, en 1989, en una auténtica tempestad de revisión de los sistemas de planificación central y propiedad estatal de los medios de producción hacia sistemas reformados de confianza en el mercado como el mejor instrumento de asignación de los recursos económicos. Muchos países

socialistas están ahora en Planes de Ajuste Estructural con ayudas financieras del Fondo Monetario Internacional (FMI) y de la banca occidental lo cual resulta algo auténticamente insólito con la perspectiva, sólo, de unos pocos años atrás.

En este contexto global de una economía mundial más armoniosa y menos conflictiva —de la que Francis Fukuyama ha llegado a decir que el triunfo del capitalismo significa el fin de la dialéctica entre sistemas socioeconómicos y, por tanto, el fin de la Historia— hay planteados, empero, una serie de tensiones que no hay que olvidar: el debate sobre la conservación del ecosistema y la preservación del medio ambiente; la cuestión de la lucha contra la droga y el narcotráfico y la búsqueda de cultivos o actividades alternativas para las poblaciones que se han ganado la vida con tal cultivo; y, sobre todo, la cuestión de la lucha contra la pobreza tanto a nivel mundial como a nivel de las capas sociales desfavorecidas en el interior de los diferentes países. Hasta llegar a un solo mercado mundial sin conflictos y con justicia queda, ciertamente, un largo camino por recorrer.

Un crecimiento notable

Las últimas estimaciones dadas a conocer por la OCDE, el FMI, el Banco Mundial, Naciones Unidas y el GATT nos indican que la economía mundial habrá crecido, en 1989, entre el 3, 5 % y el 4 % que es algo menos del 4,4 % que se registró en 1988 y más del 2,9 %-3 % que se espera para 1990. El comercio mundial debe haber crecido, mientras tanto, entre el 7 y el 8 %, o sea, algo menos que el crecimiento, record del decenio, que se registrara en 1988 (8,5 %) y algo más de lo que se espera en 1990.

Como ocurre siempre, empero, el ritmo de crecimiento no ha sido homogéneo en todo el Mundo y mientras algunos países han obtenido resultados muy positivos: Japón (4,8 %), Holanda (4,7 %), Estados Unidos (3 %), etc., otros han experimentado situaciones menos positivas y ritmos más bajos de expansión económica.

Gran Bretaña ha sido, con un escaso 2 % de crecimiento, uno de estos últimos si bien los países que han experimentado mayores dificultades han seguido siendo algunos países fuertemente endeudados y sometidos a planes de ajuste estructural correctores de sus desequilibrios económicos internos y externos, algunos países fuertemente dependientes de la exportación de ciertas materias primas con muy bajos precios en los mercados internacionales y ciertos países del Este.

Los Nuevos Países Industriales o «Tigres» (Corea, Hong Kong, Singapur y Taiwan) y los «Nuevos Ti-

Cuadro 1
EL RITMO DE CRECIMIENTO
DE LOS PAÍSES DE LA OCDE. PORCENTAJES DE VARIACIONES
SOBRE EL PERÍODO PRECEDENTE

	1988	1989	1990	1991
<i>PNB en volumen</i>				
Estados Unidos	4,4	3,0	2,3	2,5
Japón	5,7	4,8	4,5	4,3
RFA	3,6	4,3	3,2	3,1
España	5,0	4,9	4,1	3,8
OCDE Europa	3,7	3,5	2,8	2,7
OCDE Total	4,4	3,6	2,9	2,9
<i>Demanda interior total en volumen</i>				
Estados Unidos	3,3	2,5	2,2	2,4
Japón	7,7	5,6	4,6	4,0
RFA	3,7	2,8	3,2	2,9
España	6,7	7,6	5,7	4,9
OCDE Europa	4,3	3,6	2,9	2,8
OCDE Total	4,7	3,7	2,9	2,8
<i>Inflación (deflactor del PIB)</i>				
Estados Unidos	3,3	4,3	4,4	4,5
Japón	0,4	1,3	2,6	2,5
RFA	1,5	2,6	3,0	2,8
España	5,7	7,2	6,8	6,4
OCDE Europa	4,9	5,6	5,4	4,8
OCDE Total	3,5	4,3	4,5	4,3
<i>Balanza por cuenta corriente (miles de millones de dólares)</i>				
Estados Unidos	-126,6	-121,5	-118,1	-123,8
Japón	79,6	60,8	61,1	68,6
RFA	48,5	60,9	70,8	75,7
España	-3,7	-11,4	-16,0	-20,2
OCDE Europa	16,1	6,1	10,9	10,4
OCDE Total	50,2	85,3	72,3	71,4
<i>Pero (porcentaje de la población activa)</i>				
Estados Unidos	5,5	5,2	5,4	5,5
Japón	2,5	2,3	2,3	2,3
RFA	7,9	7,3	7,1	7,2
España	9,5	17,3	16,1	15,3
OCDE Europa	9,6	9,0	8,9	8,9
OCDE Total	7,0	6,6	6,6	6,6
Comercio Mundial	9,0	7,6	6,4	6,8

Fuente: OCDE, *Economic Outlook*, Dec. 1989.

gres» (Tailandia y Malasia) han mantenido su buen ritmo de crecimiento por la alta tasa de absorción de sus exportaciones que han mantenido los principales clientes (EEUU, Japón, Comunidad Europea) y aún a pesar de las incertidumbres que la represión del Gobierno chino contra los reformistas ha generado respecto a la suerte que pueden sufrir los negocios de Hong Kong cuando la colonia británica vuelva a China en 1997.

Los ritmos de crecimiento del consumo se han mantenido, en general, altos en la mayoría de grandes países lo cual ha estimulado la inversión y ha hecho disminuir los niveles de desempleo aunque a costa, al menos en la primera parte del 1989, de la aceptación de unos más altos ritmos de inflación.

En todo este contexto las Bolsas de Valores de la gran mayoría de países ha mostrado una tendencia alcista que resistió a la crisis de confianza que se planteó el 13 de octubre y que hubiera podido desembocar en

una situación de baja bursátil amplia como sucedió en ocasiones antecedentes: 19 de octubre de 1987, o hasta el 24 de octubre de 1929.

Los países en desarrollo han encontrado algunos elementos negativos que han condicionado que, globalmente, alcanzaran, en 1989, un menor crecimiento que en 1988: la evolución de los tipos de interés más altos en los mercados mundiales, la tendencia negativa registrada en los precios internacionales de materias primas, un acusado aumento de la inflación interna y la aplicación de medidas de ajuste inadecuadas en muchos países endeudados.

Por lo que respecta a las diferentes áreas geográficas de países en desarrollo hay que tener en cuenta: en América Latina el crecimiento se ha paralizado en 1989 con el correlativo recorte en las rentas per capita; en el África Subsahariana la persistencia de graves desequilibrios macroeconómicos y distorsiones estructurales ha hecho que el crecimiento del producto sea apenas igual al crecimiento demográfico; en el Oriente Medio los moderados aumentos del precio del petróleo habrán permitido un ligero aumento del ingreso y en los países de Lejano Oriente el crecimiento se habrá situado en el 6 %, algo menos que en 1988.

La cuestión de las perspectivas de crecimiento de los países pobres sigue presentando graves problemas cara al futuro lo cual es, además, un foco permanente de tensiones económicas y sociales de todo tipo.

Los Programas de Ajuste Estructural para los países con mayores desequilibrios macroeconómicos no han resultado hasta ahora todo lo positivos que se pensaba, tal como están reconociendo los últimos estudios del Banco Mundial y los Bancos Interamericano y Africano de Desarrollo.

Respecto a los países del Este habrá que ver hasta qué punto el tránsito hacia fórmulas menos dirigistas de la actividad económica les permite salir del impase en el que habían entrado al resultar muy poco flexibles a los retos de adaptación y reestructuración a que se han debido someter las economías de los países que mejor han «trampeado» los años de crisis.

El comercio mundial

El incremento de las transacciones comerciales internacionales de bienes y servicios ha seguido siendo rápido a lo largo de 1989 si bien no se ha podido mantener el rapidísimo ritmo de 1988. El GATT y el FMI dan cifras de crecimiento, para 1989, de entre el 7 y el 8 % que es algo menor al 8,5 % de 1988.

A lo largo del año han persistido los grandes desequilibrios a que nos tiene acostumbrados el sistema comercial mundial aunque ha mejorado mucho el cli-

Cuadro 2
EXPORTACIONES Y PRODUCCIÓN MUNDIAL
DE MERCANCÍAS EN EL PERIODO 1970-1988

	Variación porcentual media anual				
	1970/ 1979	1980/ 1988	1984	1987	1988
<i>Exportaciones</i>					
Productos agropecuarios	4 ½	2	3	6 ½	5
Productos de las industrias extractivas	1 ½	½	4 ½	2	96
Manufacturas	7	5	11	6	10
<i>Todas las mercancías</i>	5	4	8 ½	5 ½	8 ½
<i>Producción</i>					
Productos agropecuarios	2	2	5	0	½
Productos de las industrias extractivas	2 ½	- ½	1	1	5 ½
Manufacturas	4 ½	3 ½	8	4 ½	6 ½
<i>Todas las mercancías</i>	4	2 ½	7	3	5

Fuente: GATT. *El Comercio Internacional 1988-89*

ma de diálogo existente para avanzar en la lucha contra el proteccionismo mundial.

Desde el primer punto de vista hay que constatar que Estados Unidos —que en 1989 han vuelto a la plaza de primer exportador mundial a costa de Alemania Federal— acaban el año con un déficit de balanza por cuenta corriente de 125.100 millones de dólares —ligeramente menor al de 1988— mientras que Japón lo hace con un superávit de 72.000 —menor que el de 1988 por una mayor expansión del consumo interior— y Alemania Federal con un superávit de 58.000 millones. Países como Gran Bretaña y España pasan a tener déficits relativos, también, muy importantes.

El ambiente de pesimismo proteccionista que en otros años había presidido el panorama comercial mundial parece haberse disipado puesto que la Ronda Uruguay del GATT ha conseguido notables avances de concertación cara a la fase final que debe celebrarse a finales de 1990 en Bruselas y, además, se han planteado negociaciones bilaterales y multilaterales tendentes a mejorar el marco de comercio libre.

En este último sentido hay que hacer constar la creación del Gran Magreb (13 de febrero), las negociaciones de los 12 países de la Cuenca del Pacífico para ir hacia una amplia zona de cooperación comercial (reunión de Canberra del 7 de noviembre), las reuniones entre Estados Unidos y Japón para encontrar las causas del desequilibrio comercial entre ambos países y tratar de corregirlo; los avances en la integración intraeuropea —con la mirada puesta en el Gran Mercado de 1992—, en el Mercado Común Centroamericano con la activación de una Unión Centroamericana de Pagos apoyada desde la Comunidad Europea, las conversaciones de relanzamiento del Grupo Andino y los avances en la liberación de las exportaciones de los países Africanos, del Caribe y del Pacífico asociados a la Comunidad

Europea por el Convenio de Lomé que se producen a la luz del Cuarto Convenio firmado en la capital de Togo el 15 de diciembre.

Claro está que el tema de mayor interés que se plantea para el futuro del comercio mundial es el del posicionamiento que los países del Este —hasta ahora bastante autárquicos— van a adoptar respecto al futuro y que es, hoy por hoy, una incógnita. Como uno de los resultados de la perestroika las empresas soviéticas pueden comerciar directamente con occidente desde el 1 de abril, pero el gran interrogante es, en este campo, hasta qué punto las empresas transnacionales van a invertir en los países del Este —respondiendo a su invitación— y van a cambiar la división internacional de trabajo.

Hay que ser, empero, muy cauto respecto a las «revoluciones» posibles en este terreno. De acuerdo con el Direction of Trade Statistics del Fondo Monetario Internacional, los países del Este sólo suponen entre el 2 % y el 3 % del Comercio Mundial (contra el 26-27 % los países en desarrollo y contra el 70-71 % los países desarrollados). Esta cifra da idea de que aún en el supuesto de que los países del Este tuvieran divisas suficientes para ampliar de forma considerable sus importaciones, el porcentaje sobre las transacciones mundiales que ello podría llegar a representar sería, en todo caso, muy reducido.

La mayor expansión de los intercambios internacionales se sigue, por descontado, produciendo en el ámbito de las transacciones internacionales de productos manufacturados.

El crecimiento del comercio intraindustrial en áreas como la Comunidad Europea, la convergencia progresiva hacia una gran Zona de Libre Cambio de toda Europa Occidental y las perspectivas del Mercado Único Europeo de 1992 añaden, ciertamente, impulsos renovados al comercio intraeuropeo en una línea que algunos países en desarrollo estiman preocupante en razón de que piensan que Europa puede convertirse en una «fortaleza comercial» cerrada respecto al exterior. Hay que decir, sin embargo, respecto a esto, que el IV Convenio de Lomé firmado en diciembre de 1989 y la predisposición de la Comunidad Europea a frenar sus precios agrarios y a reducir el proteccionismo de su Política Agraria Común representan indicios esperanzadores respecto a que un comercio internacional más abierto será el patrón que guiará a la Comunidad —como principal partícipe actual del comercio internacional— en el futuro.

De lo que no cabe duda es de que los países que quieran ver mejorada su posición en el contexto del comercio internacional no pueden pretender seguir con especializaciones productivas basadas en materias primas. Las manufacturas representan hoy en día el 73 % del comercio mundial y son el sector con más perspectivas de futuro.

Los mercados internacionales de materias primas

No es superfluo añadir, aquí, que las materias primas muestran una tendencia muy vacilante respecto a la evolución de sus precios y a su posible absorción por los mercados internacionales a pesar de los esfuerzos que la comunidad internacional pueda desplegar a este respecto en base a los Acuerdos Internacionales de Materias Primas o al funcionamiento del Fondo común de Materias Primas.

El 19 de junio de 1989, precisamente, entró en vigor el Fondo Común de Materias Primas (cuya Secretaría queda en Amsterdam) con 315 millones de dólares suscritos por 103 países y unas contribuciones voluntarias de 230 millones; pero, en cambio, los acuerdos de estabilización de los mercados de materias primas ya existentes se muestran inoperantes, por lo que se ve mal que puedan negociarse otros tal como se había pensado al diseñar, por la UNCTAD de Nairobi de 1976, el Programa Integrado de Productos Básicos del que es una pieza importante el Fondo Común ahora activado.

El índice de precios de productos básicos del Banco Mundial con base 1979-81 = 100 está a finales de 1989 a un nivel de 90 contra 96,6 de promedio de 1988 y 102 al principio de 1989.

El precio del cacao ha caído, por ejemplo, de 1063 a 775 Derechos Especiales de Giro por Tm a lo largo de 1989 y el café que se cotizaba, en Londres, a 1110 libras la Tm hace un año ha bajado hasta las 658.

Han subido, en cambio, los precios de la mayoría de metales (estaño, cinc, plomo) exceptuado el cobre que si empezó el 1989 alto (1850 libras/Tm) ha acabado bajo (1471). El precio del barril de petróleo ha tendido un poco al alza (de 16 dólares a casi 20) tras la paz en la guerra Irán-Irak aunque sin alcanzar, ni mucho menos, los niveles de las etapas críticas de máxima cohesión de la OPEP.

El oro ha ido oscilando a tenor de las perspectivas y la cotización del dólar y a tenor, también, de las perspectivas bursátiles manteniéndose sin grandes variaciones como había ocurrido hace años, algo por encima de los 410 dólares la onza.

Los precios del trigo han, por su parte, aumentado como consecuencia de la reducción de las reservas mundiales de 419 millones de Tm a 240 millones subsiguiente a la caída de la producción estadounidense, a la poca producción de la URSS y a los esfuerzos de la Comunidad Europea para reducir su propia producción en el contexto de la reforma de la Política Agraria Común y su lucha contra los gravosos excedentes agrarios.

En el contexto, precisamente, de esta nueva situación agraria y de las perspectivas de reducción de exce-

dentes en Estados Unidos y la Comunidad Europea —por los ataques en el GATT respecto a sus respectivas políticas de apoyo excesivo a su agricultores— que se plantean ahora han habido, ya, algunos análisis que se cuestionan si ello no podría agravar el problema del hambre en el mundo. El Consejo Mundial de la Alimentación —en sus programas de Acción de Nicosia de 1988 y de El Cairo de 1989— ha dicho claramente, sin embargo, que tal temor es injustificado pues el hambre en el mundo no es hoy una cuestión de insuficiencia de alimentos sino una cuestión de pobreza de las poblaciones y de imposibilidad por parte de éstas de adquirirlos.

La degradación de las dietas alimenticias en países tales como Argentina —país tradicionalmente exportador de alimentos— corrobora este diagnóstico del Consejo Mundial de Alimentación.

Las negociaciones comerciales y la Ronda Uruguay

El 1988 comercialmente bueno ha registrado, también, considerables avances respecto a la lucha contra el proteccionismo mundial tal como se esbozaba anteriormente y pese a que algunos países fuertemente endeudados no han podido avanzar en esta línea.

El GATT ha sido, como siempre, bastante tolerante respecto a incumplimientos de su Sistema de Comercio Multilateral por parte de países en desarrollo (caso, por ejemplo, de Bolivia que se ha convertido en 1989 en la 97ª parte contratante) y ha conseguido que los grandes países comerciales y los países del Este europeo hicieran avances significativos respecto a la aceptación de los códigos de disciplina comercial que incorpora.

Pese a su enorme déficit comercial los Estados Unidos no han hecho uso de las posibilidades proteccionistas que abre su Ley Comercial 1988 (Omnibus Trade and Competitiveness Act of 1988) al tiempo que han mantenido contactos con la Comunidad Europea y con el Japón para mejorar el diálogo comercial que a su entender debe pasar por una predisposición de estos dos bloques en favor de medidas que ayuden al efecto de la depreciación del dólar respecto a otras monedas tras 1985 para restablecer el equilibrio comercial norteamericano. Especialmente significativas han resultado, al respecto, las conversaciones mantenidas en Tokio entre norteamericanos y japoneses para analizar las causas del enorme desequilibrio en favor del Japón existente en las relaciones comerciales entre ambos países.

El tema es, desde luego, arduo, pues no puede olvidarse que Japón sólo realiza importaciones por un importe equivalente al 6,3 % de su PIB mientras que los

Estados Unidos lo hacen a un nivel del 9,6 % y los países de la Comunidad (excluyendo el comercio intracomunitario) por un significativo 14,9 %.

En este contexto de diálogo todos los grupos negociadores de la Ronda Uruguay del GATT han realizado los mejores avances registrados desde que se iniciara la Ronda en Punta del Este en 1986.

A invitación de la Comunidad Europea y de Bélgica, la reunión final de la Ronda Uruguay, a nivel Ministerial, va a celebrarse del 26 de noviembre al 8 de diciembre de 1990 lo cual es, ya, un compromiso firme de añadir nuevas liberalizaciones al comercio mundial lo cual afecta a todas las áreas de la negociación: comercio de mercancías, inversiones relacionadas con el comercio, agricultura, aspectos de los derechos de propiedad intelectual relacionados con el comercio, acuerdos sobre los códigos multilaterales (Antidumping, Obstáculos Técnicos al Comercio y Compras del Sector Público), productos obtenidos de la explotación de recursos naturales, aranceles, solución de diferencias, productos tropicales, textiles y vestido (con la perspectiva siempre incierta de reconducción del IV Acuerdo Multifibras que expira en julio de 1991) y comercio de servicios.

Respecto a los servicios hay que decir, por cierto, que la exportación mundial de servicios comerciales ha sido evaluada por el GATT para 1988 en 560.000 millones de dólares en su Anuario *El Comercio Internacional* 1988-89.

Los mercados monetarios y financieros

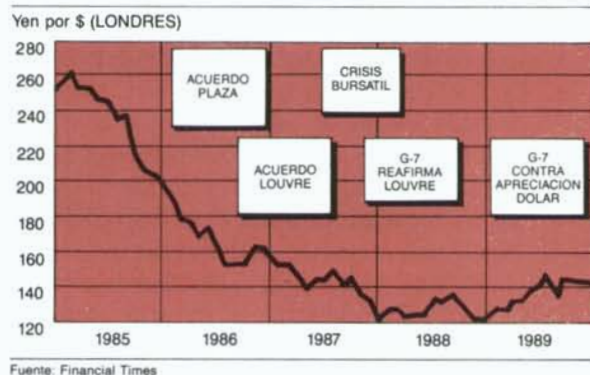
Los mercados monetarios y financieros no han interferido, a lo largo de 1989, la marcha de la economía real como ocurriera otros años atrás.

El dólar ha evolucionado al alza y a la baja en distintos momentos del año bajo la atenta mirada de los gobernadores de los bancos centrales y los ministros de finanzas de los países del Grupo de los Siete (EEUU, Japón, Alemania Federal, Francia, Gran Bretaña, Italia y Canadá) pero está claro que la concertación a que se ha ido llegando tras la experiencia de los Acuerdos Plaza (1985), Louvre (1987) y posteriores está resultando positiva por más que el presidente de la Reserva Federal Norteamericana haya afirmado en más de una ocasión que los Estados Unidos no quieren sacrificar a las cuestiones de tipo de cambio sus propias necesidades de gestión de su economía doméstica (gráfico 1).

Ello quiere decir que los Estados Unidos van a seguir practicando políticas de altos tipos de interés para lu-

Gráfico 1

**La evolución del dólar USA
bajo la supervisión del Grupo de los Siete**



char contra la inflación provocada por su déficit presupuestario a pesar de que ello estimule que el dólar no se devalúe lo preciso para poder luchar con éxito contra su déficit externo por cuenta corriente.

Y ello implica, también, que los Estados Unidos (con unos activos en el exterior de 1.253.000 millones de dólares y unos pasivos respecto al exterior de 1.786.000 millones de dólares) van a seguir siendo —como lo han venido siendo desde 1985— el primer deudor mundial.

Claro está que el tema de la deuda externa no tiene la misma significación para la poderosa economía norteamericana que para las economías de ciertos países en desarrollo o ciertos países socialistas fuertemente endeudados respecto al exterior.

Los Estados Unidos son —a falta de una mayor cohesión y consistencia de la Comunidad Económica Europea— el primer poder económico mundial, como se pone de manifiesto por sus cifras de producción o, incluso, en el Fondo Monetario Internacional (ver cuadro 3).

La cuestión de la Deuda Externa de los Estados Unidos comparando activos y pasivos exteriores no debe, además, hacer olvidar el papel clave internacional que muchas grandes empresas transnacionales yanquis juegan en la transferencia internacional de tecnología y en el control de ciertas ramas de la producción por más que los japoneses estén ganando posiciones financieras y tecnológicas de forma rápida. ¿Cómo interpretar, por ejemplo, que los japoneses hayan comprado este año el Rockefeller Center neoyorquino o la Estación espacial MIR a los soviéticos y que estén, además, acelerando sus inversiones y su ayuda hacia países pobres gracias a las divisas que les proporciona su persistente superávit comercial?

La deuda externa de los países en desarrollo ha aumentado ligeramente en 1989 hasta situarse en 1.290.000 millones de dólares lo cual ha supuesto que los países endeudados han tenido que hacer frente a un servicio de la deuda de 163.000 millones de dólares y ha supuesto que, globalmente, los países pobres han recibido menos divisas de las que han aportado.

Aunque el 14 de diciembre se llegaba a un acuerdo para la Novena reposición de recursos de la Agencia Internacional de Desarrollo (la filial del Banco Mundial que ayuda a los países más desfavorecidos) por un importe global de 11.680 millones de dólares y aunque el paquete financiero incorporado al IV Convenio de Lomé firmado el 15 de diciembre supone que los Doce de la CE aportarán 12.000 millones de ecus a los 68 países ACP asociados en estos próximos cinco años, los flujos de ayuda al desarrollo no han crecido en 1989 ni ha habido, aún, acuerdo para aumentos de capital y cuotas en el Banco Mundial y en el Fondo Monetario Internacional.

Claro está que el tema de la ayuda al desarrollo no puede ahora analizarse con criterios idénticos a los de un tiempo atrás pues los países de la OCDE están asumiendo compromisos de ayuda al desarrollo de los países del Este: Polonia, Hungría y otros países. La gran cuestión de futuro es la de saber hasta qué punto la preocupación y la ocupación de los países occidentales respecto al Este va a influir la responsabilidad existente respecto a los países Sur.

Retomando el tema de la Deuda del Tercer Mundo conviene recordar que la Administración Bush ha formulado propuestas nuevas (Plan Brady presentado el 10 de marzo) y complementarias a las que se hicieron durante la Administración Reagan (Plan Baker de 1985). El sector bancario en que debería apoyarse la propuesta ha mostrado, empero, una cierta reticencia

**Cuadro 3
EL PODER ECONOMICO MUNDIAL SEGUN
LA PARTICIPACION EN EL FMI**

País	Cuota (*)	% cuota	Votos	% votos
Estados Unidos	17.918	19,91	179.433	19,14
Reino Unido	6.194	6,88	62.190	6,63
RFA	5.403	6,00	54.287	5,79
Francia	4.482	4,98	45.078	4,81
Japón	4.223	4,69	42.483	4,53
Arabia Saudí	3.202	3,56	32.274	3,44
Canadá	2.941	3,27	29.660	3,16
Italia	2.909	3,23	29.341	3,13
Holanda	2.264	2,52	22.898	2,44
India	2.207	2,45	22.327	2,38
Brasil	1.461	1,62	14.863	1,59
Venezuela	1.371	1,52	13.965	1,49
España	1.286	1,43	13.110	1,40

(*) Cantidad expresada en millones de derechos especiales de giro (DEG). Un DEG = 1,29 dólares

Fuente: Fondo Monetario Internacional

respecto al tema por lo que sin arreglo global, aún, sobre el tema de la deuda, solamente se ha llegado a soluciones parciales respecto a ciertos países: México, Argentina, etc.

El tema de la deuda ha perdido parte del dramatismo que tuvo años atrás y peso en términos reales aunque, por descontado, suponga un auténtico dogal al cuello para ciertos países en desarrollo fuertemente endeudados y con problemas de imposible diálogo con la comunidad financiera internacional: Perú, Honduras, Nicaragua, Panamá, etc.

Podría decirse, a este respecto, que el sistema financiero internacional se ha acostumbrado a vivir con el tema de la deuda en una especie de «entente» en que la cuestión de la devolución del «principal» no se plantea en los términos drásticos en que se planteó después del estallido de la crisis de la deuda de finales de 1982 y en que los bancos prestamisas han constituido reservas especiales para hacer frente a los impagos de sus deudores, lo cual permite que la cuestión se vaya absorbiendo paulatinamente aunque sin hacer frente a la cuestión de fondo.

A este respecto no hay que ser, por descontado, tampoco, demasiado optimista pues no hay ninguna duda de que las perspectivas de crecimiento económico de los países endeudados es muy limitada por la obligación a la que se ven abocados de hacer frente a un gravosísimo servicio de la deuda externa con lo que todo ello conlleva de políticas de ajuste y restricción de la demanda pública y privada interna. Tales políticas de ajuste desembocan normalmente en unos fuertes costes sociales al tener los gobiernos que restringir muchas categorías de gastos sociales y hacen que el Banco Mundial y otros organismos financieros internacionales hayan tenido que empezar a preocuparse de cuestiones inexorablemente vinculadas a los programas de ajuste estructural puestos en marcha para que los países endeudados puedan hacer frente a sus pagos externos: degradación de la dieta alimenticia de las capas sociales con menor renta, aumentos de los niveles de analfabetismo, etc.

Esto crea, por descontado, un amplio malestar social en los países fuertemente endeudados y hace que la gestión económica les sea muy difícil a los gobiernos democráticos que deben guardar un difícil equilibrio entre las demandas sociales de la población y las políticas de ajuste externo capaces de permitir que sus países tengan una balanza comercial favorable para atender los pagos del servicio de la deuda. Esta es una cuestión muy relevante ahora que —sobre todo en Latinoamérica, que es el subcontinente con mayor deuda externa— se están produciendo evoluciones desde gobiernos dictatoriales a gobiernos democráticos en una serie de casos.

Los trescientos muertos en la represión policial a las manifestaciones populares contra el programa de ajuste

de Carlos Andrés Pérez al acceder a la presidencia de Venezuela (6 de marzo), el hambre en Argentina cuando la llegada de Menem a la presidencia (8 julio) o la situación que encuentra el nuevo presidente brasileño Collor (15 de diciembre) son cuestiones que deben hacer pensar a este respecto y que hacen necesario seguir muy de cerca lo que ocurrirá con experimentos como la «Menemtroika» que sigue, de alguna forma, el modelo liberalizador aplicado por la dictadura de Pinochet hasta las elecciones de 17 diciembre, restableciendo la democracia en Chile al ganar las elecciones el democristiano Aylwin.

El país que mejor ha avanzado respecto a la deuda externa es México, cuyo presidente Carlos Salinas de Gortari —que llegó al poder en diciembre de 1988— ha conseguido que su país fuera el primero al que se le aplicaran (en julio) los apoyos del Plan Brady —ofrecido desde la Conferencia de la Brookings Institution en Washington por el Secretario del Tesoro Norteamericano el 10 de marzo—.

Los aspectos internacionales de la Comunidad Europea

Un repaso sobre la economía mundial 1989-90 como el contenido en estas páginas no es el lugar adecuado para analizar lo que ha dado de sí la integración europea por más que los Doce sean, hoy, el primer exportador e importador mundial.

Ocurre, empero, que se han producido varios hechos, relacionados con la Comunidad Europea de una auténtica dimensión mundial y son éstos, precisamente, y no las puras cuestiones de integración interna, las que deben, aquí, centrar nuestra atención.

La primera de ellas debe referirse, lógicamente, al papel gozne que la Comunidad recibió de la 15.ª Reunión Cumbre Occidental de l'Arche (París, 14 de julio) respecto a la ayuda a prestar a los países del bloque del Este que vayan haciendo esfuerzos para transformarse en economías de mercado.

Las bases para este papel gozne se habían puesto en el Tratado de cooperación entre la Comunidad y el Comecon de mediados de 1988. Después de tal tratado global numerosos países miembros del Consejo de Asistencia Económica Mutua (COMECON) han firmado acuerdos bilaterales con la Comunidad, el más importante de los cuales es, por su significación, el firmado con la URSS en diciembre de 1989 en Bruselas.

Pero la Administración Bush se mostró muy predispuesta, cuando Polonia y Hungría empezaron a pedir ayuda a Occidente, a que fuera la Comunidad como tal la que coordinara y pilotara tal esfuerzo global de ayu-

da. Tal deseo es el que quedó, de hecho, plasmado en el Comunicado final de la Cumbre de l'Arche y la Comunidad ha creado un grupo de coordinación (unidad PHARE) que se está encargando de tales acciones de ayuda a Polonia y Hungría, primero, y a otros países del Este ahora.

El problema que ha empezado a plantearse, sin embargo, a este respecto, es que al empezar a caer el muro de Berlín (9 de noviembre) la República Federal de Alemania ha empezado a tener un papel bilateral fundamental en el contexto de los esfuerzos comunitarios y los propios Consejos Europeos extraordinario de París (noviembre) y ordinario de Estrasburgo (diciembre) han tenido que aceptar un difícil equilibrio entre la acción comunitaria propiamente dicha y el protagonismo alemán. El comercio de la Comunidad con los países de la Europa del Este es, empero, lo suficientemente pequeño (es menor que el solo comercio entre la Comunidad y Suiza) como para que las disquisiciones que puedan hacerse sobre esta materia tengan una significación más política que económica.

La segunda cuestión de vida comunitaria de alcance auténticamente mundial es la perspectiva que se abre sobre el papel de la Unidad de Cuenta Europea (ECU) en el contexto del Sistema Monetario Internacional.

Si anteriormente ha quedado dicho que el mundo ha disfrutado en 1989 de una mayor estabilidad cambiaria es preciso decir que tal mayor estabilidad ha servido de buen telón de fondo para que el Sistema Monetario Europeo —que en 1989 cumplía 10 años de vida— no estuviera sometido a tensiones entre sus monedas componentes y ello ha sido un excelente caldo de cultivo para hacer avanzar poderosamente la idea de una Unión Económica y Monetaria Europea como paso para más allá de lo que debe ser el Gran Mercado Unico Europeo de 1992.

El Informe Delors a este respecto fue presentado al Consejo de Ministros de Economía y Finanzas comunitario que presidió Carlos Solchaga —recuérdese que el primer semestre de 1989 fue de presidencia española del Consejo de la Comunidad— en S'Agaró (Costa Brava, España) en el mes de mayo y fue objeto de debate en el Consejo Europeo de Madrid de junio para llegar a decidir la convocatoria de una Conferencia Intergubernamental para la revisión de los tratados comunitarios y definición de la Unión Económica y Monetaria Europea en la Cumbre de Estrasburgo de diciembre de 1989.

En un momento en que la importancia del Derecho Especial de Giro en el Sistema Monetario Internacional no acaba de avanzar, la Unión Europea debe potenciar al ecu como moneda que comparta seriamente con el dólar norteamericano el papel estelar en los pagos internacionales. A este respecto no está de más recordar que durante 1989 (el 19 de junio) la peseta se incorporó al

mecanismo de cambios del Sistema Monetario Europeo y que la primera ministra británica Margaret Thatcher ha empezado a aceptar la idea de que la libra se incorpore en un día no muy lejano a dicho mecanismo cambiario pese a las reticencias actuales que el gobierno británico sigue manteniendo.

La tercera de las cuestiones asociadas a la Comunidad Europea en relación al Sistema Internacional es la que afecta a la reforma de la hasta ahora muy proteccionista Política Agraria Común.

Una de las consecuencias del proteccionismo y los altos precios agrarios comunitarios había sido la aparición de importantes excedentes agrarios estructurales en una serie de sectores: cereales, lácteos, carne... La práctica congelación de precios agrarios comunitarios (tanto en los precios aprobados a principio de 1989 como en los propuestos por la Comisión a finales de 1989 cara a su aprobación por el Consejo de Ministros de Agricultura a principios de 1990) y la implantación de mecanismos correctores y de compensación a los agricultores que abandonasen explotaciones marginales constituyen un elemento valioso de corrección de desequilibrios entre producción y consumo, de reducción de la carga agrícola del presupuesto comunitario y de mejora del diálogo agrícola internacional tanto con los países productores desarrollados (sobre todo en el marco de la Ronda Uruguay del GATT) como con los países en desarrollo que antes se quejaban de que el excesivo proteccionismo agrario comunitario mermaba sus posibilidades de producción competitiva sobre los mercados mundiales fuertemente condicionados por las restituciones y primas recibidas por los agricultores comunitarios en el esfuerzo global para lanzar hacia el exterior de los Doce los excedentes agrarios producidos a precios internacionalmente no competitivos.

La cuarta de las cuestiones comunitarias relevantes a los efectos de análisis de la economía mundial es la de las responsabilidades que la Comunidad más cohesionada de 1992 está dispuesta a asumir respecto a los países en vías de desarrollo y de las que los mejores ejemplos son el apoyo prestado por la Comunidad a la Unión Centroamericana de Pagos y la negociación y firma del IV Convenio de Lomé, que incorpora una serie de elementos adicionales al III Convenio y que ha dado pie a un VII Fondo Europeo de Desarrollo con unas aportaciones de los Estados comunitarios de 10.800 millones de ecus para el primer quinquenio de vigencia del Convenio lo cual representa más de un 40% de aumento respecto al esfuerzo financiero en favor de los países ACP que supuso el VI FED incorporado al III Convenio de Lomé.

En unos momentos en que la Comunidad hace de gozne en el diálogo con los países del Este y en que ha empezado a hacer contribuciones financieras en favor de la reconversión hacia la economía de mercado de

estos países, este renovado esfuerzo financiero comunitario en favor de los ahora 68 países ACP (tras el ingreso de Haití y la República Dominicana en el mismo y la próxima incorporación de Namibia, que elevaría el grupo a 69 miembros) sirve para poner de relieve que la Comunidad Europea no va a convertirse en una fortaleza endogámica cuando se convierta en un mercado único en 1993 sino en una área abierta al mundo y a sus problemas internacionales.

La quinta y última de las cuestiones económicas mundiales connotadas por la evolución comunitaria en 1989 es la que se refiere a la actitud conciliadora que la Comunidad ha adoptado en relación a las relaciones Norte-Sur en el seno de varios organismos internacionales o en el desarrollo de ciertas conferencias internacionales en que la actitud de Estados Unidos y de Japón parece estar más decantada hacia posiciones más estrictamente de mercado y más alejadas de lo que podríamos denominar los postulados de un Nuevo Orden Económico Internacional. El hecho, empero, de la diferente adscripción de los Doce a grupos diversos a la hora de definir el Directorio Ejecutivo del Fondo Monetario Internacional (con, por ejemplo, España incluida en un grupo con países Latinoamericanos endeudados) hace que no siempre la Comunidad pueda tener por el momento, actitudes globales homogéneas con una igual posición de todos sus estados miembros.

¿Hasta qué punto esta cuestión se vería modificada si Turquía (cuyo dictamen sobre su demanda de adhesión se ha entregado en diciembre), Austria (con solicitud de adhesión presentada el 19 de julio) u otros países ingresan en la Comunidad Europea en un futuro? Hoy ya nadie duda de que la polémica ampliación/profundización de la Comunidad no es, en absoluto, banal.

Algunos temas nuevos de economía internacional

Si, hasta aquí, el balance de la economía mundial a lo largo de 1989 y sus perspectivas para 1990 ha hecho énfasis en las cuestiones tradicionales macroeconómicas e institucionales que son el tema central de análisis de

las evaluaciones periódicas efectuadas por los expertos del Banco Mundial, del Fondo Monetario Internacional, del GATT y de otros organismos: desequilibrios comerciales y de balanzas de pagos, desempleo, inflación, deuda externa, etc.; hay, también, otros temas que han empezado a tener un peso interesante en los análisis sobre el sistema económico mundial actual y sus perspectivas de futuro aún a pesar de tener, por el momento, un relieve todavía más político que económico.

El tema del medio ambiente y de la ecología ha alcanzado una importancia capital que viene atestiguada por el hecho de que 19 de los 56 puntos de la Cumbre Económica Occidental de este año (15.^a edición celebrada en París en julio) se refirieron a temas medioambientales y por el hecho de que este año se han convocado numerosas conferencias internacionales sobre la materia: protección de la capa de ozono (Londres, marzo), creación de la Agencia Europea del Medio Ambiente (propuesta Delors en enero), cumbre ecológica de La Haya (marzo) y planes quinquenales de protección de medio ambiente de Holanda y Alemania Federal o plan Bush (12 de junio) en idéntico sentido. Quizás el desastre ecológico del petrolero Exxon Valdés en las costas de Alaska o los cambios climáticos achacados al deterioro de la capa de ozono hayan motivado toda esta actitud que está destinada a tener consecuencias importantes en la adaptación de las maneras de producción y de explotación de nuestro ecosistema.

Un tema que de tener una importancia social y sanitaria indudable pasa ahora a tener una importancia como objeto de estudio de los analistas de las relaciones y la economía internacional es el del narcotráfico. Con unos ingresos brutos que se calculan entre los 300.000 y los 500.000 millones de dólares, la droga ha pasado a ser un producto de una importancia similar al petróleo en el contexto del comercio mundial. La campaña norteamericana contra la misma (con el espectacular final de la intervención anti-Noriega en Panamá) pone de relieve que este tema va a convertirse en mucho más importante en el futuro. Si el tema del medio ambiente fue el estrella en la XV Cumbre Occidental de París se habla, ya, que el de la droga tendrá este papel en la XVI Cumbre que va a celebrarse en Houston a mediados de 1990.

Conflictos regionales y desequilibrios periféricos: las nuevas fronteras del sistema internacional

Elvira SÁNCHEZ MATEOS
*Master en Relaciones Internacionales,
Johns Hopkins University, Washington.
Profesora de CIDOB.*

Marcando el fin de una década, 1989 ha sido un año tan rebotante de acontecimientos en Europa que casi hemos perdido de vista lo ocurrido fuera del sistema euro-atlántico. Los medios de comunicación no han contribuido, ciertamente, a ampliar el horizonte informativo y analítico en la esfera internacional. En definitiva, los medios no son más que la manifestación de una percepción del mundo crecientemente americano/eurocentrista.

Entre tanto, los conflictos en la periferia del sistema han seguido su propia dinámica. Mientras que parecen haberse puesto las bases para la resolución de algunos contenciosos internacionales, nuevos problemas han surgido y algunos temas permanecen en una cada vez más peligrosa situación de estancamiento, peligrosa puesto que esos estancamientos conducen, por lo general, a situaciones donde las posturas de las distintas partes tienden a radicalizarse.

Hace ahora algo más de una década se popularizó entre los estudiosos de la política internacional la noción de «arco de crisis», entendiendo por tal una línea de puntos que cruzaba el hemisferio sur y atravesaba las principales zonas de conflicto o previsible conflicto desde el África austral cruzando por el Cuerno de África y Oriente Medio, saliendo al Pacífico por Extremo Oriente y acabando en el istmo centroamericano. Los diez años pasados no han cambiado esa percepción geopolítica a la hora de analizar la problemática conflictual de la realidad internacional, salvo por la convicción de que las crisis son manchas de aceite que continuamente se extienden por todo el planeta. Esas varias zonas tienen difícilmente algo en común aparte de su no-pertenencia al llamado mundo desarrollado. Unas, como por ejemplo Oriente Medio y el África austral, son zonas muy ricas en recursos naturales y materias primas. Otras, como el Cuerno de África, se caracterizan por su extrema pobreza. Algunas por su sobrepopulación, como Extremo Oriente.

Del mismo modo que no existe una variable definitoria común, tampoco encontramos una casuística general a los conflictos de esas zonas. En el plano económico, los niveles de desarrollo de los diferentes países son dispares y siguen, en muchos casos, modelos distintos. En el plano político, toda una variedad de regímenes —desde la más férrea dictadura hasta incipientes democracias parlamentarias— no aportan datos comunes consistentes para explicar el hecho conflictual. Desde el plano militar, en diferentes conflictos hay implicados desde países con un potencial militar muy elevado hasta países con baja capacidad.

La intervención, directa o indirecta, de las grandes potencias en esos conflictos tampoco contribuyen en mucho al análisis. En un mundo que ha sido evaluado en función de la dinámica Este-Oeste, no supone ninguna gran aportación el afirmar que tanto Estados Uni-

dos como la Unión Soviética resultan implicadas en todo tipo de conflictos por su voluntad de proyección de poderío global, aun cuando muchos de ellos tengan su origen en problemas de índole regional.

Todos los países implicados en estos conflictos mantienen algún nivel de alianza bien con Estados Unidos, bien con la Unión Soviética, pero ello no ha significado que las crisis estallen por la pertenencia de estos países a «bloques» político-militares contrapuestos. De la misma manera, y aun cuando algunos países pertenecen a un mismo sistema de alianzas, ello no ha evitado el estallido de crisis entre miembros de esas alianzas.

Los conflictos de este gráficamente doble arco de crisis no son en ningún caso bilaterales, aunque puedan tener manifestaciones de tal índole en períodos de tiempo concreto. Así, el conflicto entre la República Sudafricana y Angola es una parte de un conflicto regional más amplio, la guerra entre Irán e Irak una manifestación de los desequilibrios de Oriente Medio, el problema de Camboya un contencioso entre los países del área y el problema centroamericano un asunto de definición de las relaciones con Estados Unidos a nivel regional.

Oriente Medio: una historia interminable

Los problemas de Oriente Medio nos recuerdan permanentemente la precaria estabilidad del sistema internacional, una de cuyas características es el constante desequilibrio de la periferia. Desde el mar Mediterráneo hasta Pakistán, una zona de inagotables focos de conflicto que parecen reavivarse periódicamente. Conflictos que tienen su origen no sólo en la búsqueda de un equilibrio regional por parte de las medianas potencias de ese subsistema, sino que encuentra sus raíces en fenómenos religiosos y estructuras sociales diferentes a las del mundo occidental difícilmente analizables desde una perspectiva geoestratégica.

Líbano sigue desde hace quince años inmerso en una guerra civil sin punto de retorno; si algún día la entidad política libanesa encuentra mecanismos con los que forjar una convivencia menos violenta que la actual, ello dará lugar, sin lugar a dudas, a un tipo de sociedad distinto del que conocimos hasta 1975.

A diferencia de lo ocurrido con otros muchos conflictos, los doce meses de 1989 estuvieron repletos de acontecimientos en este microcosmos conflictual que es el territorio libanés. Maraña política, entramado de intereses particulares, Líbano se ha convertido en uno de los ejemplos más «perversos» para el estudioso de la teoría del Estado moderno. Desde nuestro prisma político y cultural, no es por tanto de extrañar que poco o casi nada sea entendido cuando se intentan comparar

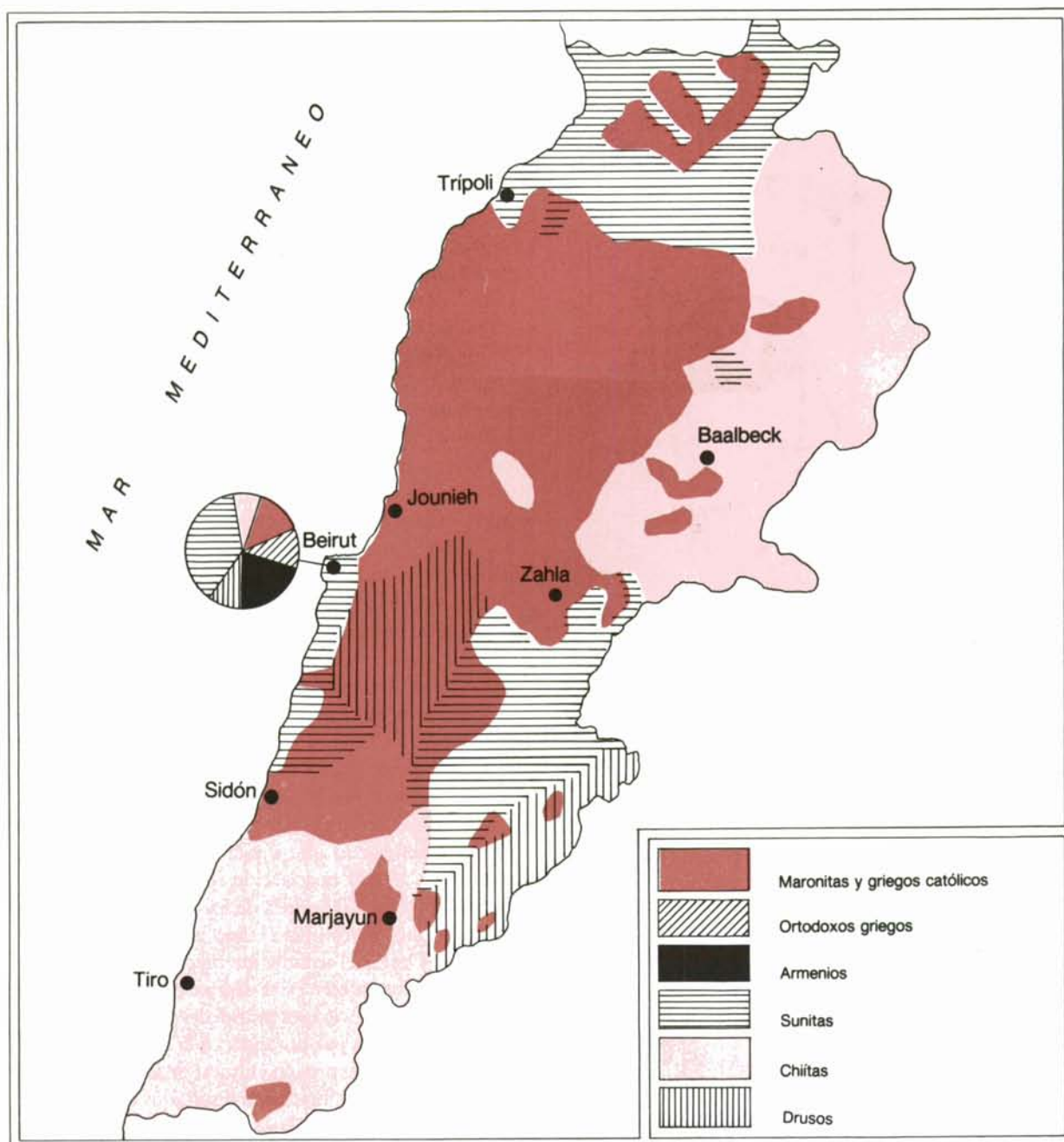
estructuras sociales propiamente europeas con otras que ni por religión ni por cultura política nos son próximas.

El trágico año libanés comenzaba con un desequilibrio añadido a los muchos que existen en el país: la constatación de que el Estado no tenía Presidente pero sí dos Primeros Ministros. La ruptura, por parte de Michel Aoun, de un pacto de distribución de poder siguiendo líneas sectarias, que duraba más de cuarenta años (quizá el único acuerdo que había sobrevivido en todos estos años) y el reto de primavera —la decisión de Aoun de expulsar a las fuerzas sirias del territorio libanés— marcó un punto de inflexión en la historia libanesa que, de momento, tan sólo ha representado más dolor y más muertos para las diferentes comunidades.

Los países árabes, como siempre ha sucedido en el caso libanés, reaccionaron tarde y mal. Las tareas de mediación de la Liga Árabe, lideradas por Arabia Saudí y plasmadas en el Acuerdo de Taif, supusieron un precario arreglo, por lo que significaba de retorno a las viejas fórmulas de compromiso entre las sectas. Pero Líbano ya no es lo que era y los tradicionales señores de la guerra —aquellos representados en el mermado Parlamento libanés— han perdido, salvo extrañas excepciones, la mayor parte de su poder secular a manos de nuevos líderes sin ligaduras que les aten al pasado del país. Tal vez el único arreglo posible era reutilizar la fórmula que puso fin a la guerra civil de 1958 y modelar a un nuevo Chihab (encarnado en la persona de Muawad) capaz de poner al país en marcha. Pero en un país en que el Estado no ostenta desde hace mucho el monopolio de la violencia, ésta cayó también sobre esas precarias instituciones que Muawad podía haber hegemonizado. El asesinato del nuevo Presidente fue la consecuencia dramática de esa situación. El nuevo Presidente Haraui no ha conseguido hacerse con el control del país, ni siquiera arrebatarse los poderes a M. Aoun. Mientras que la solución de partición aparece como política y económicamente insostenible, Líbano continúa su autodestrucción.

La lucha entre las dos principales y enemigas facciones shííes —Hezbollah y Amal— marcó el fin del año. Una fuerza de interposición compuesta por milicias de la OLP ha intentado, con éxito parcial, separar a los contendientes, pero el conflicto amenaza con no apaciguarse en el futuro. Esas facciones responden a fines políticos diferenciados, aunque el tronco religioso sea común, y su lucha bien pudiera desestabilizar aún más el delicado equilibrio en el sur libanés.

Ante una frontera norte poco segura, Israel no permanecerá con los brazos cruzados. Cuando ya se han cumplido dos años de Intifada en la franja de Gaza y en Cisjordania, donde habitan más de un millón y medio de palestinos, el gobierno israelí sigue teniendo en sus manos una «patata caliente». La aceptación por parte



Libano. Areas de concentración de las comunidades mayoritarias (estimación aproximada)

de una de las facciones más importantes del movimiento palestino —la OLP— del derecho a existir de Israel y su renuncia al terrorismo para conseguir objetivos políticos —para ejercer presión sobre los países que mantienen un cierto grado de influencia sobre los decisores israelíes— sirvió para que Estados Unidos y la OLP

formalizaran un diálogo diplomático de cara a negociar el futuro de los palestinos en los territorios ocupados. Sin embargo, aunque Hussein renunció a sus derechos sobre el territorio que Jordania se había anexionado en 1951 —la ribera occidental del río Jordán—, todos esos avances tan sólo han conseguido que, por parte israelí,



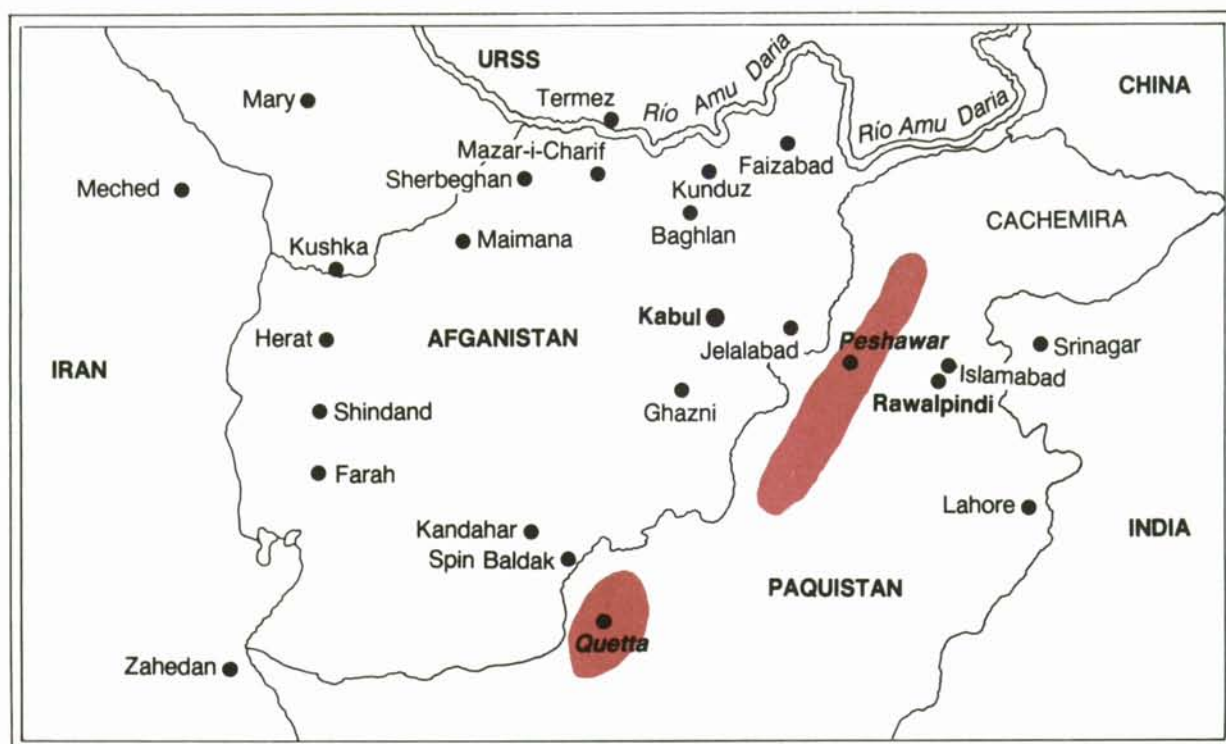
Enclaves de Gaza y Cisjordania

se haya aceptado la iniciativa de efectuar elecciones para un futuro autogobierno palestino en los territorios ocupados. Sin calendario, sin contenidos claros (¿se permitirá un Estado palestino y con qué atribuciones?), sin definirse el contertulio adecuado para las negociaciones (¿la OLP será la fuerza hegemónica, o lo será otro grupo político palestino, teniendo en cuenta que Yihad Islámica y los Hermanos Musulmanes ocupan un lugar cada vez más relevante en la organización de la sociedad civil en los territorios ocupados?), sin consenso político interno (destacados miembros del actual gobierno, como Sharon, se oponen a la creación de un estado palestino), la situación provocada por la Intifada palestina ha venido a demostrar que Israel no puede acabar con el levantamiento con medidas policiales —tan sólo puede causar un cada vez más alto número de víctimas civiles (varios cientos ya) entre la población— y que la solución política al problema está lejos de ser inmediata.

La resolución del conflicto de Oriente Medio parece hallarse en un doloroso «impasse» que puede dar paso a una nueva fase en el problema arabo-israelí, el centro de tensiones por lo que a esta zona se refiere. Hasta hace pocos años la negociación fue imposible debido a la falta de voluntad política de los líderes de la región y la percepción del conflicto como una parte de la división Este-Oeste del sistema internacional. Cuando esos impedimentos parecen estar desapareciendo y la aspiración de los grandes líderes mundiales tiene como objetivo el logro de una paz duradera en la región, el lenguaje político, como expresión cultural de los pueblos, está abriendo una nueva brecha de resultados poco esperanzadores. El peligro de islamización del conflicto arabo-israelí, en su subproducto palestino, y del gran problema regional que representa la «pesadilla» libanesa amenaza con erigir nuevos muros en el sistema internacional, quien sabe si de resultados más devastadores que los muros ahora finalmente derrumbados.

Afghanistan, una situación bloqueada

Tras el fin de la guerra entre Irán e Irak, cuando apenas empezamos a ser conscientes de los horrores



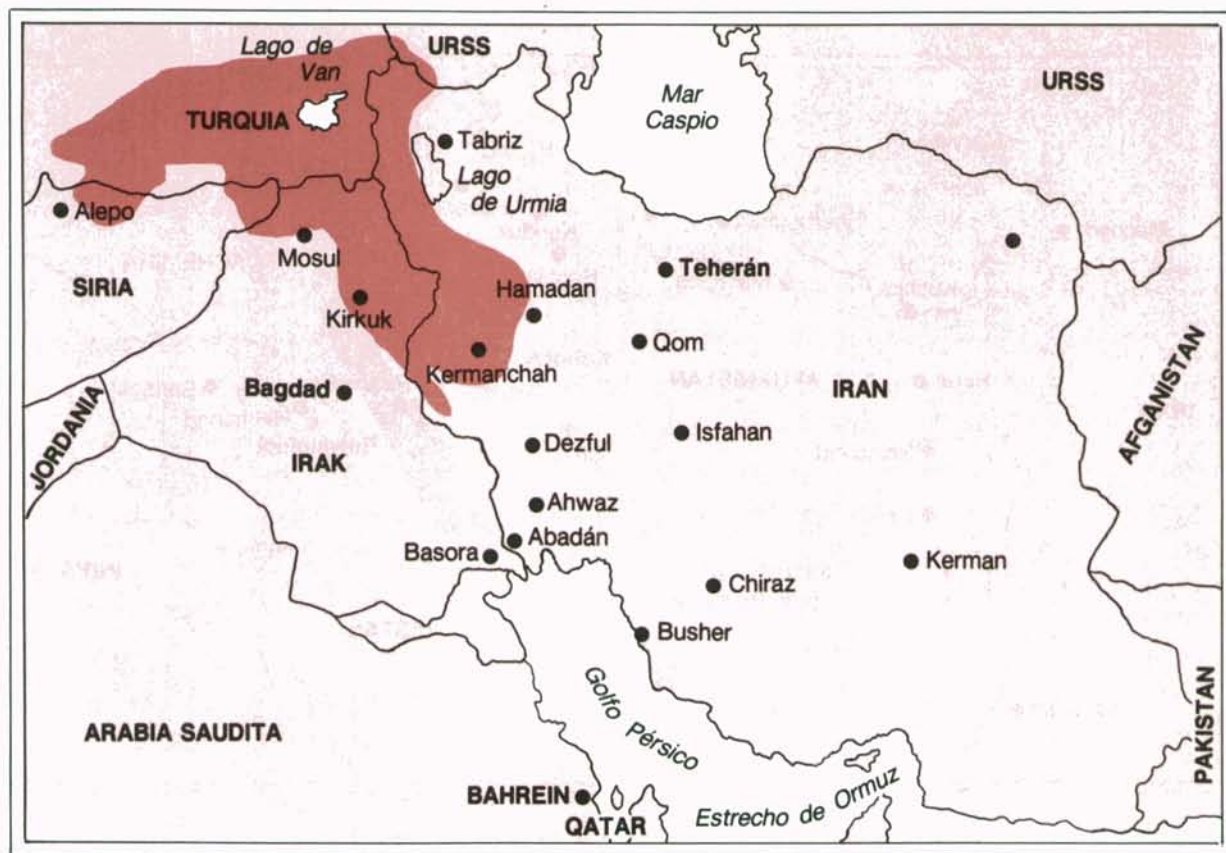
Campos de refugiados afganos, situados en territorio paquistaní, próximos a la frontera con Afganistán.

provocados por la utilización de armas químicas y de las matanzas llevadas a cabo, en medio de la coartada provocada por la situación bélica, contra el norte kurdo, los países del Golfo e Indico han dejado de ser el centro de atención de los analistas internacionales. Sin embargo, la realidad de las difíciles relaciones interestatales y la aparición de nuevos focos de tensión a nivel mundial no debieran ocultar el hecho que la guerra Irán-Irak ha concluido con un cese de hostilidades, un alto el fuego, y nada más. El año comenzó y terminó sin concluir ni un intercambio de prisioneros, ni un acuerdo sobre la soberanía de la zona en litigio (el estrecho de Chatt el Arab) ni una definición jurídica del agresor, cuestión ésta tanto más importante cuanto que concreta quién paga las reparaciones de guerra.

Mientras Iraq refuerza su potencial como una de las primeras potencias militares de la región e Irán vive inmerso en las convulsiones provocadas por la muerte de Jomeini, el conflicto de Afganistán permanece sin que nada ni nadie parezca ser capaz de alterar el cenagoso estancamiento en que vive este país.

Todas las predicciones señalaban hacia una derrota gubernamental tras la retirada del país de las fuerzas soviéticas. Ahora, sin rusos en Afganistán, no sólo no ha terminado la guerra civil, sino que las guerrillas afganas han demostrado ser incapaces de quebrantar la hegemonía del gobierno de Kabul, e incluso de finalizar con éxito el largo asedio de Jallalabad.

Si bien tanto Estados Unidos como la Unión Soviética han seguido prestando de forma moderada ayuda militar a los dos grandes sectores enfrentados, la continuidad de la guerra civil no puede atribuirse a su intervención. La llamada resistencia afgana es un conjunto de grupos caracterizados por su atomización; existen más de 6.000 comandantes de diversos orígenes, mientras que el poder político está repartido entre los siete partidos principales de Peshawar, cuatro de ellos fundamentalistas y tres tradicionalistas. La dispersa dirección militar no deja el suficiente poder a los partidos políticos para que se genere una alternativa viable al gobierno de Kabul. Y los jefes militares no han logrado edificar el suficiente consenso militar para mejorar sus



Zonas de población kurda

posiciones estratégicas, como el caso de Jallalabad ilustrada. Con referencia al gobierno de Kabul, y pese a su inicial impopularidad, se viene apreciando una mejora de posiciones debido al cambio de estructuras sociales producto de la guerra (creciente evolución de sociedad rural a sociedad urbana) que ha aumentado el campo de influencia de la autoridad central. Sin embargo, ni el gobierno ocupa una posición hegemónica en el país ni tampoco las guerrillas son capaces de controlar el territorio.

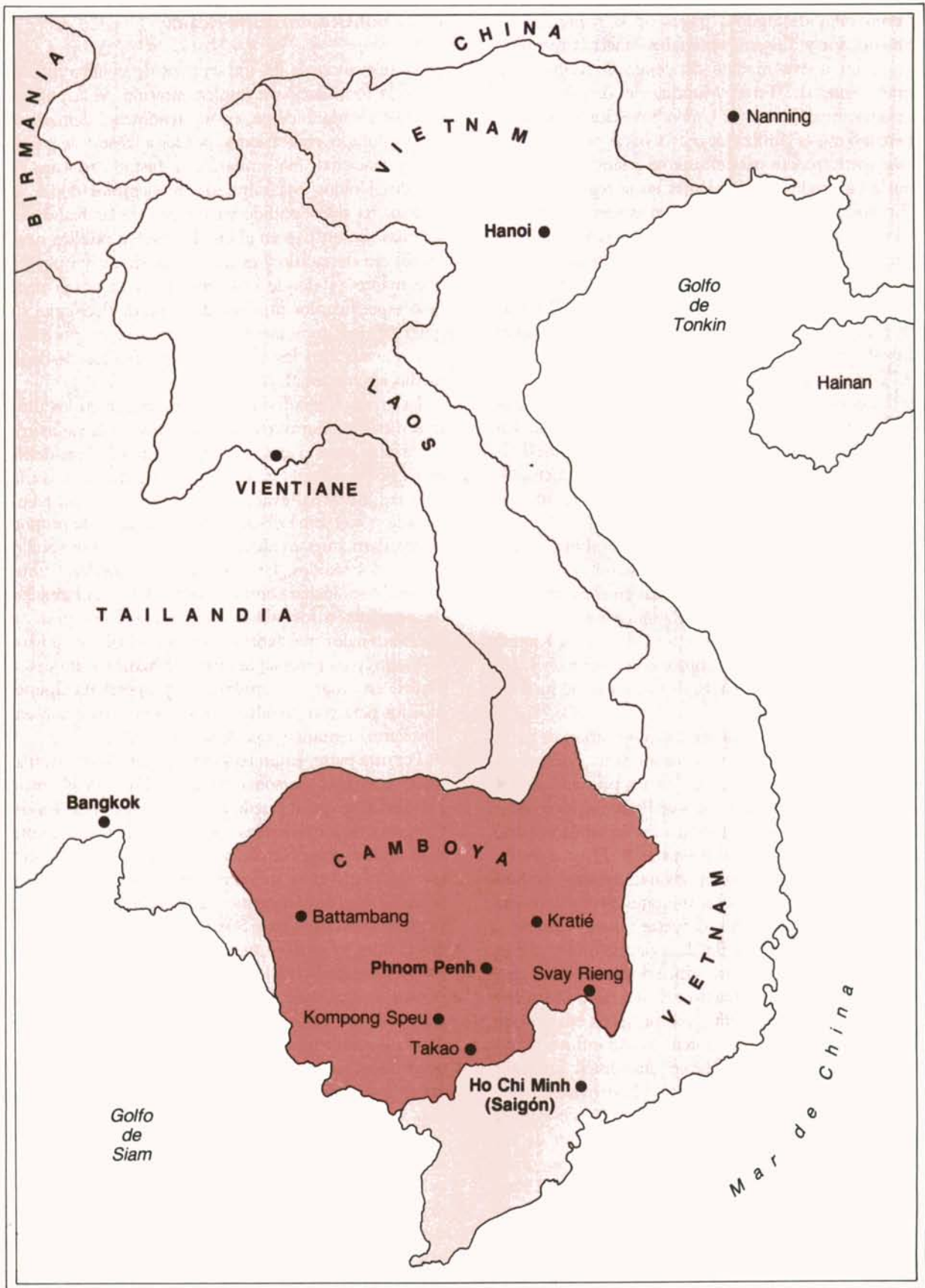
Por parte de Irán y Pakistán, los dos grandes vecinos de Afganistán, las políticas apuntan a una continuada intervención en el conflicto. Irán, aún inmerso en su propia problemática, sigue apoyando a la minoría shíi afgana, muy débil para hacerse con el poder, pero suficientemente importante para alcanzar una cierta capacidad de bloqueo ante iniciativas que le resulten poco satisfactorias políticamente. Para Pakistán, la situación se ha definido, desde el acceso al poder de Benazir Bhutto, por un tipo de política dual: por una parte, el gobierno está interesado en mantener la estabilidad política a medio plazo, lo cual tendría como consecuencia un declive en la ayuda a la guerrilla afgana y una solución global al problema que acabara con la situación planteada con los más de tres millones de

refugiados afganos. Pero, por otra parte, los partidos religiosos mantienen la línea política de Zia, ayudando a los fundamentalistas afganos.

Todos estos datos apuntan a una difícil y lenta solución al conflicto, que, si bien hasta ahora ha podido ser restringido a los límites fronterizos del país, puede amenazar, en el caso de un brusco giro en los acontecimientos, con desestabilizar toda la región. Como el caso de Oriente Medio ejemplifica, la voluntad de las grandes potencias mundiales no basta para poner punto y final a conflictos de origen local y cuyos métodos de solución han de ser formulados a nivel regional.

El conflicto camboyano y la lucha por la hegemonía en el Sudeste Asiático

Como ocurrió con casi todas las zonas de conflicto en el mundo, 1989 tampoco fue un buen año para el



Sudeste Asiático. Hasta hace pocos meses, las florecientes economías de algunos países de la región, como Corea del Sur y Taiwan, apuntaban hacia la formulación de un nuevo modelo de desarrollo viable para algunos países del Tercer Mundo, y el deshielo en las relaciones entre China y la Unión Soviética, tal y como se percibió tras la cumbre de mayo, hacía pensar en una nueva «perestroika» para el sistema asiático que pusiera fin a las rivalidades existentes en la región.

Sin embargo, y mientras que la tendencia inflacionista y de desaceleración del crecimiento económico hacen tambalearse el incipiente modelo económico representado por algunos países del área, la involución interna en China que siguió a las matanzas de Tiannamen puso en cuarentena las esperanzas de resolución del conflicto en esa zona del planeta.

El caso de Camboya constituye un claro ejemplo de cómo los enfrentamientos entre dos grandes países —China y la URSS— y entre los aliados de éstos pueden provocar o agravar las crisis de terceros países. En definitiva, el problema de Camboya refleja en su microcosmos cómo el sistema del Sudeste Asiático no responde a los intereses de los Estados del área.

Vietnam ha estado presente en Camboya desde 1978, cuando su fuerza militar expulsó del poder a Pol Pot y a los Kjmers Rojos para instalar en el mismo a un gobierno comunista aliado de Hanoi. A los pocos meses, merced al apoyo brindado por China a los Kjmers Rojos, se reavivó un cruento proceso de guerra civil que la reciente retirada vietnamita de Camboya no ha conseguido finalizar.

Las tentativas para alcanzar un compromiso de pacificación en el país no se han consolidado. Las cuatro partes implicadas en el diálogo de los primeros meses de este año —las Conversaciones de París— se mostraron incapaces de alcanzar una fórmula resolutoria aceptable para todos: el gobierno comunista de Phnom Penh, Sihanuk, los Kjmers Rojos y los nacionalistas de Son Sann. Las últimas ofensivas militares protagonizadas por los Kjmers Rojos, en una fuerte posición militar y con apoyo chino, con el fin de alcanzar una posición negociadora más ventajosa amenazan, sin embargo, con provocar el estancamiento del diálogo político entre las partes, situación tanto más peligrosa cuanto que China, una de las grandes potencias con influencia sobre las partes, está colocada en una difícil situación internacional que la hace situarse a la defensiva.

Como se ha apuntado en el resto de los conflictos, una pronta solución mediante la consecución de un compromiso que prometa estabilidad a medio plazo está lejos de ser inmediata. La implementación del Plan Evans, con intervención de Naciones Unidas, pudiera, quizá, construir las bases de esa estabilidad. De momento, sin embargo, el sistema regional y el alineamiento de fuerzas e intereses no han sido rediseñados.

América Central como patio trasero de la política norteamericana

La relevancia de los imperativos de política interna sobre la formulación e implementación de la política exterior estadounidense es un fenómeno demasiado poco valorado, en ocasiones, por los analistas de política internacional. Sin embargo, la historia reciente de Estados Unidos está salpicada de ejemplos donde lo exterior ha sido decidido en función de las realidades internas. En un país en el que la opinión pública tiene un rol tan destacado y es tan tenida en cuenta por los gobernantes, y donde lo internacional tiene tan poco peso específico, los procesos de toma de decisiones siguen caminos muy intrincados que, a veces, poco tienen que ver con los objetivos identificados desde el medio internacional.

La invasión estadounidense de Panamá en los últimos días de diciembre responde, entre otras varias cosas, a esas necesidades de política interna a un doble nivel. Por una parte, la sociedad norteamericana, como sociedad industrial avanzada, está cada vez más preocupada por el tema de consumo de drogas, de proporciones alarmantes en algunas ciudades y grupos sociales de Estados Unidos. Un presidente que declara, como medida para luchar contra el narcotráfico, su intención de penalizar a los laboratorios y empresas químicas internacionales que fabrican productos que luego son utilizados para procesar la sustancia natural pura y convertirla en droga consumible, nos proporciona algunos indicios para comprender cómo son vividos y analizados ciertos fenómenos en Estados Unidos.

Por otra parte, en un país donde el grado de popularidad e imagen personal de un político es el mejor indicativo de quién puede ganar las elecciones (las del Congreso están próximas), los gobernantes acostumbran utilizar golpes de efecto que incrementen o produzcan popularidad en momentos determinados. Reagan utilizó golpes de efecto con referencia al tema del terrorismo internacional tal y como es percibido desde Estados Unidos: triunfó en su acción militar contra Libia, y mejoró su popularidad. Carter utilizó esa misma política ante el fenómeno de la revolución islámica en Irán: fracasó en el intento de liberar los rehenes de la embajada estadounidense en Teherán, y pagó, por ello y por otras cosas, un alto precio político. Bush ha utilizado esa misma política en su intento de demostrar que su país sigue siendo un buen gendarme mundial y guardián de los mejores valores de la civilización occidental, ante una opinión pública decepcionada de su poca capacidad de iniciativa: invadió Panamá y capturó a Noriega, mejoró su imagen a nivel doméstico y compitió con Gorbachev en las portadas de la prensa internacional.

Al margen de esa realidad, y manteniendo en el

horizonte el delicado asunto de la hegemonía sobre el Canal, la invasión estadounidense de Panamá, todavía sin un balance oficial de muertos y heridos, ha puesto de nuevo en evidencia que Washington sigue manteniendo una aproximación militar a un problema esencialmente político, sin desarrollar una verdadera estrategia política y reposando, cada vez más, sobre las ventajas que proporciona una victoria militar o medidas de la misma naturaleza como fórmula para solventar las crisis.

Si bien es prematuro evaluar las consecuencias de la intervención norteamericana en el precario sistema del istmo centroamericano, el análisis apunta a un empeoramiento de la situación. El año comenzaba con la precumbre de Caracas y los buenos presagios de la Cumbre de El Salvador y la Declaración de Costa del Sol: con el logro de concesiones unilaterales por parte de Nicaragua (democratización) y de Honduras (no permitir el uso de su territorio para agredir a otros Estados), se vislumbraba un futuro de esperanza tras el impasse del Plan Arias y los escasos resultados alcanzados por Esquipulas II. Además, se celebraban elecciones presidenciales en Honduras, Guatemala y El Salvador.

Pero la victoria de Cristiani en El Salvador, candidato de ARENA (Alianza Republicana Nacionalista), señalaba a un posible recrudecimiento de la guerra civil que asola el país desde hace más de diez años. En efecto, la ultraderechista ARENA ha conseguido conquistar el poder mediante la presentación de candidatos moderados, pero carece de programa para finalizar la guerra. En ausencia de centro político en el país, la radicalización del FMLN (Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional) sólo podía conducir a un recrudecimiento de la guerra que, si bien no se ha saldado con la victoria de una de las dos partes, ha provocado centenares de muertos civiles.

Estados Unidos sigue midiendo con una regla equivocada los problemas del área. En espera de los resultados de las próximas elecciones en Nicaragua, y con indicios de que el famoso «síndrome de Vietnam» es cada vez una variable menos importante a considerar por los decisores norteamericanos, el futuro de la región sigue teniendo unas muy discretas perspectivas de pacificación.

De Eritrea a Namibia: los desheredados del continente africano

La guerra de Eritrea se inició hace veintiocho años cuando el gobierno etíope decidió poner punto y final a la autonomía de la provincia, condición bajo la que

administró el territorio desde 1950. El problema eritreo es uno más de los flecos pendientes en el proceso de descolonización que siguió a la Segunda Guerra Mundial, y la nueva y radical República de Etiopía fundada en 1987 ha mantenido una política de anexión, basada en las soluciones militares, similar a la de Haile Selassie.

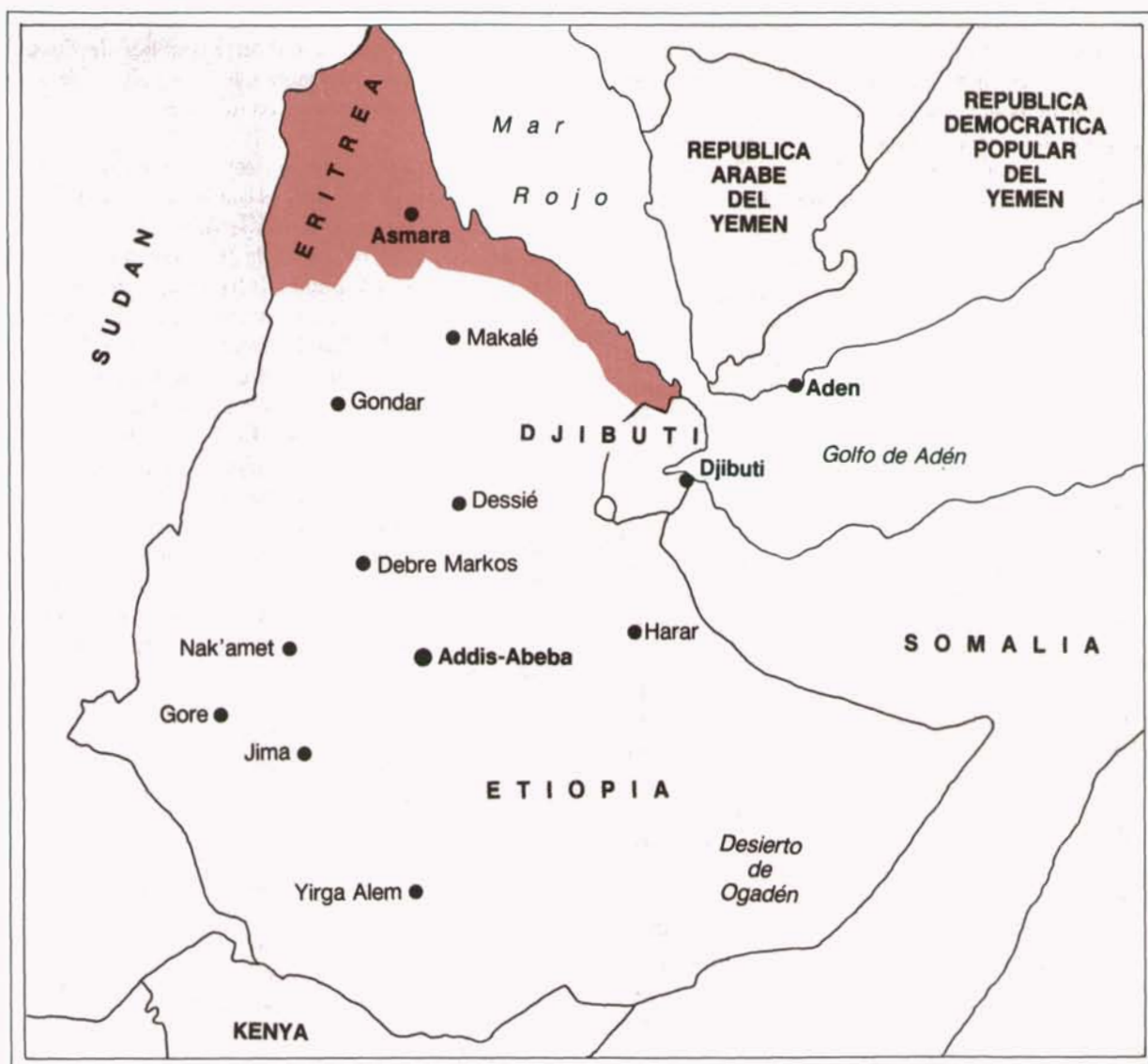
El problema de Eritrea, así como, por ejemplo, el del Sahara, es uno de los muchos conflictos olvidados en el continente africano; la tierra de Africa, diezmada por los desequilibrios producto de la descolonización, pobre en recursos, moribunda de hambre, de miseria y de despreocupación, va a enfrentarse a un nuevo milenio sin ninguna posibilidad de incorporarse a la veloz marcha del llamado sistema internacional. Con mucha diferencia, los países africanos son los que menos posibilidades tienen de integrarse. El Tercer Mundo es un conjunto de muchos submundos en el que Africa está colocada en la última esquina del sistema.

Junto al problema eritreo, otro de los grandes subproductos africanos fruto del desentendimiento de los colonizadores europeos es el problema de Namibia. El caso no es decididamente más doloroso que otros muchos, pero sus particularidades —los intereses económicos, la implicación de las grandes potencias y la necesidad de compartimentar el gran problema africano que representa el régimen de la República Sudafricana— han jugado a favor de la generación de una voluntad política internacional que dispusiera lo necesario para solucionar el conflicto.

Los pocos habitantes de Namibia votaron en noviembre de 1989 a favor de un plan de descolonización propiciado por Naciones Unidas que permitirá la celebración de elecciones en los próximos meses, elecciones en las que muy probablemente resultará elegido presidente del nuevo Estado Sam Nujoma, el líder de SWAPO (Organización de los Pueblos del Sudoeste Africano).

El territorio de Namibia (una extensión similar a la de Francia y la República Federal de Alemania juntas, pero con una población cinco veces menos que la francesa, de la que apenas ochenta mil personas son de raza blanca) ha estado administrado por la República Sudafricana desde el fin de la Primera Guerra Mundial. Aparte de explotar sus ricos recursos naturales, Sudafrica ha utilizado el territorio como plataforma de lanzamiento de ofensivas militares tanto contra territorio angoleño como contra las bases del ANC (Congreso Nacional Africano) en la propia Namibia y en Angola.

Bajo la iniciativa de Naciones Unidas, que ha renovado parcialmente su rol en la regulación de conflictos regionales, y con el visto bueno de Estados Unidos, de la Unión Soviética y de los Estados de «primera línea» (Botswana, Zimbabwe, Mozambique, Zambia y Tan-



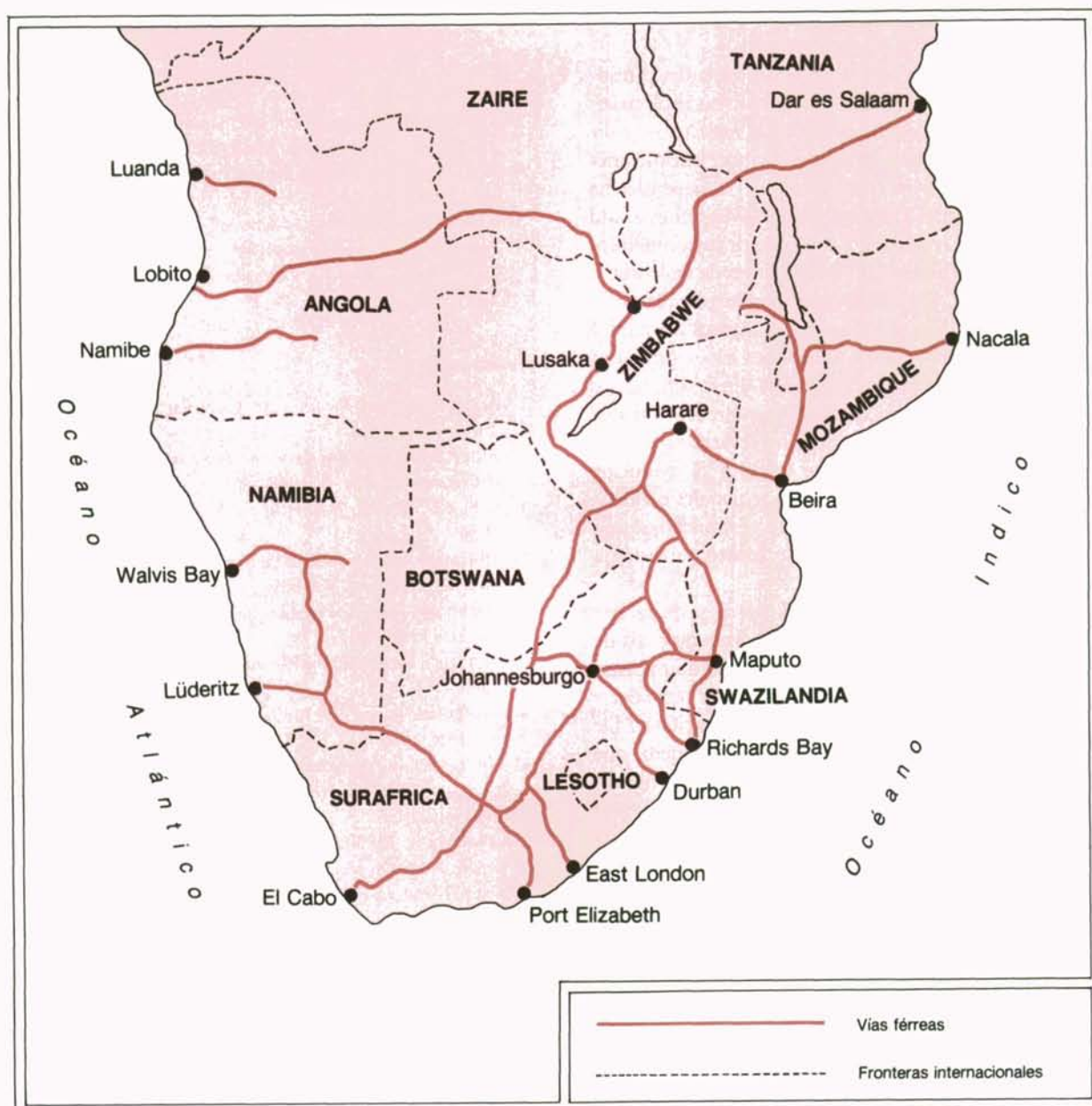
Localización de Eritrea

zania) fue posible un acuerdo entre Sudáfrica, Angola y Cuba que, si bien utilizó a Namibia como moneda de cambio, hizo posible la apertura de nuevas perspectivas pacificadoras en la región. Por ese acuerdo, las partes se comprometían a repatriar los cincuenta y cinco mil soldados cubanos presentes en Angola, a dismantelar las bases del ANC y a descolonizar Namibia.

La Comisión de Seguimiento formada por Estados Unidos y la Unión Soviética con respecto a estos acuerdos y la labor de supervisión realizada por Naciones Unidas, con el apoyo de más de siete mil «cascos azules» parecen haber garantizado un progreso ordenado hacia la resolución del conflicto. Pero, además, la evo-

lución de los acontecimientos en Sudáfrica y Namibia definió las premisas necesarias para que fuera posible alcanzar un compromiso estable.

Desde 1975, cuando el MPLA (Movimiento Popular para la Liberación de Angola) de Dos Santos se instala en el poder incumpliendo el compromiso de celebrar elecciones, Angola ha vivido un estado de guerra civil. Una guerra que ha enfrentado, por una parte, al gobierno, con el inmediato apoyo militar de Cuba, y, por otra, a la guerrilla de UNITA (Unidad Nacional para la Independencia Total de Angola) liderada por Savimbi y eventualmente apoyada por Sudáfrica. El conflicto se trasladó muy pronto a Namibia, por la



Africa Austral

necesidad de una base territorial suficiente y por ser ésta una zona controlada por Sudáfrica. Por tanto, el acuerdo que ha hecho posible el fin de la colonización de Namibia también ha terminado con la intervención extranjera en la guerra civil, y puesto las bases para un futuro acercamiento entre UNITA y el MPLA.

Está por demostrar que la resolución del tema de Namibia signifique el principio del fin del régimen de *apartheid* en Sudáfrica. Sin embargo, el tímido acercamiento de los últimos meses entre el gobierno sudafricano y algunos líderes del ANC, junto con la dimisión de Botha y la subida al poder de De Clerk, parece apuntar hacia un cambio en la actitud del Partido Na-

cional de Sudáfrica con respecto al tema del *apartheid* y a una fase de prenegociación en el problema sudafricano.

Todavía es pronto para evaluar las consecuencias de todos estos hechos. Quedan pendientes las elecciones en Namibia, y la evolución interna en Angola y en Sudáfrica. Si las iniciativas diplomáticas en curso concluyen con éxito, tal vez asistiremos a una reformulación de las relaciones interestatales en África austral. Sin embargo, las prerrogativas que se reserva Sudáfrica con respecto a Namibia (como por ejemplo los derechos sobre Walvis Bay, único puerto natural del litoral namibio) van a lastrar, sin lugar a dudas, las capaci-

des del nuevo Estado, su viabilidad y su autonomía de acción.

El relativo éxito de las fórmulas utilizadas en la resolución de algunos conflictos —las iniciativas diplomáticas de Naciones Unidas, las tareas de mediación realizadas por las grandes potencias y por instituciones supranacionales, la intensificación de la dependencia económica— señala la posibilidad de evitar el estallido de algunas crisis o de congelar conflictos cuya dinámica amenaza con perpetuar niveles crecientes de violencia.

Sin embargo, el gran problema que plantea cualquier conflicto regional es que los márgenes de manobra para negociar posibles soluciones están limitados por la voluntad política de los actores. En definitiva, los mecanismos de solución de conflictos tan sólo pueden reflejar la realidad política, pero no crearla.

Los acontecimientos del año 1989 y la evolución seguida por los distintos problemas regionales comienzan a apuntar, sin pecar de excesivo pesimismo, a una redefinición de las bases en que se sostiene el sistema internacional.

Al margen de lo ocurrido en Europa, y quizá por ello, las líneas definidas por ese doble arco de crisis de que se hablaba al principio de este comentario marcan, de una forma aproximada, los puntos de contacto entre los distintos subsistemas del medio internacional. De ello se derivan dos aspectos importantes. Primero, que la diferenciación entre Norte y Sur se acentúa progresivamente, y no sólo en el nivel económico, sino en el cultural y político. Segundo, que la división entre mundo cristiano y mundo islámico, entre lo «civilizado» y lo «bárbaro», resurge con fuerza al iniciarse el desmantelamiento de la estructura Este-Oeste.

Que ello sea así quedará despejado en esta década que acaba de comenzar y dependerá, en buena medida, de los esfuerzos que se realicen en materia de cooperación y de la voluntad política de gobernantes y gobernados. En todo caso, la burbuja de bienestar representada por el mundo euro-atlántico no permanecerá inalterada ante las convulsiones de la periferia.

BIBLIOGRAFIA

África

- C. COKER; *The US and South Africa, 1968-1985*, Duke University Press, 1986.
C. A. CROKER; «Southern Africa: eight years later», *Foreign Affairs*, Otoño 1989.

- J. HANLON; *Apartheid's second front: South Africa's war against its neighbours*, Penguin Books, 1986.
E. J. KELLER; *Revolutionary Ethiopia: from Empire to People's Republic*, Indiana University Press, 1989.
Mengistu Haile, MARIAM; «Ethiopie: l'unité introuvable», *Politique Internationale*, Invierno 1988/89.
P. MAYER; «Fin de partie en Afrique australe», *Politique Etrangère*, 1/1989.
Sam NUJOMA; «La Namibie à l'aube de l'indépendance», *Politique Internationale*, invierno 1988/89.
I. W. ZARTMAN; *Ripe for Resolution*, Oxford University Press, 1985.

Oriente Medio

- F. AJAMI; *The Arab Predicament*, Cambridge University Press, 1981.
M. AKBAR; «Revolution and Counterrevolution in Afghanistan», *Journal of Contemporary Asia*, 4/1988.
J. A. BILL C. LEIDEN; *Politics in the Middle East*, Little Brown, 1984.
G. CHALIANID; «Remarques sur l'intervention soviétique en Afghanistan», *Stratégique*, 2/1989.
P. GINIEWSKI; «Etat de Palestine, an I», *Politique Internationale*, Invierno 1988/89.
G. GOTTLIEB; «Israel and the Palestinians», *Foreign Affairs*, Otoño 1989.
«Le conflit Irak-Iran, 1979-1989», *Notes et études documentaires*, n. 4.889, 1989.
«Liban. Les défis du quotidien», *Magreb-Machrek*, n. 125, 1989.
J. PISCATORI; *Islam in a world of nation-states*, Cambridge University Press, 1986.
I. RAVINOVICH; *The War for Lebanon, 1975-1985*, Cornell University Press, Ed. rev., 1985.
S. WALT; *The Origin of Alliances*, Cornell University Press, 1987.

América Central

- B. M. BAGLEY (Ed.); *Contadora and the diplomacy of peace in Central America*, Westview Press, 1987.
A. DESTEXHE; «Washington: une nouvelle politique centro-américaine?», *Politique Internationale*, Invierno 1988/89.
W. LAFEVER; *Inevitable Revolutions. The United States in Central America*, Norton & Company, 1984.
R. S. LEIKEN & B. RUBIN; *The Central American Crisis Reader*, Summit Books, 1987.

Sudeste Asiático

- F. JOYAUX; «Vers un nouvel équilibre international en Extrême-Orient», *Politique Etrangère*, 1/1989.
R. A. MANNING; *Asian Policy: the new Soviet challenge in the Pacific*, Priority Press, 1988.

Los procesos de reforma en la Europa del Este

Jacques SAPIR

*Profesor de Ciencias Económicas,
París X - Nanterre.*

Profesor en la Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales.

Después de la muerte de Stalin, Europa del Este ha desempeñado dos papeles muy distintos en la historia del sistema soviético. Ha sido un lugar de revueltas, a veces dramáticamente ahogadas en sangre, como de 1953 a 1956, y después de 1968 a 1982, en Checoslovaquia y, sobre todo, en Polonia. También ha sido un lugar de experimentación, trátase de reformas económicas (en Hungría y Checoslovaquia, incluso la RDA en donde se probó la idea de uniones industriales) o de la apertura a los intercambios con los países occidentales. Si bien es cierto que los soviéticos han intervenido, como en Checoslovaquia, para detener algunos experimentos, siempre han intentado sacar una lección de éstos.

Al mismo tiempo y por culpa de la dominación soviética, Europa del Este aparecía como una realidad unificada, cosa que no era ni fue nunca. Al amparo de una referencia geográfica muy vaga (¿el «Este» de qué?), se remitía implícitamente al modelo soviético en tanto que característica homogeneizadora. No cabe duda de que dicho modelo fue una realidad.¹ Sin embargo, no se podía negar eternamente la diversidad de las historias políticas, económicas y culturales de los países que componen esta entidad. Esta ya se hacía notar en las formas y vías tanto de las revueltas como de las reformas. De ahí que la unicidad del modelo soviético fue realidad en un período corto (a condición de no perder de vista que el modelo se modificaba a medida que era aplicado del mismo modo que el país al que era destinado) mientras que la diversidad remitía a esas tendencias innegables pero a largo plazo.

La noción misma de modelo soviético podía recubrir lógicas distintas. Desde luego se procedió a instalar cuadros políticos (Partido único) y económicos (la Economía Movilizada*) directamente inspirados de la Unión Soviética. Simultáneamente Europa del Este debía ser concebida como una zona de seguridad estratégica, como las posiciones avanzadas del Imperio. Aunque la idea de Periferia fue legítima para entender la dinámica de las revueltas y de las reformas, su límite residía en que polarizaba la atención sobre las interacciones con un Centro. Y sin embargo el binomio Centro-Periferia no alcanza a dar cuenta totalmente de la situación de la Europa del Este. La idea de zona de seguridad o de posición avanzada puede indicar mejor la presencia de influencias externas, pues estos países, como toda frontera, se encontraban constantemente expuestos a las influencias económicas y culturales de una Europa occidental, ella misma en plena mutación.

1. W. BRUS, *Histoire économique de l'Europe de l'Est*, La Découverte, París, 1986.

* Concepto utilizado por el autor en sus análisis económicos (*N. del E.*).

Cuadro 1
COMPARACION DE LAS TASAS DE CRECIMIENTO DEL PNB EN % EN EUROPA DEL ESTE Y PARA LA CE

País	Media anual para:					1985	1986	1987
	1961-1965	1966-70	1971-75	1976-80	1981-85			
Bulgaria	6,4	5,1	4,7	1,0	0,7	-3,5	5,0	0,7
Checoslovaquia	2,4	3,4	3,4	2,2	1,2	0,8	2,1	1,3
RDA	3,0	3,1	3,5	2,0	1,9	2,8	1,5	2,2
Hungría	3,9	3,0	3,3	2,0	0,6	-2,6	2,1	1,2
Polonia	4,5	4,0	6,5	0,7	0,6	1,0	2,8	-2,5
Rumania	5,4	4,9	6,7	3,9	1,9	1,3	5,8	3,1
Europa del Este	3,9	3,8	4,9	1,9	1,2	0,7	3,0	0,6
CE	5,0	4,6	3,0	3,0	1,5	2,6	2,6	2,9

Fuente: CIA-Directorate of Intelligence: *Handbook of Economic Statistics-1988*. CPAS 88-10001, septiembre 1988, reproducido por el US Dpt of Commerce, National Technical Information Service, Springfield VA.

Así pues, Europa del Este ha estado sometida a la presión de una doble tenaza. Además de las interacciones entre la crisis de las variantes locales del modelo soviético y la del modelo original en la URSS, hay que añadir la presión que representa el incremento de poderío de la combinado con la crisis del propio sistema imperial soviético. La homogeneidad de la Europa del Este no ha resistido a semejantes tensiones. La dinámica de las reformas a las que estamos asistiendo desde hace dos años es la de la disgregación, la cual restituye a la diversidad su carácter de rasgo político dominante.

Llegamos así a una situación radicalmente nueva. Los acontecimientos de octubre y noviembre de 1989 demuestran claramente que el *statu quo* de 1948 ha muerto. La disgregación a la que asistimos transforma totalmente las perspectivas a corto y medio plazo. Implica también que crecerá la importancia de la noción de posición avanzada respecto a la de la dialéctica Centro-Periferia.

La tenaza

Hemos mencionado una doble tenaza. Sin embargo, el origen de las evoluciones actuales está en las crisis que padecen los países de la Europa del Este. Se puede hablar con razón, a partir de los años setenta, de una crisis generalizada.²

A) La crisis es, ante todo, económica. Desde 1975, la Europa del Este experimenta un crecimiento muy bajo, inferior al de la CE (cuadro 1). Esta situación va acompañada de un estancamiento, incluso disminución, del nivel de vida de la población. En realidad, la Europa del Este no acaba nunca de pagar los desajustes

de la economía de tipo soviético y la suspensión de las reformas iniciadas entre 1970 y 1978.³ El daño, en efecto, viene de lejos y es sobradamente conocido. El modelo económico soviético, caracterizado por una dominación de la oferta sobre la demanda —lo que Janos Kornai denomina un «mercado de vendedores»—,⁴ va acompañado por penurias automantenidas y por un desfase creciente entre la orientación de la producción y la de la demanda. El crecimiento puede incluso tener un aspecto ficticio en la medida en que fracciones no despreciables de la producción son inutilizables o inadecuadas a las necesidades. De ahí que resulte necesario corregir las cifras oficiales (cuadro 2) pero, incluso hecho eso, no hay que extrañarse si la evolución del PNB no corresponde forzosamente a la del nivel de vida. Nos encontramos ante los efectos de una lógica económica mucho más que ante el producto de errores políticos, aunque bien es cierto que éstos son reales y contribuyen a agravar la situación. Sin mencionar siquiera la peligrosa locura del régimen rumano bajo Ceausescu, es evidente que se han hecho opciones erróneas en Polonia y Checoslovaquia durante los setenta.

Esos errores, sin embargo, señalan un problema más profundo. Ya desde los años setenta, varios economistas del Este habían hecho diagnósticos pertinentes. Las reformas, en particular el proyecto de Nuevo Mecanismo Económico en Hungría, intentaban aportar soluciones a los problemas reconocidos de la penuria y otros desequilibrios. La dinámica política que tomaron estas reformas en Checoslovaquia, y el aplastamiento del movimiento democrático del 68, llevaron a la búsqueda de opciones alternativas que sortearan el problema. El recurso a los créditos occidentales fue la más utilizada, y la más peligrosa de ellas. Tras un período inicial de euforia, los dirigentes se dieron cuenta de que las inversiones realizadas no habían modificado la lógica

3. W. BRUS, *Histoire...*, op. cit.

4. J. KORNAI, *Socialisme et économie de la pénurie*, Economica, París, 1984.

2. J. SAPIR, *Pays de l'Est: vers la crise généralisée?*, Federop, Lyon, 1980.

Cuadro 2
COMPARACION DE LAS TASAS DE CRECIMIENTO
(EN %) DE LA PRODUCCION INDUSTRIAL,
CIFRAS OFICIALES Y CIFRAS AJUSTADAS POR LA CIA

Países	Tasas de crecimiento anual medio en %, para el periodo	
	1960-1980	1980-1987
BULGARIA		
datos oficiales	9,6	6,6
» ajustados	7,9	1,6
» desfase*	21,5	312,5
CHECOSLOVAQUIA		
datos oficiales	5,9	1,9
» ajustados	3,9	1,6
» desfase*	51,3	18,7
RDA		
datos oficiales	5,9	4,9
» ajustados	3,8	2,4
» desfase*	55,3	104,2
HUNGRÍA		
datos oficiales	5,9	2,6
» ajustados	4,2	1,5
» desfase*	40,5	73,3
POLONIA		
datos oficiales	7,9	0,3
» ajustados	5,5	nd
» desfase*	43,6	-
ROMANIA		
datos oficiales	12,2	5,6
» ajustados	8,9	2,6
» desfase*	37,1	115,4

* en % de los datos ajustados.

Fuente: ver Cuadro 1.

del sistema económico. Por el contrario, la facilidad con la cual estos países pudieron conseguir créditos reforzó los rasgos sistémicos más negativos, tales como el despilfarro, el exceso de inversiones, la disociación entre la oferta y la demanda.⁵ Al final de los años setenta, la Europa del Este padecía una grave crisis de endeudamiento que se sumaba a sus antiguos males. El país más afectado fue Polonia, y los intentos de hacer pagar a la población los errores de juicio del equipo Gierek desembocaron en la crisis social que dio a luz a Solidaridad y, posteriormente, al actual gobierno de Varsovia. Pero la crisis alcanzó también, en mayor o menor grado, a Hungría, Rumanía y Bulgaria. La imperiosa necesidad actual de realizar reformas económicas se deriva de las lecciones sacadas del fracaso de las vías alternativas intentadas en los años setenta, y del coste políti-

cosocial de las políticas de ajuste de principios de los ochenta.

A pesar de ello, si resulta claro ahora que conviene romper la lógica de la Economía Movilizada, heredada del sistema soviético, las circunstancias actuales son incomparablemente peores, al menos desde el punto de vista económico, que en 1968. El tiempo no ha esperado a los reformadores. Las políticas de inversión financiadas sobre el crédito occidental y las políticas impuestas por la crisis de la deuda han acelerado la degradación del tejido económico. La protección social y el medio ambiente han sido los dos sectores sacrificados. La degradación del sector asistencial del Estado y la crisis ecológica son dos aspectos nuevos de la crisis económica; desde ahora la crisis desgarró todo el tejido social.

B) A esta última se suma una crisis política multiforme. Su rasgo más espectacular es, desde luego, el vigor de los movimientos de democratización. Este rasgo, sin embargo, no debe ocultar otro problema, más profundo pero recurrente, a saber, la crisis de los modos de legitimización. Esta nos da un ejemplo perfecto de la doble tenaza de la que hablamos. En el modelo soviético, los procesos de poder y de legitimación se articulan alrededor de tres formas-tipo ideales. Se trata, en primer lugar, de una forma carismática en donde la autoridad saca su legitimidad de la ortodoxia. Aunque relegada a un segundo plano desde la muerte de Stalin, no por ello esta forma es menos importante, en particular allí donde las presiones reformadoras han sido combatidas por la violencia. En segundo lugar, conviene tener en cuenta una forma de tipo tradicionalista, en donde la distribución de los privilegios desde la cúspide hasta la base asegura la legitimidad. Podemos, en efecto, considerar la combinación de privilegios y de clientelas, que caracteriza la versión brezhneviana del modelo soviético, como una forma de Estado patrimonial. En último lugar, la complejidad de la gestión económica y de sociedades relativamente modernas implica la existencia de una esfera, ciertamente muy limitada, en donde se expresa la forma legal-racional, aquella en la que domina la noción de competencia. En cierto sentido, ni la URSS ni los países del Este conocen una burocracia en el sentido weberiano del término. En su lugar, tienen unas administraciones instrumentalizadas por clanes y clientelas que se reparten el poder.⁶

Ahora bien, la situación específica de la Europa del Este, a la vez periferia y zona de seguridad, confiere a la crisis de los modos de legitimación una naturaleza particular. Al igual que en la URSS, la llegada a la vida

5. J. KORNAT y X. RICHET (eds.), *La voie hongroise*, Calmann Lévy, París, 1986, y J. DREWNOWSKI (ed.), *Crisis in the East European Economy*, St. Martin's Press, New York, 1982.

6. G. SZOBOZKI (ed.), *Politics and Public Administration in Hungary*, Akademiai Kiado, Budapest, 1985; se trata de una obra colectiva muy importante sobre las lógicas político-administrativas.

activa de generaciones bien formadas por un sistema educativo que suele transmitir prioritariamente la noción de competencia, hace cada vez menos soportable la dominación del binomio carismático-tradicionalista. Al igual que en la URSS, la crisis económica restringe las posibilidades de distribución de la cúspide hacia la base, socavando así la forma tradicionalista. Hay que añadirle además dos especificidades de la Europa del Este. Los contactos con Occidente, inevitables en razón de la proximidad geográfica y reforzados por la apertura económica de los años setenta, han aumentado las presiones sobre los modos de legitimización: en beneficio, claro está, de la forma legal-tradicional que opera en la economía, pero también en beneficio de una forma no existente en Europa del Este, la forma electiva-representativa. Simultáneamente, los grupos dirigentes no podían limitarse a asentar su legitimidad únicamente ante sus poblaciones. Por ser países dominados, integrados en un sistema imperial, los dirigentes del Este se veían obligados a demostrar su legitimidad también ante el Centro, o sea Moscú. La evolución política en la URSS, desde 1985, desestabilizaba formas de poder que estaban sometidas a fuertes tensiones desde hacía ya casi veinte años. La relación Centro-Periferia, que hasta entonces había sido un factor estabilizador, se convertía de repente en una trampa para unos dirigentes que lo habían apostado todo a la fidelidad a Moscú. Se encontraban ante el siguiente dilema: o seguir el ejemplo soviético y poner en marcha esa misma reforma que habían combatido, u oponerse al Kremlin y encontrarse solos ante una oposición alentada en adelante por el ejemplo de la *perestroika* y de la *glasnost*. Este marco general sólo sirve si no olvidamos las diferencias que existen entre cada país. En Hungría o en Polonia, en donde oposiciones, incluso alternativas políticas, habían sobrevivido a los duros años 1975-1985, la situación era radicalmente distinta que en Rumanía o Bulgaria. En cuanto a la RDA o Checoslovaquia, la historia misma de la zona de seguridad soviética y las realidades geográficas hacían de ellas casos particulares.

C) No obstante la evolución soviética iba a ser determinante tanto para la evolución interna como para la política exterior.

El impacto del gorbachovismo ha sido fantástico. Prueba de ello ha sido (y sigue siendo en algunos casos) la censura a la que se veía sometida parte de la prensa soviética en la RDA, Checoslovaquia, Rumanía y Bulgaria. Lo esencial no ha venido de las reformas económicas, aún demasiado tímidas, demasiado limitadas. La transformación del modo de poder y de legitimización han resultado ser el factor decisivo. No sólo las bases de la forma carismática de poder son progresivamente desmanteladas (¿quién puede decir hoy en día

qué es la ortodoxia?) sino que el ataque directo ha alcanzado también la forma tradicionalista, a través de la campaña contra la corrupción, a través de la rehabilitación de las formas electivas-representativas, a través del avance —doloroso y caótico— hacia el Estado de derecho. Conviene evitar la clásica confusión entre democracia y sistema representativo. Recordemos que el parlamentarismo nació en el seno de sistemas electorales que no eran democráticos (sufragio censitario, asamblea de notables nombrados como contrapeso, etc.). Lo que está ocurriendo en la URSS no es (o no es todavía) una democratización sino la subida de las formas legales-rationales y electivas-representativas en el sistema de poder. Pero esta evolución es suficiente para provocar el hundimiento del anterior sistema político. El vacío creado abre espacios políticos a los movimientos democráticos, a los nacionalismos, incluso a las fuerzas más reaccionarias. Pero sustituye poco a poco la lógica de la lucha política de masas a la de las maniobras clientelistas en el proceso de toma de decisión. Una nueva polarización acompaña esta transformación de las reglas del juego: la lucha por el Estado de derecho unifica a los partidarios de la democratización así como a los defensores de las opciones modernas y tecnocráticas en el seno mismo de las clases dominantes. El gorbachovismo no sólo ha sacudido duraderamente el antiguo poder sino que ha creado y abierto el camino a la alianza social que puede abolirlo.

También es cierto, desde luego, para la nueva política exterior soviética. Si, hoy en día, los acontecimientos se precipitan en la RDA, en Bulgaria y Checoslovaquia, hay que reconocer que la dirección soviética lo ha hecho todo para desestabilizar estos regímenes. Es obvio en la RDA, pero también en Praga y Sofía. Esta evidencia plantea el delicado problema de saber si el Emperador sigue queriendo conservar el Imperio.

Si en 1987 la expresión «casa común europea» podía sonar a propaganda, nadie puede afirmar ahora que la dirección soviética pretende perpetuar su modo clásico de dominación sobre los países del Este. Es poco probable que exista un Gran Proyecto a cuya realización estaríamos asistiendo. Pero no por ello las acciones de los dirigentes soviéticos son puras reacciones. podemos discernir varias líneas de tendencia.

La primera es incontestablemente una reevaluación del papel de las relaciones económicas frente a la correlación de fuerzas militar en las relaciones internacionales. Una de las críticas emitidas con mayor frecuencia en contra de la política de Brezhnev es precisamente la de haber favorecido lo segundo en detrimento de lo primero. Podemos fechar esta reevaluación en 1982-1985. En Europa conduce a una manera nueva de mirar la CE. Considerada durante largo tiempo como la contrapartida económica de la OTAN, se ha vuelto a los ojos soviéticos una fuerza autónoma que se caracte-

riza, por un lado, por su conflicto potencial con los EE.UU. y, por otro, por su capacidad de polarizar alrededor de su dinámica el conjunto de los países europeos, incluidos los del Este. Más exactamente, los responsables soviéticos se han percatado de que, en el estado de crisis en el que se encuentra la URSS y la mayoría de los países de Este, el CAME no tenía ninguna posibilidad de representar una alternativa creíble.

La segunda reside en el hecho que los dirigentes gorbachovianos consideran que la tensión internacional no les beneficia. Esta no sólo podría crear un clima internacional que haría imposible la *perestroika*, sino que además el «peligro soviético» ha sido el principal cemento del mundo occidental. Así pues, si una disminución de la tensión resulta deseable, entonces cualquier intervención en Europa del Este está prácticamente descartada. La consecuencia inmediata es que, aunque lo quisieran, los dirigentes soviéticos no pueden impedir el auge de las corrientes reformistas. Resulta entonces una buena política hacer ver que se va por delante de éstas. En la medida en que ya no se puede echar mano de la coacción directa, la única posibilidad de controlar el movimiento es la de ofrecer espacios de expresión antes de que dichas corrientes los arranquen.

La tercera tendencia, por su parte, está directamente vinculada a los conflictos en la URSS. Mientras que no se remodele por completo el sistema político, el principal obstáculo sigue siendo la santa alianza de los conservadores. La existencia de un frente europeo de conservadores comunistas (RDA, Checoslovaquia, Rumanía, Bulgaria), al que se sumaban Cuba y Vietnam, podía representar un poderoso aliento para los conservadores soviéticos. De ahí que la extensión de la *perestroika* y de la *glasnost* a la Europa del Este refuerza tanto más la posición de Gorbachov.

De esta forma, la relación Centro-Periferia, durante largo tiempo obstáculo a la evolución de Europa del Este, se ha convertido ahora en factor de aceleración. Las direcciones conservadoras se han encontrado bajo una doble presión: entre sus propios movimientos reformadores y los de la URSS, entre la lógica de una retirada —al menos parcial— de los soviéticos y la poderosa ascensión de la CE, y su reconocimiento por Moscú. De hecho, esta doble presión afecta al conjunto de las fuerzas sociales. Coloca a las oposiciones ante el reto de transformarse en alternativas capaces a la vez de administrar la salida de una dolorosa crisis económica, social y política, y de adoptar una posición frente al final del orden nacido de la Guerra Fría. Al sembrar la confusión en las percepciones, esta doble presión conduce a las clases dirigentes hacia dominios que quedan fuera del alcance de sus conocimientos.

La disgregación

De la situación que hemos descrito surge la disgregación de la Europa del Este. En lo sucesivo divergen las dinámicas sociales y políticas, y se afirman las especificidades nacionales.

A) Tenemos primero a los *reformadores empantanados*. Es el caso de Polonia y Hungría en donde, de hecho, el Partido Comunista ha aceptado un reparto del poder. La existencia de una cámara democráticamente elegida en Polonia en 1989 y la perspectiva de elecciones libres en Hungría han llevado a los reformadores al poder. Al mismo tiempo, los partidos comunistas han estallado en la práctica y la reconstrucción de fuerzas socialdemócratas ya es sólo cuestión de tiempo.

Este cuadro, que parecía impensable hace dos años, debería ser un triunfo para los reformadores. Sin embargo no es, en el mejor de los casos, más que un amargo éxito. En efecto, la retracción del poder comunista, cuando no su dislocación, confronta inmediatamente a los antiguos oponentes con las tareas de gobierno. Desde este punto de vista, el caso de Polonia es el más dramático. Allí es donde la crisis fue más profunda y el golpe de Estado legal del general Jaruzelsky, en 1982, había producido una desmoralización de la población cuyo resultado fue un descenso de la productividad y el hundimiento dentro de unas dificultades cada día más importantes. Aunque menos grave, la crisis húngara no deja de ser menos real. Es verdad que algunas reformas políticas podrán por fin ser realizadas, pero el desequilibrio político sigue siendo inquietante.

En efecto, las oposiciones asumían el papel de contrapeso. Ahora que están en el poder ¿quién será la oposición? Los conservadores están demasiado desacreditados para confiar en desempeñar ese papel antes de que transcurran muchos años y, mientras del antiguo régimen político no quedan más que ruinas, el nuevo aún no está instalado. Muchas medidas serán impopulares, pero ¿quién canalizará el descontento y podrá crear un espacio de negociación? De esta pregunta depende el porvenir de las reformas. Sería ilusorio creer que éstas se realizarán sobre la base del consenso, pero si no se encuentran rápidamente formas institucionales de administrar los conflictos, su dinámica podría llevar a un paralizamiento económico y político tal que sería terreno abonado para un nuevo régimen dictatorial.

Concretamente, mientras las medidas de liberalización económica tomadas o anunciadas en Hungría o en Polonia sigan sin tener un marco de aplicación y, por ello, sean pocas las reformas económicas llevadas a cabo, la reconstrucción del sistema político es una prioridad. Los reformadores han salido victoriosos pero como consecuencia de compromisos. Han heredado,

para tomar el título de una película de A. Wajda, «Paisajes después de la batalla». La reconstrucción de nuevos mecanismos de poder y de legitimación es esencial porque determina la capacidad de llevar a cabo las medidas económicas, sean cuales sean.

B) Al extremo opuesto de los reformadores empanzanados, estaban los *conservadores convencidos*: Rumanía y Checoslovaquia.

La situación en estos dos países era muy distinta a pesar de que el poder había adoptado una actitud de clara oposición no sólo frente a los movimientos en Polonia y en Hungría sino también en la URSS.

El caso rumano fue el más trágico, pero también el más sencillo. Nos encontrábamos aquí ante la lógica del Estado patrimonial llevada hasta sus últimas consecuencias: la familia del dirigente había colonizado la administración y acaparado, con la ayuda de unos cuantos fieles constituidos en camarilla, lo esencial del poder. Esta apoteosis de la forma tradicionalista se operó en detrimento de la esfera que se suele reservar a la forma legal-racional. Que el propio Ceaucescu fuera o no un caso patológico ya no tiene mucha importancia. En un país aplastado bajo una dictadura férrea y en el que la fidelidad al clan pasaba por encima de todo, nadie puede extrañarse ante la sucesión de decisiones económicas más alucinantes. Pero la reducción misma de los beneficiarios del sistema a la única camarilla del déspota había acentuado la crisis de legitimidad. El recurso al nacionalismo desmedido se volvía insuficiente y el terror, cada día más presente, alcanzaba ya a la totalidad de la población. En estas condiciones, ninguna transición hacia reformas era posible mientras se perpetuaba un clan que aplicaba a su alrededor, probablemente a sabiendas, la política de la tierra quemada. Aquí, el desamparo económico, social y moral del país era la consecuencia directa de esta evolución del sistema político. Pero aunque ésta convirtiera a Rumanía en uno de los pilares del conservadurismo convencido, no pudo modificar algunos datos esenciales. Por su posición de enclave, el país seguía sometido a las influencias de las políticas de reforma, aunque fuese por vía de las radios y televisiones soviéticas y húngaras. La terrible crisis económica, que se estaba convirtiendo en hambre, ha precipitado la crisis política. Esta ha sido mucho más violenta que en otros sitios, desembocando en una situación de casi guerra civil. Pero aun con Ceaucescu derrocado y su camarilla aniquilada, la debilidad del nuevo poder en Bucarest refleja las secuelas de la dictadura. La propia composición del Comité del Frente de Salvación Nacional y del gobierno indica bien el vacío político en Rumanía. ¿Qué es lo que ha podido soldar la alianza entre antiguos técnicos del poder, apartados en 1975, militares y hombres fieles a Moscú, con disidentes salidos de la cárcel, a no ser la catástrofe que

representaba el «ceaucesquismo» y sus consecuencias? Este nuevo poder, una vez aplastado el dictador, ha tenido que enfrentarse con las tareas urgentes de un país al borde del desastre. Sin embargo, la reconstrucción económica y política de Rumanía queda por hacer. Ello implica un proyecto, y una visión de los instrumentos que permitirán llevarlo a cabo. Esta reconstrucción no tiene sentido más que en una repolitización de la sociedad. La liquidación del tirano no impide que la situación siga siendo grave y confusa. Las esperanzas de la población están a la altura del precio que ha pagado. Una decepción profunda despojaría al gobierno y el FSN de cualquier legitimidad; abriría la vía a nuevas sacudidas potencialmente violentas.

Checoslovaquia, por su parte, ha constituido una interesante paradoja. Origen de uno de los movimientos de reforma más interesantes, ha tenido una de las direcciones más conservadoras. Este país, que encerraba las potencialidades económicas y culturales más importantes, ha sido uno de los que se ha hablado menos. No hay que olvidar que Checoslovaquia, demográficamente igual a la RDA y situada entre los pesos ligeros (Bulgaria, Hungría) y los pesos pesados (Polonia, Rumanía) de la Europa del Este, goza de una cultura técnica y de una tradición industrial de las más importantes de esta parte de Europa. La prolongación de la paradoja política es fácil de entender. En la medida en que el equipo de Husak y Jakes era el heredero de los que entraron en Praga en los tanques del Ejército soviético en 1968, éste no podía emprender reformas a menos de suicidarse políticamente. La ausencia de un Kadar checo no es de extrañar si recordamos la unidad que rodeaba a Dubcek durante la Primavera de Praga. Además, este conservadurismo se ha beneficiado de una situación económica relativamente menos mala que en el resto de la Europa del Este. El nivel de vida allí es, sin duda, más elevado, exceptuando la RDA, como resultado de una política económica e industrial más coherente en su conjunto que en Polonia o Hungría. Es cierto que el país tiene que hacer frente a cierto envejecimiento del aparato productivo, pero la tasa de crecimiento ha sido sensiblemente más elevada, entre 1985 y 1987, que en otros países excepto la RDA (que es un caso particular) y Rumanía (cuyas tasas tienen poco significado).

Por consiguiente, este conservadurismo se vio reforzado en su legitimidad por la propia historia de la clase dominante y por una necesidad menor de reformas económicas. Mientras que Rumanía daba del modelo soviético tradicional una máscara caricatural, Checoslovaquia ofrecía el aspecto de una forma (relativamente) racionalizada. Sin embargo, la vulnerabilidad de este régimen no era despreciable. Al contrario de Rumanía, Checoslovaquia tuvo una oposición interna. Fue reprimida, encarcelada, pero nunca dejó de hacerse oír. La

proximidad de Occidente, la influencia de los medios de comunicación de la RFA o de Austria también han influido mucho. Por fin, los soviéticos ejercieron presiones en 1987 y 1988, sin olvidar tampoco el impacto de los acontecimientos en Polonia, después en Hungría y, finalmente, en la RDA. La caída de Jakes no sólo ha significado la victoria de los liberales. También ha representado una revancha para todos los cuadros y técnicos humillados por el conservadurismo como ciudadanos y como profesionales. Al liberarse del antiguo equipo, Praga ha puesto en marcha poderosos símbolos. La elección de Havel a la Presidencia de la República y la de Dubcek a la Presidencia de la Asamblea lo demuestran. En este caso, la reforma tiene un aspecto menos caótico que en Polonia, menos dramático que en Rumanía. Aunque la primavera llegue a Praga en invierno, allí las bazas son mejores y más repartidas que en otros países, pero las responsabilidades también.

C) Finalmente, entre estos dos grupos, se encuentran los *desestabilizados*, a saber la RDA y Bulgaria. El caso de ésta es el más sencillo. Una dirección estaliniana envejecida, enfrentada a dificultades económicas y un endeudamiento crecientes a finales de los setenta, ha intentado sobrevivir lanzándose, en el exterior, a una política de presencia activa en el Oriente Medio y, en el interior, recurriendo a la exaltación nacionalista en detrimento de la minoría turca. Sin embargo, el Oriente Medio ha resultado ser un cliente insolvente, y la «bulgarización» de la población ha provocado un éxodo masivo y una crisis social y política grave. La caída de T. Zhivkov en noviembre simboliza, sin ponerle un punto final, la desestabilización de la que hablamos. Es poco concebible que una política de parches pueda resolver de modo duradero los problemas. No obstante, el inicio de una vía de reformas puede plantear dificultades igualmente terribles si se tiene en cuenta la debilidad de las alternativas y las tensiones acumuladas.

El caso de la RDA es mucho más serio. En primer lugar, porque, al contrario de los demás países del Este, se trata de una mera creación de la guerra fría y de la lógica del enfrentamiento «bloque contra bloque». Después porque, dados sus contactos constantes con la RFA, es el país más sometido tanto a la lógica de la zona de seguridad (en su territorio se encuentra el «Grupo de las Fuerzas Soviéticas») como a la de posición avanzada. Estos contactos son humanos (con facilidades para hacer visitas desde el acuerdo de 1976), culturales (papel de la radio y televisión) y económicos. Se calcula que una parte considerable de la producción de la RDA va a parar a la CE, vía la RFA. Hasta tal punto que algunos analistas soviéticos consideran este país como un ejemplo de integración económica hacia Occidente con fidelidad política hacia la URSS.

Así pues, aun antes de hablar de desestabilización,

vemos que la estabilidad de una sociedad de este tipo y de su sistema político sólo podría ser marginal. La fidelidad a la Unión Soviética era la piedra de toque de los dirigentes de Alemania del Este; en consecuencia, es la evolución soviética la que los ha desestabilizado. La transformación de la política exterior soviética, su nueva orientación respecto a Europa y la CE, ponían implícitamente en tela de juicio los fundamentos de la RDA. Si se acababa la guerra fría, ¿qué pasaba con su criatura?

También es cierto que Gorbachov ha empujado políticamente a la desestabilización de los dirigentes de la RDA, en particular durante su visita en 1987. El hecho de que su nombre y el de la *perestroika* hayan sido coreados por los jóvenes manifestantes en septiembre y octubre de 1989 demuestra cuan activo ha sido su papel. Pero con la caída de Honecker y la llegada de Egon Krenz, un proceso de múltiples implicaciones se estaba poniendo en marcha. Bajo la presión de la población que organiza manifestaciones o amenaza con votar con sus pies (pasando a Occidente), no le queda otra opción al nuevo equipo que acelerar las reformas. La concesión de la libertad de movimiento, el final de ese muro simbólico y vergonzoso, el anuncio de elecciones libres y secretas, todo ello se ha sucedido a una velocidad asombrosa tras la salida de Honecker, el aborrecido. Pero si en Polonia y en Hungría era la combinación de crisis económica y política la que empujaba a las reformas, en la RDA, en cambio, el aspecto económico está prácticamente ausente. En su lugar aparece un interrogante mucho más serio y sin equivalente: ¿cuál es la razón de ser de este Estado? De la respuesta se derivan múltiples implicaciones para el conjunto de los países europeos, tanto al Este como al Oeste. El proceso de evolución de la Europa del Este se transforma cualitativamente a través de la desestabilización de la RDA. Deja de ser únicamente el de la crisis de la zona de seguridad soviética para convertirse en el de la redefinición general de Europa así como de los equilibrios extra europeos.

Los envites

La guerra fría había significado el final de Europa en tanto que realidad surgida en los siglos XVII y XVIII. Llamaba la atención que se pudiera hablar de «construcción europea» para designar un proceso económico y político, la CEE, que dejó de lado durante mucho tiempo la Península Ibérica y Grecia, y que se olvidaba de la antigua Europa oriental, balcánica y danubiana. El encogimiento del contenido político del término fue, un momento, impugnado por la expresión de De Gaulle, «la Europa del Atlántico a los Urales». Pero

ésta no había dejado más que un recuerdo mitigado; para unos, representaba el riesgo de una inversión de las alianzas, para otros una puntualización geográfica que subrayaba la asimetría fundamental de las relaciones entre Europa y los Estados Unidos y Europa y la Unión Soviética.

Si la división heredada de la guerra fría no se podía considerar satisfactoria desde un punto de vista moral, al menos podía pasar por políticamente realista. Esto es lo que la actual evolución de la Europa del Este cuestiona. Pero queda por ver hasta donde.

A) Hemos visto que se podían distinguir varias tendencias en la actual política soviética. Sin embargo, la rapidez de la evolución en el otoño del 89 ha de plantearle problemas nuevos. El primero es el de la naturaleza de su presencia en las partes centrales y orientales de Europa. El balance que se desprende del CAME es claramente un fracaso. El Pacto de Varsovia, por su parte, no es indispensable para los soviéticos, en la medida en que existe una red de tratados bilaterales entre la URSS y sus aliados. Más allá de las formas institucionales que pueden evolucionar o ser abandonadas, se plantea la cuestión fundamental del papel de esta presencia.

No cabe duda de que el valor puramente militar de la zona de seguridad está hoy en tela de juicio. En primer lugar, porque la reevaluación efectuada por los soviéticos de los determinantes de la política exterior, ya les ha llevado a rebajar el papel de los instrumentos puramente militares. En segundo lugar, porque, precisamente desde un punto de vista militar, los soviéticos perciben que la aparición de las armas de nueva generación dan a partir de ahora una ventaja considerable, que vale tanto para la ofensiva como para la defensiva. Al proponer como objetivo para el año 2.000 la retirada total de las fuerzas soviéticas de Europa del Este, Gorbachov no se despoja necesariamente de cualquier medio de acción militar en Europa. También es evidente, sin embargo, que el mantenimiento de las fuerzas soviéticas, en la RDA y Checoslovaquia, cambiaría cualitativamente la naturaleza de éstas.

El valor económico como posición avanzada es igualmente discutible. Después de haber saqueado estos países de 1948 a 1954, la URSS ha intentado integrarlos y posteriormente se ha visto obligada, en algunos casos, a subvencionarlos. Hoy en día, se admite corrientemente en Moscú que la CE será el polo dominante en Europa. Lo cual no implica que los intereses soviéticos sean nulos. En efecto, la URSS necesita importar y modernizar su economía. En muchos casos, la producción de los países de la Europa del Este conviene mejor a sus estándares que la de las economías occidentales. Por otra parte, la apertura al mercado mundial puede resultar un duro choque para las econo-

mías euro-orientales. La existencia de un mercado más o menos cautivo en el Este podría revelarse una bendición durante el período de transición hacia estructuras más competitivas a escala mundial. La polarización por parte de la CE, que constatamos en la RDA y Hungría, no excluye forzosamente lazos económicos importantes entre la URSS y los países del Este. Pero, por naturaleza, sería una fase transitoria. Más allá, el ritmo de la construcción europea (en el sentido de la CE) y el de la reconstrucción de la economía soviética determinarán el lugar de las economías de Europa central y oriental.

El valor político y simbólico de la Europa del Este es, por su parte, variable e inseguro. Con su presencia, directa e indirecta, en esta región, la URSS afirma su estatuto de potencia europea dominante. Por otro lado, las propias condiciones de su presencia han solido tener resultados negativos sobre la percepción internacional de la Unión Soviética. Aunque a corto plazo no hubo ninguna reacción occidental, las intervenciones de 1956 en Hungría, de 1968 en Checoslovaquia, y por fin las amenazas sobre Polonia en 1981-1982 han contribuido a degradar la imagen de la URSS. La política llevada por Gorbachov desde 1985 indica claramente que esta degradación ha representado algo más que un inconveniente pasajero. Los dirigentes soviéticos parecen haber tomado en serio el fenómeno de «amenaza soviética» en la evolución de las políticas occidentales, fenómeno que ya no atribuyen exclusivamente a la propaganda sino también a los efectos de sus acciones. Hoy perciben claramente la necesidad de ofrecer garantías, en materia de comportamiento, como lo demuestran las declaraciones de Shevernadze en los Estados Unidos en septiembre de 1989. Así pues, a menos de destruir todo el edificio que han intentado construir desde 1985, los soviéticos rehúsan cualquier intervención de tipo brezhneviano, en los países del Este. Su única esperanza de seguir manteniendo su presencia sólo puede ser la de aparecer simbólicamente como una fuerza de reforma y no de reacción. Ese ha sido ya el sentido de su actitud tanto respecto a Polonia como a la RDA y Rumanía. Al mismo tiempo, el surgimiento de la diversidad en los países del Este destapa las tensiones largo tiempo ocultas por la dominación soviética: conflicto entre Hungría y Rumanía, problemas entre Bulgaria y Turquía, temor, en particular en Polonia, ante la posibilidad de reunificación alemana. Los dirigentes soviéticos podrían pues ver abrirse ante sus ojos un nuevo espacio, el de garante de la Seguridad. De ahí que la famosa declaración de Gorbachov en la primavera de 1989 sobre la intangibilidad de las fronteras podría no ser interpretada como una oposición a la reunificación alemana (pues ¿se trata realmente de una frontera?) sino, más bien, como una garantía ante cualquier activación de contestaciones territoriales. El Pacto de Varsovia podría incluso volver a encontrar una nue-

va legitimidad reconocida en Occidente, tal como sugieren los acontecimientos de Rumanía.

B) Aunque podamos prever las bases de las probables reconstrucciones del papel de la URSS en el Este de Europa, la elección entre los diferentes escenarios no quedará supeditada únicamente a las decisiones tomadas en Moscú; las condiciones en las cuales se efectuará la retirada soviética tendrán un peso igualmente importante.

Cabe imaginar dos opciones extremas en cuanto al futuro papel de la URSS. En un caso, podría tratarse de una presencia relativamente ofensiva, que le permitiera volver a ser, dentro de diez o quince años, una potencia que aspire a la dominación de toda Europa. Para ello es esencial el mantenimiento de una RDA independiente y de fuerzas militares soviéticas en su territorio. Los soviéticos podrían autorizar a Polonia y Hungría la solicitud de un estatuto de neutralidad. Esto protegería eventualmente los flancos de las fuerzas soviéticas, incluso sus líneas de comunicación (recordemos el ejemplo del tránsito de convoyes alemanes a través de Suiza durante la Segunda Guerra Mundial), sin obligarles a la dispersión. El ahorro de fuerzas realizado de esta forma, que podría verse reforzado por la construcción de fortificaciones en Checoslovaquia (los *Ukrieplienye Rayoni*) cuyos méritos alaba la prensa soviética desde 1987, permitiría recuperar capacidades ofensivas, incluso con reducciones considerables y una estricta igualdad numérica con la OTAN.

La otra hipótesis es la del repliegue completo sobre la URSS, acompañado de estatutos de autonomía más o menos desarrollados para los Países Bálticos, Ucrania y Moldavia. La URSS, en este caso, no tendría más que una presencia económica y de garante de la seguridad, tal vez incluso en el marco de un acuerdo europeo. En esta perspectiva, la reunificación alemana se hace inevitable y, con ella, una profunda modificación de los equilibrios políticos, económicos y demográficos. Es evidente que, entre estos dos extremos, cabe un gran número de soluciones intermedias. Dos elementos relacionados intervendrán entonces: la capacidad de los soviéticos de administrar su retirada y los riesgos de disgregación en los países del Este.

Sea cual sea la solución que adopte Moscú, hay y habrá retirada. Pero su ritmo y su naturaleza dependen de numerosos factores como, por ejemplo, el deterioro de la economía en la URSS, los riesgos de desestabilización en los Países Bálticos y sobre todo en Ucrania, la capacidad de la dirección soviética para encontrar interlocutores estables, tanto en el Este como en Occidente. Simultáneamente, la desintegración de la antigua Europa del Este tiende a adquirir una dinámica propia. La crisis económica es sumamente grave en Polonia y Rumanía, y en el primer caso llegaría a amenazar la super-

vivencia de la política reformista mientras que en el segundo podría conducir a una implosión que nadie sería capaz de dominar. No menos explosiva es la crisis de la RDA. A pesar de que las medidas tomadas por Egon Krenz y su equipo, en noviembre de 1989, deberían detener la hemorragia humana, la legitimidad no sólo del régimen sino incluso del Estado sigue cuestionada. Aunque con un apremio menor, nadie tampoco pudo predecir el resultado de las elecciones anunciadas en Hungría para 1990, ni la evolución de Bulgaria tras la caída de T. Zhivkov. Y si el proceso llegara a tomar un giro dramático en Polonia o en Rumanía, la actitud soviética no podría no verse afectada.

C) Pero el porvenir de este proceso depende también ampliamente de las percepciones y actitudes de los reformadores en los países del Este. La crisis de la ideología estaliniana, como la del modelo de desarrollo soviético, sólo dejan tras sí un montón de escombros. Y a la diversificación de las situaciones responde la de las políticas y soluciones.

Esta realidad se aprecia claramente en economía. Por un lado, se agrupan los defensores de un pensamiento ultraliberal que el fracaso del modelo soviético vuelve a estimular. Dicha escuela encuentra partidarios en Polonia y en Hungría, sin olvidar la URSS en donde algunos ideólogos gorbachovianos no vacilan en proclamar que «el mercado siempre tiene razón». Concretamente, esta línea genera proyectos de desreglamentación y de desnacionalización al máximo. En Hungría y en Polonia, por ejemplo, algunos no dudan en plantear la privatización de los servicios públicos. Es indiscutible que el sector estatal debe ser reducido y reformado. Pero los defensores de la ideología ultraliberal no ven que el mercado, para funcionar, necesita reglas y convenciones que sería inútil esperar de éste mismo. Por otra parte, la adecuación liberalismo económico-libertad política, a pesar de resultar muy tentadora para quien ha vivido bajo el yugo del modelo soviético, no debe hacer olvidar que economías ultraliberales no son posibles más que con poderes dictatoriales, como lo demuestra la experiencia de América Latina o la de algunos países del Sureste asiático. Por consiguiente, aunque se pueden atender las razones susceptibles de legitimar un discurso ultraliberal, también hay que darse cuenta que traducen un dramático empobrecimiento del pensamiento económico y social tras largos decenios de mortíferas sobrecargas de ideología estaliniana.

En el extremo opuesto, vemos dibujarse tendencias a la vuelta hacia el modelo económico soviético más clásico, por culpa precisamente del desamparo de la economía. El alcance de los desequilibrios existentes, y de las tensiones sociales que éstos generan, constituye un poderoso argumento en favor de un racionamiento estatal. Si los programas de reformas no consiguen admi-

nistrar el problema del desequilibrio entre la oferta y la demanda monetaria acumulada, no quedará más opción que la hiperinflación o el racionamiento. Para ser más exactos, podemos temer que desequilibrios hiperinflacionistas, en Polonia, Hungría o la URSS, impongan rápidamente la necesidad de volver a medidas estrictas de racionamiento. Ahora bien, lo que podría no ser más que un episodio en la transición extremadamente delicada fuera de la Economía Movilizada, sería una importante derrota política para los reformadores.

Por fin, para salir de la dicotomía del Todo-Estado o Todo-Mercado, algunos responsables, en Polonia y en la URSS en particular, intentan volver a la tradición de economía mixta que ha sido llevada a cabo por la socialdemocracia, en Europa del Norte en particular. Suecia ejerce una atracción profunda por su éxito económico y social. Pero la transposición de experiencias de este tipo puede revelarse más que difícil. Estas se basaban sobre unas combinaciones de fuerzas sociales, en particular sindicales, de situaciones geopolíticas y de tradiciones de gestión, que los países del Este están lejos, muy lejos de reunir. El modelo socialdemócrata es, sin duda, el que encierra mayores promesas, pero a condición de sobrevivir tanto a la ola ultraliberal, como a los riesgos de reacciones conservadoras.

Volvemos a encontrar esta dispersión de las soluciones económicas y sociales también en las percepciones de las soluciones políticas. Si los húngaros abrigan grandes tentaciones de neutralidad y unión con Austria, y los alemanes del Este de reunificación, no parece haber muchas soluciones evidentes para Polonia y Bulgaria. Resulta, por cierto, significativo que los dirigentes polacos, surgidos sin embargo de un movimiento que luchó contra el orden soviético, son hoy en día relativamente conservadores respecto a la evolución de instituciones tales como el CAME o el Pacto de Varsovia. En cuanto a la CE, aunque es un polo de atracción, uno puede preguntarse si no constituye también un espejismo. Se puede entender fácilmente que los responsables húngaros o los de la RDA contemplen la posibilidad de una integración a corto plazo. Esta integración es un hecho casi consumado para la RDA y para Hungría, un país lo bastante pequeño y moderno para que los problemas no sean insuperables. Pero ¿qué pensar de planteamientos similares por parte de Polonia y, tal vez mañana, de Bulgaria, incluso de Rumanía y Checoslovaquia? Esta carrera en el camino de la integración aparece a menudo como una huída hacia delante. Es comprensible que los dirigentes reformadores puedan preferir esta solución, antes que la redefinición más peligrosa del lugar y del estatuto de una Europa central y balcánica. Más allá de las preferencias, conviene darse cuenta sin embargo de que esta actitud de «cada cual para sí» refleja el vacío político que puede producirse mañana en el Este de Europa. Y, si el objeti-

vo último ha de ser efectivamente la reconstrucción de Europa y, con ello, la reintegración progresiva de los países del Este, una rápida extensión de la CE podría provocar su propia crisis.

Es incontestable que, en el próximo decenio, lo que está prioritariamente en juego es el éxito de las transiciones económicas, sociales, políticas y estratégicas que implican la retirada soviética y la desintegración de la Europa del Este, que volvería a ser el Este de Europa. Exige la constitución de diques de estabilidad, mientras se vaya ordenando el conjunto político y económico capaz de administrar la situación creada por la retirada soviética y de garantizar la seguridad y el desarrollo de todos, incluidos los soviéticos por supuesto.

En este progreso, dos países desempeñan un papel clave. El primero, desde luego, es la RDA. Su supervivencia, aunque sea provisional, es una condición primordial para la estabilidad del proceso. Pero más adelante, a través de todas las fórmulas imaginables, desde la unidad económica hasta la confederación política, el renacimiento de una entidad alemana dominante, económica y demográficamente, será un hecho. Su legitimidad no disminuye en nada los desequilibrios y temores que puede despertar. La gestión de este hecho, y sus consecuencias, será capital para el éxito del proceso de reconstrucción de Europa.

Estas consideraciones llevan a mirar Checoslovaquia bajo una luz distinta. Para que las dinámicas generadas por la reunificación alemana no comprometan esta reconstitución, es necesario que en Europa del Este se dé algo más que una suma de crisis. Y hoy en día, habida cuenta del descalabro económico polaco y de la peculiar situación rumana, sólo Checoslovaquia podría aparecer como un factor de estabilidad. De ahí que las responsabilidades del nuevo equipo sean inmensas. El dominio del proceso de democratización podría ser una de las claves del futuro de Europa en el Este. Checoslovaquia es el único país que dispone de las tradiciones políticas e industriales susceptibles de permitir el surgimiento de un modelo alternativo. La estabilidad del Este de Europa descansará ampliamente sobre el éxito del nuevo poder en Praga y, tal vez, la aparición de una confederación con Hungría y Austria.

Las condiciones de la democratización de la RDA y la evolución de Checoslovaquia tendrán un papel determinante para el porvenir del Este de Europa. Si la primera se derrumba y no ofrece más solución que una reunificación «caliente», y si la segunda fracasa, esta región corre el gran riesgo de volver a ser un rehén, y los pueblos no habrían hecho más que vislumbrar, en 1989, una luz fugaz. Por lo contrario, una RDA estabilizada y democrática, y una Checoslovaquia devuelta al espíritu de la Primavera de Praga, capaz de servir de ejemplo, serían esenciales para el éxito de un proceso de reconstrucción de Europa.